

DEL AUTOR DE *LA MECÁNICA DEL CORAZÓN*

MATHIAS MALZIEU

DIARIO DE UN VAMPIRO EN PIJAMA



se

«Salvar la vida ha sido la aventura más extraordinaria que he vivido».

Tras varios años dando rienda suelta al artista compulsivo y polifacético que lleva dentro, tras haberse convertido en un icono de la modernidad indie francesa, la racha se le rompe a Mathias Malzieu. Le diagnostican una enfermedad sanguínea que lo pone a las puertas de la muerte. Pero no claudica ante la amenaza, se agarra a la vida y a quienes le rodean, tan fuertemente como un niño se aferra a sus sueños. Además, Mathias cuenta con una baza secreta, un don maravilloso: la capacidad de sublimar su experiencia a través de la escritura, gracias a una tremenda visión poética de la vida.

Esta novela, en forma de diario personal, explora los temas de la enfermedad, la muerte y el afán de superación desde una dimensión fantástica y deliciosa. Con ella, Malzieu devuelve al lector la necesidad de soñar y la capacidad de sorprenderse con los pequeños milagros cotidianos.



Mathias Malzieu

Diario de un vampiro en pijama

ePub r1.0

Ablewhite 25.04.2018

Título original: *Journal d'un vampire en pyjama*

Mathias Malzieu, 2016

Traducción: Robert Juan-Cantavella

Editor digital: Ablewhite

ePub base r1.2



EDICION CONMEMORATIVA

PROYECTO SCRIPTORIUM



"MAS LIBROS, MAS LIBRES"

Para Rosy, mi flor de combate, para mi hermana y mi padre, para todos los superhéroes con y sin bata blanca que no han abandonado el barco durante la tormenta.

¡prospera, libro mío!, despliega las velas blancas, embarcación mía, y
atraviesa las olas imperiosas,
canta, navega, surca el azul ilimitado que se extiende desde mí a los siete
mares para llevar esta canción a los marineros y a todos sus barcos.

WALT WHITMAN, *Hojas de hierba*,
traducción de Eduardo Moga

Era la primera vez que un paciente venía a mi consulta en *skateboard*.

Profesor PEFFAULT DE LATOUR

Acabo de atravesar el infierno en autoestop. El auténtico infierno. No aquel que tiene fuego y unos tipos con cuernos que escuchan *heavy metal*, no, sino el infierno del que no sabes si saldrás con vida.

HACER EL TONTO POÉTICAMENTE ES UN OFICIO ESTUPENDO

6 de noviembre de 2013

«Haces demasiadas cosas al mismo tiempo, ya no tienes veinte años», me decían.

Ya descansaré cuando esté muerto.

Soy un adicto al entusiasmo. Tengo el cráneo tan lleno de cuevas de Alí Babá que casi se me saltan los ojos. Nunca me aburro, salvo cuando me hacen bajar el ritmo. Mi corazón lanza fuegos artificiales. Soy un auténtico hombre-volcán y por mis venas corre lava. Busco la convulsión eléctrica de la sorpresa. No sé vivir de otra forma.

Siempre he soñado con ser un superhéroe, principalmente para salvarme a mí mismo. Pero acabar con mis demonios sería demasiado sencillo, en realidad los necesito. Si los mato, me mato. Por más que he deseado ser inventor, *crooner*, mediopoeta, ilusionista, patinador en *skate* de plástico, comedor de mujeres de piel de crepe o imitador de animales salvajes, soy insomne, y estoy angustiado y cansado por haber creído demasiado. Como si me hubiese tomado el pelo a mí mismo.

Perder a mi madre marcó un antes y un después en mi bulimia creativa. Desde entonces no ha dejado de crecer. A cada cual sus muletas, las mías son peonzas eléctricas: solo puedo apoyarme en ellas cuando están en movimiento. Las reglas son simples: no detenerse, tampoco frenar y sobre todo no permanecer encerrado en ninguna parte, ni en sentido literal ni en el figurado. Hacer el tonto poéticamente es un oficio estupendo.

El *rock* es un oasis de adrenalina para niños perdidos. De existir una carretera para poder dar la vuelta al mundo siguiendo el ecuador, mi grupo Dionysos habría recorrido en camión esos cuarenta y cuatro mil kilómetros más de cuatro veces. Somos una tribu eléctrica formada por amigos desde hace ya veinte años. Siento como en el escenario me crecen alas en la cabeza. La fricción del combustible emocional me transporta. Cuando en la médula de mis huesos siento vibrar el rumor de la multitud, no puedo sino entregarme sin límites. El problema es que doy más de lo que tengo. Soy el más tonto de los dragones. El que escupe chispas y se chamusca las alas con ellas.

Sin embargo, en el horizonte siguen surgiendo maravillosos retos. Viajar al sur, ver a mi familia en un lugar que no sea un camerino después de un concierto, ir al cine en bicicleta y puede que incluso ser padre.

Últimamente todo se interrelaciona. Conducido por la montaña rusa de mi girapelícula-libro^[1], me parecía que mi abrumador cansancio era algo más o menos lógico. No he tenido vacaciones en dos años, he descansado poco y he tomado poco sol, aunque sentía una alegría rabiosa. Tengo que acabar este largo *sprint* cueste lo que cueste. ¡Y el estreno de mi primer largometraje será la mágica línea de meta! Imposible desperdiciar tan fabuloso privilegio. Hace seis años que trabajo en este sueño, no es el momento de rendirse. ¡Prohibido aminorar la marcha!

En los últimos hectómetros de esa carrera, rodamos el videoclip de Dionysos —«Jack y la mecánica del corazón»—, que acompañará el estreno de mi película de animación homónima. Tras salir de París bajo las estrellas marchitas de la madrugada, el grupo llega medio dormido al estudio de grabación. Madrugar y el *rock* combinan tan bien como las tostadas con mermelada y el *whisky*. Todo el mundo habla al ralentí. Tengo unas ojeras como las de E. T. Gracias al maquillaje y a la imagen en blanco y negro disimulo mis ciento cincuenta años. Pocas veces me he sentido tan cansado, pero aquí estoy, con mi ropa demasiado estrecha y mis zapatos puntiagudos. Eso debería bastar.

Las cámaras y las luces están preparadas, comienza el rodaje. Simulamos que tocamos la canción. Siento que alrededor todo se mueve. Es tan agotador y divertido como saltar sobre las olas.

Sin embargo, al final de las tomas tengo la impresión de que mi corazón va a estallar. La sensación de que en lugar de pulmones tengo una avellana y respiro a través de una pajita obstruida. Cada salto me cuesta una fortuna en aliento. La cabeza me da vueltas. Se me paralizan los músculos. Pero todavía queda por grabar otra toma. Me he desfondado en los planos amplios y ni siquiera hemos empezado con los primeros planos. No digo nada, trato de recuperar el resuello durante las pausas. El grupo está ahí, lo mismo que los de la discográfica y el equipo de la película. Imposible retroceder ni reducir la marcha. Tengo que hacerlo todo a fondo. Inventar historias verdaderas me hace profundamente feliz. Vivirlas y compartirlas, todavía más. Trato de concentrarme en esa realidad.

Trigésima toma: aprieto los dientes, intento ahorrarme los movimientos más violentos, pero sin dejar de resultar intenso. Me estoy mareando. Nadie se da cuenta. Eso me tranquiliza, aunque aumenta mi sensación de aislamiento.

Por fin termina la jornada. Todo el mundo está contento. Me cruzo con mi reflejo en el espejo del baño, estoy más pálido que Drácula. No digo nada a nadie. Pero mañana por la mañana iré a sacarme sangre.

INDISPENSABLE PARA LA VIDA

7 de noviembre de 2013

Entro en una de estas tiendas médicas con pinta de hospital en miniatura llamadas laboratorios. Una dosis de silencio azul, un pinchazo, después un azucarillo y quedo en libertad. «Está usted muy muy blanco, señor Malzieu... ¿Se encuentra bien?». La enfermera que acaba de pincharme tiene una de esas sonrisas superentrenadas en la compasión que me hacen temblar.

Hoy es el viernes del fin de semana del 11 de noviembre y el lunes es fiesta, así que no tendré los resultados hasta el martes. Subo por el bulevar Beaumarchais a cámara lenta. Una viejecita con un miniperro peinado igual que ella me adelanta en la plaza de la République. Compro *L'Équipe* y me como unos *nuggets* para no pensar en nada durante varios minutos. Me siento un poco mejor.

Vuelvo a casa. Queda justo al lado, pero me cuesta lo mío. Llevo el abrigo y estoy aterido de frío, la gente, en cambio, se pasea por ahí en jersey, tan tranquila. Ya hace algunas semanas que no subo por la escalera, hoy me ahogaba incluso en el ascensor.

Desde hace unos meses todos me dicen que estoy pálido. Es cierto que mi cara parece la de un vampiro. Tampoco es una ninguna catástrofe, ya me ha sucedido otras veces cuando estaba de gira. Me acuesto unos minutos a escuchar a Leonard Cohen y me siento algo mejor.

Llamo al taxi que me llevará al montaje del videoclip. Entretanto, suena el teléfono; no reconozco el número.

—Buenos días. ¿Señor Malzieu?

—Sí.

—Soy el doctor Gelperowic, acaban de llamarme del laboratorio para comunicarme con urgencia el resultado de sus análisis...

—Ah... Me habían dicho que no los tendría hasta el martes.

—Han preferido comprobar de inmediato su hemoglobina, resulta que está muy baja. Tiene usted una anemia considerable. El nivel normal de glóbulos rojos está entre catorce y diecisiete miligramos. El suyo es de cuatro con seis. Debe hacerse una transfusión inmediatamente.

—¿Perdone...?

—No dispone usted de suficiente oxígeno en la sangre. ¡Tiene que ir a urgencias enseguida!

—¿Enseguida?

—Con tan pocos glóbulos rojos, es un milagro que se mantenga en pie... Sobre todo evite cualquier esfuerzo físico, ya que corre el riesgo de sufrir un paro cardíaco.

—¿A qué hospital tengo que llamar?

—Al más próximo. ¡Sobre todo no tarde!

Cada frase, una bofetada. Me ha dejado aturdido.

Me siento en la cama para pensar con calma. Mis pensamientos se vuelven confusos. Las preguntas se multiplican, las respuestas no tanto. Repaso mis recuerdos del día anterior, los brincos que di como el más tonto de los dragones. Mi corazón podría haber reventado en directo.

El teléfono suena de nuevo, es el mismo número.

—Soy otra vez el doctor Gelperowic. Acabamos de recibir nuevos resultados...

—¿Y...?

—Desgraciadamente, tiene usted afectadas las tres líneas de glóbulos sanguíneos. Su nivel de plaquetas es muy bajo.

—¿Las plaquetas? Ahora mismo no caigo...

—Son las células que detienen las hemorragias. Tiene muy pocas.

—¿Cómo de pocas?

—Lo habitual está entre 150 000 y 450 000, pero usted tiene 11 500. Por debajo de 20 000 hacemos una transfusión de forma sistemática. ¿Ha sangrado por la nariz últimamente?

—Sí.

—Sobre todo no se afeite, no manipule objetos con que pudiera cortarse y trate de no golpearse para evitar el riesgo de una hemorragia. También los glóbulos blancos están afectados, señor Malzieu.

—¿Las llamadas defensas inmunológicas?

—Sí. Tiene usted 750 polinucleares neutrófilos y necesita el doble. No quiero ocultarle que es preocupante...

—¿También me harán una transfusión de eso?

—De esos no se hacen. Hasta que empiecen los cuidados médicos, lávese las manos tan a menudo como le sea posible.

—Pero ¿qué significa todo esto?

—Para dar un diagnóstico hay que hacerle algunas pruebas complementarias. Tendremos que analizar su médula ósea a fin de averiguar por qué pierde usted tanta sangre.

El corazón se me acelera. De repente mi pequeño apartamento me parece inmenso. Hemoglobina, plaquetas, polinucleares, transfusión... Estas palabras giran en mi cabeza como sombras amenazantes. Busco «Médula ósea» en internet: «Desempeña un papel vital en el funcionamiento del cuerpo humano. Es el lugar donde se forman las células específicas (glóbulos rojos, glóbulos blancos y plaquetas), llamadas células madre hematopoyéticas. Estas células producen el conjunto de glóbulos

indispensables para la vida».
¿Indispensables para la vida?

DUTY FREAKS

8 de noviembre de 2013

8.30 de la mañana. Llego a urgencias del hospital Cochin, recomendado por un amigo médico. La sala de espera es una *no man's land* separada del mundo exterior por una puerta corredera por la que salen ejércitos de batas blancas. Parece el Duty Free de un aeropuerto el día de un aterrizaje forzoso.

En un panel hay inscritas tres reglas, bastante menos divertidas que las de los Gremlins^[2]:

3. Si está usted aquí por una consulta puede que deba esperar (varias horas).
2. Si su estado es preocupante será usted atendido rápidamente (menos de media hora).
1. Si su diagnóstico es grave será atendido de forma inmediata.

Dos enfermeras me hacen pasar al otro lado de la puerta, me atienden de forma inmediata. Todos están muy tranquilos, pero en cuanto muestro mis análisis, se estresan. Preguntas, pinchazos, preguntas, un gotero, una extraña pegatina llamada parche pegado en el esternón. Preguntas. Espera.

Alrededor, me rodea la corte de los milagros. Un hombre con una tercera rodilla a la altura de la tibia, una mujer con un moretón tan verdadero que parece maquillaje de cine, una anciana que repite sin parar: «Aaaah, me duele, me han amputado» mientras sus brazos y piernas asoman bajo la sábana. Espero echado en mi camilla, con un enorme trozo de celo pegado en los pelos del antebrazo. Miro el reloj. La aguja de los minutos se mueve a la velocidad de la de las horas. Las pilas deben de estar agotadas.

Llegan dos camilleros y me dicen que me sienten en una silla de ruedas.

—Puedo andar —les digo.

—Nos han dicho que lo llevemos en silla de ruedas, señor.

Me empaquetan con unas sábanas y tomo la salida para una gran excursión de *karting*. Ganar velocidad en una silla de ruedas bajo el granizo mientras tu amada corre detrás sobre la aguja de sus inquietos tacones es una experiencia chaplinesca. La veo alejarse, parece una cierva perdida que aprendiera a brincar sobre el asfalto. El viento acelera el movimiento de las nubes entre los edificios. La sábana cae. Los celadores se detienen, la recogen y vuelven a taparme como a un niño muy viejo.

Por fin llegamos a la entrada del edificio Achard. Una puerta automática se abre lentamente. La atmósfera es tan triste, que en el pasillo podría llover. El ascensor está reservado para los «enfermos». Normalmente este no es mi ascensor, no acabo de sentirme aludido. Los pasillos se suceden. A cada metro que recorro, mi miedo aumenta.

Entramos en la unidad de cuidados intensivos. La gente con la que me cruzo lleva una mascarilla, una bata y una bolsa de patatas en la cabeza. Es como estar en una central nuclear de ciencia ficción. Nos acercamos al reactor: el cuarto aséptico. Para entrar, una puerta de congelador que desemboca en una esclusa. Sobre una mesa, material médico y una especie de campana extractora para evacuar el humo de la cocina. Disfraces de cirujanos cuelgan de unas perchas. Un piloto luminoso pasa del rojo al verde y se abre la segunda puerta. Empujan delicadamente mi silla de ruedas para que entre. Las paredes son azules y hay un silencio interrumpido por ruidos de máquinas. ¿Qué hago aquí? Me asalta el peor recuerdo de mi vida. Cuando perdí a mi madre en una habitación idéntica. Mi corazón intenta escalar hasta mi garganta. La puerta se cierra, quedo atrapado. A estas horas debería estar en el montaje del videoclip.

¿Cuánto tiempo tendré que pasar aquí? ¿Dónde está mi novia? ¿Por qué no le permiten acompañarme? ¿Qué van a hacerme? Pero ¿qué coño me pasa? Me gustaría volver al mundo real tras una transfusión o dos, aunque mi intuición me dice que no será así. Esto es como cuando el tren se detiene y nadie te da información. Imposible saber lo que me espera.

La noche se desliza entre los intersticios de la persiana mal cerrada. Permanezco en la silla de ruedas porque la cama me da miedo. Miro la diminuta tele apagada. Me traen la comida en unas bandejitas de aluminio.

—¿Tendré que dormir aquí?

—El médico se lo confirmará, pero me parece que sí, señor Malzieu —me responde una enfermera enmascarada.

Los cubiertos vienen en una bolsita de plástico que la auxiliar de enfermería rompe para que yo los coja sin que ella tenga que tocarlos. Nunca habría imaginado que el infierno fuera un lugar tan limpio.

Algo sucede en la cámara de la esclusa. Reconozco la silueta de Rosy. ¡Por fin entra! Un soplo de vida. Está inquieta, pero me tranquiliza. Sus abrazos son para mí como un refugio. En mi libro anterior, inventé la historia verdadera de nuestro encuentro. *El beso más pequeño* recogía los pedazos del corazón hecho trizas por el duelo amoroso de un inventor depresivo e infradotado. Volvía a pegarlos, pedazo a pedazo, con paciencia apasionada. Y eso es exactamente lo que sucedió. Hasta el seísmo incomprensible que hoy me sacude.

Rosy se apoya en la cama al borde del vacío. Con su indumentaria de otro mundo,

al que hace solo unas horas también yo pertenecía. Los colores, el viento, los coches y los árboles han quedado encerrados al otro lado de la ventana. Ya no puedo tocar nada, ver, oír. Me acurruco en el nido de mis propios brazos, rodeado por los de mi amada.

Entonces entra un batallón de enfermeras armadas con dos bandejas. En la primera, dos botellas de líquido desinfectante y una jeringa de metal cromado del tamaño de una estilográfica. En la segunda bandeja, un surtido de pequeños instrumentos de tortura y un montón de gasas. Todas llevan mascarilla. Una enfermera le pide a Rosy que salga. Otra me retira el parche del esternón. «Está pegado demasiado alto..., así no sirve de nada», dice. Me frotan una y otra vez un producto frío por el pecho. Como si estuvieran preparando la diana. Sirve para esterilizar las agujas en todos los sentidos. Yo no me atrevo a preguntar qué se proponen por miedo a que me lo digan. Una hematóloga de voz dulce me confía que va a tener que hacer «un examen un tanto desagradable, llamado mielograma». Se dispone a extraer un poco de mi médula ósea a través del esternón para analizarla y averiguar por qué ya no produzco glóbulos.

—Extienda el brazo a lo largo del cuerpo, respire hondo, trate de relajarse y no se mueva.

Es el momento en que, ante todo, hay que evitar mirar el arpón metálico que se acerca. Grueso. Largo. Biselado, como las cartas trucadas.

Sendas manos tibias rodean las mías a cada lado de la cama. La hematóloga de voz dulce se acerca. Su cuerpo sobre el mío, empuñando el arma.

—A ver, ahora voy a pinchar...

¡Y vaya si pincha! ¡Aunque «atravesar» hubiese sido más exacto! Clava el instrumento en el esternón con ambas manos y ayudándose con todo su peso para traspasar la piel hasta lo más profundo del hueso. Es como si me apuñalasen con una banderilla. Me esfuerzo por mantener una respiración regular y por no mirar demasiado lo que está sucediendo.

—A ver, ahora voy a aspirar...

Mis costillas parecen despegarse, es como si me arrancase la caja torácica. ¡Duele como un navajazo! Se me corta la respiración, el corazón me estalla. Por fin retiran el arpón.

—¡Ya está, puede usted respirar!

No lo consigo porque, por un momento, soy una puta trucha y ya no sé cómo se respira.

—¿Qué nota le pondría usted al dolor que ha sentido?

—Un siete o un ocho...

No digo un diez por guardar la compostura. Todavía tengo mis manos en las de las enfermeras, no las suelto. La hematóloga de voz dulce manipula la porción de

hueso que acaba de extirparme y la decapa en láminas para que los biólogos puedan analizarla. Es como si estuviese pelando rábanos.

—Señor Malzieu, lo siento... pero tendremos que volver a pincharle la médula.

Las enfermeras me miran con gesto compungido.

—¿Como antes? ¿Lo mismo?

—Sí, había demasiada sangre en la extracción ósea... Temo que no podamos analizarla como es debido.

Tengo el pecho lleno de sangre. No deja de manar bajo el apósito. Por más que lo enjuagen, lo compriman, no quiere detenerse. Qué sensación de asistir a mi propia autopsia. La hematóloga prepara su segunda banderilla. ¡Me han secuestrado unos bárbaros disfrazados de mujeres con voz dulce! Mis nervios se deshilachan, mi cuerpo está rígido de pies a cabeza. Las manos que antes me protegían vuelven a tomar las mías.

—Trate de pensar en un lugar que le guste, la playa, el sol... —me sugiere una enfermera.

Yo me imagino que soy un cordero asado. La hematóloga vuelve a situarse encima de mi tórax. Su sombra avanza sobre mi rostro, cierro los ojos con todas mis fuerzas.

Segundo golpe de arpón. Músculos tensos como elásticos. Nueva reencarnación en trucha. Aliento escaso y martillo pica-corazón.

—Es un poco violento, lo siento, pero es la única forma que tenemos de analizar la médula ósea... ¿Quiere usted un ansiolítico, algo para calmarse?

—¡Preferiría un *whisky* con Coca-Cola!

—Ya..., pero aquí no tenemos de eso, lo siento —responde amablemente la hematóloga con voz de niño, antes de que el batallón se aleje de nuevo.

La sangre tarda en secarse bajo el apósito. Rosy ha vuelto a posar su pompis de pajarillo en el borde de la cama. La luz de sus enormes ojos surte el efecto de un extraño bálsamo.

—Trata de dormir —me susurra.

Yo me relajo ligeramente rozando su antebrazo. Nos damos unos besos y siento el placer de sumergirme en el interior de un merengue. Me aferro a esa calma intentando pensar lo menos posible.

Unas horas más tarde, la hematóloga vuelve a la habitación. Enseguida lo compruebo: ya no lleva la bandeja cromada.

—¿Cómo se siente, señor Malzieu? —Controla su tono con cautela. No permite sobrentendidos...—. Ya tenemos un primer resultado... No hay blastos, así que no padece usted una leucemia aguda.

—¿Una leucemia... aguda?

—Sí. He preferido no decirle nada hasta ahora, pero eso es lo que nos hacían

temer los análisis.

¡Leucemia aguda! Solo mencionar esas dos palabras me viene a la mente una lluvia de ataúdes.

—Deberemos realizar otras pruebas para concretar el diagnóstico y decidir el tratamiento. El martes lo tendremos más claro...

—Pero ¿es menos grave que una leucemia aguda?

—De momento no puedo responderle, no dispongo de suficientes datos. En el mejor de los casos, será un problema vitamínico, aunque con un nivel tan bajo de glóbulos es poco probable. En el peor, tendremos que hacerle un trasplante de médula.

—¡Un trasplante de médula! ¿Qué es eso?

—Consiste en reemplazar su médula enferma por la de un donante con buena salud. Es un tratamiento pesado... Pero tranquilícese, quizá no sea eso. —La hematóloga de voz dulce lo dice pisando huevos, aunque sus cáscaras se agrietan un poco más a cada segundo que pasa—. ¿Está usted seguro de que no quiere un ansiolítico para tranquilizarse un poco?

—No, gracias...

—No se desanime, señor Malzieu. Nos vemos el martes.

DECLARACIÓN DE AUTOGUERRA

12 de noviembre de 2013

Poco a poco, los análisis emiten su veredicto: «Aplasia medular», también conocida como interrupción del funcionamiento de la médula ósea. Una enfermedad de la sangre tan grave como rara. Es «idiopático», como ellos dicen, no se conoce la causa. Imagino que mis excesos de *nuggets*-crepes y otras Cocas con un poco de *whisky* tendrán que ver con ello, aunque por lo visto no. ¿El *rock*? ¿La melancolía? ¿El sufrimiento amoroso? ¿La alegría rabiosa? ¿La falta de sueño? ¿El duelo padecido? ¿La Nutella? Tampoco. Es una lotería, un accidente biológico. Puede pasarle a cualquiera aunque no le pasa a casi nadie. No hay más de un centenar de casos en Francia. En su mayoría, niños o gente mayor. Soy un objeto de coleccionista.

Me impresiona que esa gente a la que apenas conozco de nada me dé entre susurros tan malas noticias. Lo ultrahumano como compensación de la frialdad carcelaria en una habitación de hospital. El talego. El marrón. Un pantone entero de marrones dándote en los morros.

—No es un cáncer, aunque los síntomas son idénticos a los de la leucemia... El tratamiento será muy parecido, y vamos a tener que considerar el trasplante de médula ósea —me dice delicadamente la hematóloga.

Me quedo de piedra, Rosy todavía mueve las pestañas.

—Me explicaré mejor: no tiene usted células malignas, sino que son sus propios anticuerpos los que se vuelven contra usted y atacan a sus células... Se comportan con su médula ósea como contra un virus, no sabemos bien por qué.

De repente me he convertido en mi propio enemigo. El vampiro que me chupa la sangre no es otro que yo mismo.

—Los anticuerpos funcionan a la manera de un ejército programado para defenderle, pero algo le ha hecho creer a ese ejército que está luchando contra un cuerpo extraño, y la ha tomado con sus glóbulos. Es lo que llamamos una enfermedad autoinmune.

Un *bug*... Me he convertido en *hacker* del sistema inmunitario, sin escrúpulos, de pronto me autodestruyo. Soy mi propio cáncer.

Esa extraña palidez del pelirrojo que aún se nota más, los labios con estrías azuladas en los paseos bajo la nieve incluso a pleno sol, la sensación de respirar con una avellana en lugar de con pulmones, de ser siempre el único que tiene frío... entonces,

era eso.

Pero no tengo tiempo de asimilar el golpe. Debo avisar a mi familia. La idea de telefonar a mi padre y a mi hermana me aterra. No sé cómo voy a explicarles este diagnóstico surrealista y a la vez tan real.

Me han sacado tubos y tubos de sangre, me han clavado en la espalda unos arpones para hacerme lo que ellos llaman «biopsia de médula» y al final he podido irme a casa. A condición de volver por lo menos una vez a la semana para una transfusión. En adelante, necesitaré la sangre de otros para vivir. Es oficial, me he convertido en un vampiro.

Para regresar al mundo de los vivos, necesitaré un trasplante de médula. Un tratamiento duro, tal vez imposible de soportar. En internet dicen que puedo morir.

ATAQUE EXTRATERRESTRE

14 de noviembre de 2013

Hago y me hago muchas preguntas. Y no siempre entiendo las respuestas. Una de las dificultades es que como la médula ósea no es un órgano, cuesta imaginársela. Un trasplante de corazón o de riñón da miedo, pero por lo menos sabes lo que es. En mi caso, resulta un poco confuso. Un peligro tan nebuloso como un ataque extraterrestre.

Suele confundirse la médula ósea, que produce las células sanguíneas, con la médula espinal, que transmite los impulsos nerviosos del cerebro al resto del cuerpo. Yo mismo, antes del diagnóstico, no tenía nada claro para qué servía la médula ósea. Y sin embargo, es tan vital como el corazón.

Ahora mi cuerpo es terreno minado. Para no explotar como una bomba mientras espero el trasplante, tengo que respetar tres leyes, como Jack en *La mecánica del corazón*:

En primer lugar, no realizar ningún esfuerzo físico violento (por la falta de oxígeno en la sangre).

En segundo lugar, evitar los lugares públicos, los besos y otros contactos físicos con prácticamente todo el mundo (por la debilidad de las defensas inmunitarias).

Y, sobre todo, jamás de los jamases darse un golpe (para evitar todo riesgo de hemorragia).

Estas reglas son un castigo, un infierno para alguien a quien le encanta rodar por los suelos y saltar sobre la multitud. Adiós a los conciertos, tanto los míos como los de los otros, adiós a los colegas, los bares, el cine, la bici, los galopes en *skateboard*, el sur en familia, los viajes, la improvisación, la libertad... Incluso cepillarme los dientes se ha vuelto peligroso. A partir de ahora, gel antibacterias, enjuagues bucales y aislamiento. En cuanto al proyecto de ser padre... Primero habrá que salvar la vida.

EL VAMPIRO DE LA RUE BRETAGNE

15 de noviembre de 2013

Resulta extraño pasearte por tu barrio con la ropa de cuando todo iba bien. Hablar de fútbol y poesía con el quiosquero como si no hubiese pasado nada. Con los farmacéuticos es más complicado, pues palidecen en cuanto leen las recetas: «Prescripciones relativas al tratamiento de la afección de larga duración reconocida».

Nadie sabe que soy un vampiro. No me he convertido en murciélago, de momento. Sigo reflejándome en los espejos. Con cara de fantasma con gorro de lana, pero sigo estando ahí. Los crucifijos no me hacen salir corriendo, quién sabe si porque enseguida me quedo sin aliento. No hago trucos insólitos a cámara rápida como en ciertas películas. Y sin embargo, soy un auténtico vampiro: debo procurarme sangre para seguir vivo. Y tengo pinta de copo de nieve.

Desde que soy prisionero de mi propio cuerpo, he de aprender a evadirme a través de mis pensamientos más que nunca. Organizar mi resistencia utilizando el recurso de la imaginación. Voy a trabajar duro, con mi propósito de salir de esta. Necesitaré una voluntad de hierro forjado. Como en un maratón. Paso a paso. Ritmo y constancia. Encontrar el equilibrio entre el rigor de un monje y la fantasía creativa. Aprender a hacer el tonto poéticamente en el austero contexto de este toque de queda que debo respetar para seguir con vida. Dosificar la esperanza día a día. Transformar la oscuridad en cielo estrellado. Descolgar la luna cada mañana y devolverla a su sitio antes del anochecer.

Un auténtico trabajo de neovampiro.

JARDINERÍA DE CIENCIA FICCIÓN

17 de noviembre de 2013

Un trasplante de médula ósea se parece un poco a la jardinería de ciencia ficción. Primero, hay que encontrar un donante compatible. Es decir, una persona cuyo código genético llamado «HLA^[3]» sea idéntico al mío. Hay una probabilidad entre cuatro de que mi hermana posea esas famosas semillas que podrían reanimar mis células. De lo contrario, nos quedará la lotería biológica del fichero mundial de donantes, pero ahí son de una entre un millón.

Pongamos que aparece. Antes de trasplantarme habrá que arrancar de raíz la médula enferma. Debemos hacer sitio para acoger el nuevo injerto. De ahí la quimioterapia y la radioterapia. Solo entonces tendré el cuerpo preparado para recibir las famosas células madre, llamadas hematopoyéticas. Esas alubias mágicas irán a alojarse en el fondo de mis huesos a través de las venas. Y si todo va bien (sin rechazo, sin complicaciones), unos meses después me convertiré en un ser quimérico. Medio-yo, medio-otro. Un renacimiento, pero con la ayuda de un nuevo pariente biológico. Hasta podría cambiar de grupo sanguíneo.

El proceso para que el injerto arraigue será largo. A fin de que las semillas de célula crezcan, tendré que permanecer en un invernadero, en un cuarto aséptico. Y aguardar pacientemente a la primavera de los glóbulos con la hemato-poética esperanza de florecer de nuevo.

Lo que van a trasplantarme no es un reloj de cuco en lugar de un corazón helado, pero, como en *La mecánica del corazón*, será cuestión de vida o muerte. Esta vez la realidad supera la (ciencia) ficción.

DAMA OCLES

25 de noviembre de 2013

Mi gran hermanita va a sacarse sangre por mí. Tiene una médula que ofrecerme y este impulso me parte el corazón. Qué poco me gusta saberla también a ella entre las pinzas cortantes de esos cangrejos en bata blanca. Sé que procederán con la mayor suavidad, pero no soporto la idea de que puedan hacerle daño.

Papá ha llamado por teléfono, está muy triste. Habla al ralentí, como un disco de vinilo puesto a la velocidad equivocada. Pero su voz sigue siendo cálida y reconfortante. La verdadera voz de papá. La noche cae y el vampiro en pijama recupera sus poderes. Rosy se ha dormido maquillada y con un solo calcetín. Entretenerme un rato viéndola patalear en sueños me ayuda a olvidar la realidad por un instante.

Luego me instalo en mi asiento fetiche. Mi refugio-cabaña-iglesia de creación. Desde aquí disfruto de una vista ilimitada del reino invisible, el único lugar donde puedo vivir sin restricciones. Aquí puedo inventarme historias verdaderas, enseñar a montar en *skate* a los hijos que me gustaría tener. O comer pasteles en silencio, equivocarme de botella en la oscuridad y enjuagarme la boca con Oporto. Me acurruco en el cofre de la noche que siempre ha sido el más acogedor. Y acabo tomando un somnífero para dormirme antes de que salga el sol, pues es muy malo para la salud de un vampiro seguir despierto a plena luz. Rozo mis pies helados contra el cuerpo-bolsa de agua caliente de Rosy y por fin concilio el sueño.

En pleno sueño empieza a sangrarme la nariz. Me despierta un regusto de sangre en la boca. La almohada blanca está manchada. En la ventana, las estrellas palidecen. Casi es de día. Con un esfuerzo sobrehumano, logro salir de la cama, mi cuerpo está pegado al colchón. Me levanto como un halterófilo con las manos vacías para buscar algo con que curarme. Las gasas se tiñen de rojo. Esto no quiere detenerse. Extenuado por la anemia y las medicinas, desearía regresar a mi sueño. Estoy mareado y, además, congelado.

Un ruido me sobresalta. Levanto la cabeza y echo una ojeada a mi reflejo en el espejo. Sigo sin cortar la hemorragia. Basta de gasas. Basta también de Coalgan, ese algodón para detener eficazmente las hemorragias.

Otro crujido a mi espalda. Esta vez me vuelvo. Una sombra se mueve. ¿Rosy? Echo un vistazo a la cama y la veo acurrucada bajo el edredón. Otra vez el ruido, ahora en el cuarto de baño. Metálico, como si alguien hubiese roto algo. Abro la puerta con sigilo y entro. El ruido aumenta. Siento como un soplo sobre el hombro.

Helado. Abro el grifo para lavarme la cara.

—¡Vaya!, ¡un vampiro en pijama! —dice una voz sensual.

Me vuelvo. Una silueta femenina ondula en la bañera. Se lima las uñas con una espada. Su melena rojiza se desparrama sobre sus hombros translúcidos. Tiene las pestañas tan largas que parecen falsas. Una raya de perfilador de ojos me atrapa la mirada.

—No te imaginaba tan bajito...

Su voz se parece a la que anuncia los horarios de los trenes en los andenes de las estaciones.

—¡Voy a tener que apuntar bien cuando te corte la cabeza!

Desliza la hoja de su espada contra mi mejilla.

—Pero ¿quién es usted y...?

—Soy Dama Ocles —me interrumpe.

—¿Dama qué?

—¡Ocles! ¡Dama Ocles, para resumir! Mi espada es de sobra conocida —declara, dándole un par de golpecitos al metal de su hoja.

—Dama Ocles... No la conozco.

—¿Cómo que «no me conoces»?

—¡Pues eso, que no la conozco!

—Bien, entonces aprenderás a conocerme, porque a partir de ahora te acompañaré a todas partes —dice, alzando su espada sobre mi cabeza.

Sus labios son más rojos que la hemoglobina, como si acabase de beber sangre, pero bien perfilados. Fuma un cigarrillo fino tipo Vogue y usa el lavabo de cenicero. Como la proa de un elegante galeón, su pecho mantiene muy alto el negro estandarte de su escote. Uno se dejaría los ojos por contemplarlo.

—¡Bueno, si tú quieres quedarte en el cuarto de baño, muy bien, pero yo me vuelvo a la cama!

—Tarde o temprano tendrás que enfrentarte a mí. No escaparás a nuestro cara a cara —dice pasándome el gélido filo por la nuca.

¿El miedo me provoca alucinaciones? ¿O es por la falta de oxígeno en la sangre? Perturbado por la visión, vuelvo a acostarme con un regusto de metal en la boca.

A la mañana siguiente, el sueño se me presenta con la precisión de un recuerdo. La almohada sigue manchada de sangre. En cambio, Dama Ocles ya no está en la bañera, puedo ducharme casi tranquilamente. El cabezal de la ducha me resulta cada vez más pesado, el simple hecho de sujetarlo sobre mi cabeza me agota. No dejo de pensar en lo que sucedió anoche. Siento la presencia de Dama Ocles en el ascensor, en el asiento trasero del taxi... en todas partes.

Pero trato de seguir adelante. Hoy tengo una cita en una sala de cine para ver un pase de la película. Llevo seis años esperando este momento. Hemos luchado como

locos y estamos orgullosos de presentar *La mecánica del corazón*. Y sin embargo, me siento como un extraño espectador que ve una película rodada dentro de su corazón.

El equipo va como pisando huevos invisibles porque tengo este problema de vampiro. Es hermoso y a la vez molesto. He abrazado a mi productora durante aproximadamente seis segundos. En ese abrazo confluyen seis años de trabajo, de peripecias mágicas y dramas. No nos hemos dicho ni una sola palabra. Un resumen con todo el corazón. Luego un taxi de motor débil avanza bajo la lluvia y me voy por donde he venido.

Siento que me están robando gran parte de la alegría que comporta el estreno de la película. Tendré que aprender a conformarme con las migajas de ese mágico botín. Pero mientras acepto a duras penas esta realidad, una carrera se superpone a otra: ¿podré promocionar la película hasta el final? Y es que corro el peligro de verme obligado a volver a la habitación aséptica antes del estreno...

Comienza la cuenta atrás. De un modo u otro tengo que resistir hasta el 5 de febrero. Mi corazón late en esa película. Mi sangre fluye en cada uno de sus planos. Dejar escapar el sueño en que he estado trabajando todo este tiempo sería un golpe terrible para el estado de ánimo. Mantenerlo al menos por encima del nivel de la amargura, se ha convertido en una cuestión de honor.

El corazón dice sí, la razón dice sí, pero el cuerpo se encoge de hombros. Y es que de momento no tenemos donante.

EL VAMPIRO DEL AMOR

28 de noviembre de 2013

La enfermedad atrae el amor como un imán, al mismo tiempo que transforma el corazón en un colador. Tengo el corazón herido de nacimiento. Pero desde que me dieron el diagnóstico, es peor todavía. Cualquiera diría que me he convertido también en un vampiro del amor. Rosy es mi víctima propiciatoria. La devoro tratando de no hacerla sufrir demasiado. No le hablo de esa Dama Ocles para no preocuparla demasiado, pero tengo muy claro que también a ella, a su manera, se le aparece.

Durante este tiempo, la hecatombe se confirma. La grave falta de glóbulos rojos llamada «anemia» cierra el grifo de oxígeno en cada centímetro de mi cuerpo. Noto el cansancio en los músculos incluso antes de trabajar. Cuando me visto me siento como un viejo levantador de pesas. También las plaquetas continúan derritiéndose, mi sangre prácticamente no coagula. En el momento menos pensado, me salen auténticas erupciones volcánicas de la nariz. Como si el hombre invisible me metiese un derechazo de vez en cuando. En cuanto a mis glóbulos blancos, están volviéndose transparentes. De modo que soy la presa ideal de todos los virus, sin defensas inmunitarias para desembarazarme de ellos...

Voy a necesitar sangre. Cada vez más y cada vez con mayor frecuencia. Como lo de morder no acaba de ser mi estilo, acudo con frecuencia al hospital.

AUTOSUPERHÉROE

2 de diciembre de 2013

Un periodista viene con su equipo a casa para entrevistarme con motivo de la película. Cuando uno de ellos estornuda, yo dejo de respirar. No es que así me proteja lo más mínimo, es un acto reflejo.

En pocos minutos han transformado mi apartamento en un miniestudio de televisión. Yo estoy en el sofá, como cuando viene el enfermero a sacarme sangre. Me conectan un micrófono de solapa y el intercambio de palabras es suave, muy amistoso. Resulta agradable jugar a ser el otro yo mismo. Aquel que era todavía hace solo un mes. Me facilitan la tarea porque para ellos soy un realizador, no un enfermo.

Termina la entrevista, el equipo recoge sus juguetitos. Me he vaciado como después de un examen médico, pero me ha venido bien hablar del trasplante de un reloj de cuco en lugar de pensar en un trasplante de médula, en glóbulos o en hospitales.

Luego viene a visitarme Joann Sfar con crepes y Nutella. Me ha hecho algunas preguntas muy concretas y también ha escuchado con mucha atención mis respuestas. Uno agradece no tener que volver a explicarlo todo. Los pequeños detalles me reconfortan el corazón, pero quienes más me ayudan en estos momentos son las personas atentas.

Entre dos crepes y una Coca-Cola, Joan llega a la siguiente conclusión: «No te queda más remedio que convertirte en autosuperhéroe. Al final esto será una buena historia, aunque tendrás que pasarlas un poco moradas».

Y a eso me aferro.

DISFRAZADO DE MÍ

8 de diciembre de 2013

«Nunca he estado tan triste y contento al mismo tiempo», dice mi personaje en la película. Es un buen resumen de lo que es mi vida estos días. El domingo, ves tu propia película en la gran pantalla de una sala hermosa del Foro de las Imágenes repleta de amigos. Y el lunes, vas al hospital. Día y noche. Contrastes y metamorfosis.

Hoy he fingido otra vez que no estaba enfermo, y me ha encantado. Un simple beso es más peligroso para mí que una excursión por la selva ecuatorial, pero he disfrutado de esta agradable escapada. Una mesa rodeado de amigos y patatas fritas al anochecer. Palabras que animan y cócteles de frutas. No me hubiese importado tomarme un *whisky*. Menudo lujo melancólico y extraño el de celebrar el estreno de la película con gente que no está al tanto de mi problema de salud. Soy un fantasma disfrazado de mí mismo. Y por ahora no se nota demasiado.

Pero ya es medianoche y el vampiro que soy debe regresar a su pijama. Mañana toca biopsia de piel y transfusiones. Y apáñatelas para no venirte abajo. Intento guardar algunas reservas de alegría en el fondo de la noche. Mañana por la mañana las necesitaré para atravesar ese glaciar médico.

UNA HISTORIA MOLESTA

9 de diciembre de 2013

Reconozco el camino que lleva al hospital, con sus animados comercios sembrados alrededor por el Pulgarcito de la muerte. Cuando era pequeño, creía que en las tiendas de pompas fúnebres vendían zapatos para los muertos. Modelos de charol, nuevos para siempre, con derecho a hacer daño a los pies.

La entrada del hospital se encuentra justo después de la tercera tienda. Es como un instituto grande y triste, donde todos los alumnos estuvieran castigados. Hay una capilla para que la gente llore tranquila y una tienda Relay donde comprar caramelos y *L'Équipe*. Comprobar los resultados del fútbol, rezar un poco y comerse un Mars.

Voy a que me cambien las plaquetas. Es decir, a que me pongan otras nuevas. No me quedan frena-sangrías. Liquidación casi total de las partículas coagulantes. Si acaricio un erizo con la yema de los dedos, me saldrá un moretón en el antebrazo.

Pero hoy parece que el centro de gravedad ya se ha desplazado. La biopsia de médula ha revelado una ligera mejora. Unas migajas esperanzadoras de «tal vez». Hay alguna probabilidad de reactivar la máquina con un tratamiento menos agresivo que el trasplante. El principio: escamotear a los anticuerpos que atacan la médula ósea con un suero antilinfocitario, un equivalente de la quimioterapia a base de caballo o conejo. Una vez los anticuerpos estén fuera de peligro, las células de mi médula podrían volver a formarse. Así que habrá que guardar mis anticuerpos en sordina durante algunos meses: un medicamento llamado inmunosupresor se encargará de ello: la Ciclosporina. La idea es que, durante su sueño forzado, los anticuerpos dejen de confundir mis células con un virus y de autodestruirme. *Reboot*. Apagamos y esperamos a que vuelva a ponerse en marcha. Como un ordenador después de un *bug*, confiando en que baste con reiniciarlo para resolver el problema.

El inconveniente de este tratamiento es que todo mi sistema inmunitario volverá a debilitarse. Aún seré más vulnerable a las infecciones, de ahí la hospitalización en una habitación aséptica. Y la película, que se estrena en menos de dos meses... Me piden que confirme la agenda de entrevistas y resulta que todavía no sé hasta cuándo estaré ingresado. Al teléfono, los responsables de prensa, los médicos, y de nuevo los responsables de prensa. ¡Tengo que resistir!

Existe un cincuenta por ciento de posibilidades de que el tratamiento inmunosupresor baste para curarme. Una posibilidad pues, un gran «tal vez» ante una puerta que se cierra. Porque si no queda nada más que el trasplante, seguimos sin donante. Han iniciado la búsqueda en el fichero mundial, pero de momento no

aparece ningún equivalente de mi código genético de mestizo lorenés-español-oranés de Montpellier. Tampoco mi hermana es compatible. La noté triste al teléfono. Me repitió tres veces que estaba «segura» de ser compatible. Lo deseaba tanto que se había convencido a sí misma.

Durante este tiempo, los glóbulos rojos siguen desertando de mi sangre como los aficionados abandonan el estadio tras la derrota de su equipo de fútbol. ¡Cabizbajos y con melancólico rencor hacia un arbitraje injusto! Mis análisis bajan como la temperatura en los días más cortos del año, que tal vez sean los más largos de mi vida. En cuanto al ritmo de las transfusiones, se acelera.

Hoy estoy tan cansado que mis resultados son bajos. Tengo el brazo lleno de pequeñas manchas rojas. Son petequias, una especie de microhemorragias debidas a la falta de plaquetas. Pronunciar la palabra «renuncia» me deja mal sabor de boca.

Temo ir al cuarto de baño y encontrarme con Dama Ocles. Doy gracias a la noche por haber hecho crecer en mi cama un cuerpo de hada, de brazos tiernos como cruasanes calientes. Vivir con ella es un poco como tener derecho a adoptar un animal mágico. Me da la impresión de ser los siete enanitos al mismo tiempo y de contemplar a Blancanieves transformando el polvo en destellos. Día y noche lucha a mi lado. Escucha. Me contagia su fuerza. Me anima. Nunca baja la guardia. Protege el reino de mis sueños. Defiende la llama que me da vida.

La noche pierde sus pigmentos. Voy a tratar de soñar con una médula mecánica trasplantada por una maga. Bastaría con darle cuerda cada mañana para que produjese nuevas células. La llave se la entregaría a Rosy.

«GRAVITY»

15 de diciembre de 2013

El torbellino emocional no cesa. Atmósfera de montaña rusa sin barreras de seguridad, además en una vagoneta hecha polvo. Hoy me entero de que tendré que pasar las fiestas en el hospital. Mis glóbulos blancos se derriten como copos de nieve al fuego, el riesgo de infección aumenta día tras día. Los médicos quieren protegerme adelantando mi entrada en la habitación aséptica. Me aplicarán el famoso remedio antilinfocitario de caballo y la Ciclosporina. Si todo va bien, saldré tres semanas después. La probabilidad de no estar en disposición de promocionar la película aumenta, ya que se estrena el 5 de febrero y el trabajo de promoción decisivo empezará alrededor del 15 de enero. Tengo que explicárselo a todos los afectados, que por supuesto no entienden ni la gravedad de la situación ni lo que esa película significa para mí. Decido recuperar momentáneamente el control de mi destino. Quiero pasar las navidades en familia. Ya me meteré después en la habitación aséptica.

Profesionalmente hablando, empiezo a asustar a la gente. En este contexto, regresar al hospital, abandonarse a los brazos punzantes de las enfermeras, casi resulta tranquilizador. Acurrucarse en su empatía. Sus ojos se esfuerzan en no traslucir nada para que, a través de ellos, parezca que me encuentro mejor. Agitan móviles y dulces músicas sobre mi cabeza como si fuese un bebé. Para tratar de tranquilizarme. Y un poco funciona. Debería abandonarme a los brazos de la imprecisión. Esperar a mañana y al tranquilo fin de semana que viene. Si todo va bien, nada de médicos hasta el lunes. Una eternidad para un vampiro en pijama.

También descubro que la enfermedad te permite saber quiénes son tus auténticos amigos. Sufrir un problema de salud grave se parece mucho al éxito: modifica el comportamiento de la gente. El baño revelador de la enfermedad delata a ciertas personas con un rostro desconcertante. Los benévolo, los torpes, los valientes, los sólidos... Los sórdidos, también. Los que abandonan el barco en el momento más crítico de la tempestad a pesar de haberse alimentado y alojado en él durante años. Los que deciden no trabajar más contigo y te piden que les llames «cuando todo vaya mejor». Los que esperan a ver si salgo o no de esta para volver a bordo. Los que abandonan, los que traicionan. Quizá no se den cuenta, pero me empujan a los brazos de Dama Ocles.

También están los que te animan a pesar de todo, los que «creen». Los que escuchan, los que proponen, los que no me consideran un vampiro. Los que saben

muy bien que lo soy, pero no se asustan. Los que estimulan tu impulso creativo. Tu impulso a secas.

Desde hace un mes soy oficialmente un vampiro, pero es evidente que estoy enfermo desde hace mucho más tiempo. En los últimos conciertos del año pasado, cuando saltaba sobre la multitud, ya sangraba. Al subir la escalera me dolían las pantorrillas como si escalase el Tourmalet^[4]. Coleccionaba hematomas.

Hoy he dado una vuelta en *skate* como un niño viejo. Con cuidado, con guantes y con el casco calado hasta las orejas. Como un perro con correa: no alejarse mucho ni tirar demasiado fuerte. Si la rueda pillara una piedrecita, me transformaría en una regadera de hemoglobina. Lo pienso a menudo para no acelerar; tampoco demasiado, para no quedarme paralizado.

Soy como un oso que despierta tras la hibernación, todos mis sentidos están entumecidos y al mismo tiempo son ultrasensibles. Me da miedo el frío y la gente que tose, pero oigo los colores del sol poniente zumban bajo la bruma. Quisiera fotografiarlo todo y almacenar el aire puro para recordarlo.

MANON O PIERRE

21 de diciembre de 2013

Para hacer compañía al insomnio he adoptado un erizo. Hubiese preferido uno de verdad, pero está el inconveniente de las pulgas. Este es de plástico. Me lo pongo en el hombro y nos paseamos por mis treinta y cinco metros cuadrados. Por la ventana, miramos los coches. Es un animal que tiene la virtud de protegerse. Ahora también me protege a mí. Desde que lo tengo aquí, me encuentro mejor. Y eso que tampoco es gran cosa, pero bueno...

A altas horas de la noche, cuando logro tranquilizarme, me imagino una primavera en que podría patinar en jersey con una médula totalmente nueva. La ligereza. ¡Ah, que importante es la dulce bobada!

Rosy no cae en la negación de la enfermedad, su pulsión de esperanza es como una tabla salvadora. Su cuerpo se parece, hasta confundirse con él, a un atetador, ese árbol frutal que no da más que dos frutos por vida. Cuentan que si te duermes entre sus ramas, te despiertas enamorado. Historia real... En el hospital, cuando por la noche Rosy tenga que irse, le desatornillaré los senos. Los pondré sobre mi mesilla de noche y, cuando me sienta demasiado angustiado, los exprimiré como dos naranjas. Los esconderé en el pequeño mueble junto a la cama y, por la mañana, podrá venir a recuperarlos para ir al trabajo.

Todavía conseguimos reírnos en la cara de Dama Ocles. Jugamos al *ping-pong* en la mesa del salón. Nuestra complicidad aflora día a día. Resistimos con las armas del cariño. Nos ayudamos mutuamente como una minifamilia. Tal vez se deba a que llega la Navidad, a que estoy enfermo o a que nos sentimos muy bien pegados el uno al otro durante un buen rato, pero hemos hablado de tener un hijo. Ese gran «tal vez» de mi posguerra. Si es que gano la guerra.

Rosy teme el parto. Es delicada. Valiente, pero increíblemente delicada. Lloro si se toma un Spasfon. Así que hemos decidido tener uno muy prematuro. Nacerá a las seis semanas, como un pequeño conejo. No más grande que un kiwi. Inventaré una especie de acuario-incubadora que pondremos en la estantería entre la máquina de hacer palomitas y el tocadiscos. Manon o Pierre crecerá ante nuestros ojos, tras el cristal. Los amigos que nos visiten dirán: «Pero qué bonita es esta tortuga... ¿Tenéis una impresora 3D? ¿Qué es? ¿Una fruta tropical?». Y nosotros estaremos muy orgullosos de anunciar: «Es Manon o Pierre; si queréis fumar, por favor, no en esta habitación».

«SCARY CHRISTMAS»

23 de diciembre de 2013

La hemoglobina en mi sangre no llega a siete gramos. Esta mañana, al salir de la ducha, estaba tan cansado que al secarme creía que estaba borrándome.

De todas formas, Rosy y yo nos regalamos unas auténticas navidades de enamorados. Lo cual es casi como decir que bailamos un lento sobre la luna mientras las botellas de oxígeno están vacías, la nave espacial estropeada y no sabemos cómo regresar. Pero de momento, ¡eso mismo me proporciona nuevo oxígeno!

Conseguimos acabar la compra de los regalos. Lleno una bolsa de deporte grande como el saco de un Papá Noel deportista. Esta tarde tomaré el tren para pasar las navidades en familia. Tendré que llevar una mascarilla durante el viaje, pero vale la pena con tal de regresar a la casa de mi infancia. Antes debo pasar por el hospital para una extracción de sangre. Me presento en la recepción de la policlínica, donde unas guirnaldas tratan de decorar la sala de visitas. Una dama con la mollera vacía y un esfínter en lugar de corazón lanza sus maldiciones de *Scary Christmas*. Aunque le enseñe la cita en el móvil, que me llegó por correo electrónico estas navidades, ella necesita «el papel». En el correo figura mi nombre y el nombre del médico que trabaja en el piso de abajo, pero ella quiere «el papel». ¿Ni siquiera para archivarlo o algo así? No, es solo porque ella tiene que ver «el papel».

Al final me atiende la hematóloga de voz dulce. Me explica que este jueves no me meterán en la burbuja helada como estaba previsto. Que por otra parte puede que no tengan que meterme nunca. Porque tengo un gen que molesta. Puede que el que haya armado este triste desorden sea él. Se trataría de una enfermedad genética rara. Una patología que el tratamiento con suero antilinfocitario y la ciclosporina no pueden curar. Esta anemia como se llame podría crearme otros problemas, favorecer la aparición de un cáncer y, sobre todo, afectar a otros miembros de mi familia. En cuanto al sueño de tener hijos, está marchitándose tranquilamente. Hay que contrastar este resultado con una biopsia de piel a golpe de arpón, pero esta vez en el muslo. Si el diagnóstico se confirma, volveremos a la casilla de salida: trasplante de médula cuando aparezca un donante. Dependier otra vez de un órgano vital del que carezco.

Regreso a casa a pie. Necesito caminar. El frío seco que me corta la punta de las orejas me da la impresión de que estoy vivo. Llego al tercer piso del edificio completamente grogui. Me siento y me como los elementos decorativos de chocolate del miniabeto. Todos. Pongo un disco de Elvis. Dama Ocles se relaja en mi cama. Estoy a su merced. Me doy pena.

Al menos es Navidad. Esta noche, tras los regalos, me han sangrado las encías. Como si le hubiese mordido en la yugular a un pobre infeliz. Tengo miedo. No lo he exteriorizado demasiado. Papá ha venido a buscar algo a la habitación donde se supone que tengo que dormir —más que escribir— y me ha visto con la gasa llena de sangre. Ha sido amable como dos padres a la vez. Yo he llorado como dos niños a la vez. Luego la sangre ha dejado de manar. Quizá mañana despertaré muerto. O con los caninos crecidos. O ambas cosas.

Antes de que me sangrasen las encías, se me ha concedido un auténtico momento de fiesta navideña en familia. Risas, sorpresas y pasteles. La sencilla alegría de los regalos dados y recibidos. Lo normal extraordinario. Me han dado y también he dado amor, tratando de ocultar esta molesta historia. Creo que lo hemos conseguido.

EL REGRESO DE DAMA OCLES

27 de diciembre de 2013

Abrazos en el andén de la estación, la bolsa llena de regalos, los párpados como un puente levadizo. Guardar las lágrimas dentro de la cabeza. Y la mascarilla, por supuesto. Siento frío en los ojos. Miedo de no volver a verlos. Toda la familia, mis encantadoras sobrinitas, el grupo entero. Llevo un gorro de niño viejo y una cazadora que abriga, así que no está tan mal. No me falta más que un puto par de esquís. Quiero decir que me gustaría volver a ver la montaña. Comerme una crepe tras quitarme esos zapatos de plástico como los de un robot. Caminar descalzo sobre una moqueta con aguanieve. Abrigarme al calor de un fuego de chimenea mientras pongo a secar los calcetines. Hablar de los chichones. Y de la importancia del viento.

El tren recorta el valle. Me conozco este tijeretazo de memoria. Hasta el modo en que se amontonan las nubes me resulta familiar. Dama Ocles está sentada en el tercer escalón de la escalera del TGV. Unos pantalones negros moldean sus nalgas como si acabase de sumergir las piernas en un yacimiento de petróleo. Sus tacones de aguja son tan puntiagudos que podrían servirle para apuñalar a todo el vagón. Cada vez que bate sus alas-párpado, me asalta un escalofrío febril.

—Oye, ¿sabes dónde queda el vagón restaurante?

—Creo que está cerrado...

—Mierda, ¡me muero de hambre! ¿Tú no?

—No, estoy bien, gracias.

—¿Perdona? Con esa mascarilla de gilipollas no se te entiende nada, quítatela.

Finjo no haberla oído y, pellizcándome meticulosamente la nariz, compruebo que la mascarilla me protege bien la cara.

—Escucha, de todas formas la palmarás... ¿No quieres aprovechar y pegar un buen polvo? Te estropean el estreno de la película, te atontan el cuerpo con sus drogas para estúpidos y eso hace llorar a tu familia. ¿Vas a quedarte así esperando que llegue el final?

—Ya verás como saldré de esta, aunque lleve su tiempo.

—Claro, claro... Sabes perfectamente que no... Sé sincero conmigo.

—Lo soy.

—Ya... Bueno, si no puedes serlo conmigo, ¡trata por lo menos de serlo contigo!

—Yo...

—Anda, ven conmigo —me interrumpe—. ¿No quieres ver las tetas más bonitas de la galaxia antes de que te metan en la habitación aséptica?

—¡Ya las he visto!

—Ya, ya... No tienes ni idea... En fin, si no quieres pensar en ti, piensa al menos

en quienes serán testigos de cómo irás apagándote poco a poco. Les harás sufrir. En cambio, ¡podrías ahorrarte todo eso si decides irte cuando todavía puedes hacerlo con dignidad, alegre y radiante! —Entonces, con su espada chispeante me apunta bajo la nariz—. A no ser que prefieras la sopa de verduras del hospital y que te despierten los pinchazos de esas pobres chicas... Con esas horribles batas informes. Así que, te toca. ¿Qué dices? ¿Te vienes conmigo al vagón restaurante?

—Ya he comido.

Dama Ocles encoge entonces sus hombros sublimes, repliega el cuerpo de liana a lo largo de la escalera y desaparece.

¡FELIZ ANEMIA NUEVA!

31 de diciembre de 2013

La red que me mantiene preso está ahora más prieta que una cota de malla. El infierno. A las transfusiones con dudas de metal pesado, acudo con una armadura que se rebela contra mí y me destruye por dentro.

Y sin embargo, estoy dispuesto a luchar. Este no es el delirio de un muerto, la ultravida siempre me ha estimulado. ¡Quiero luchar! A no ser que haya perdido de antemano. A no ser que la cuestión esté trucada en el plano de los cromosomas, y ni siquiera un trasplante de mamut me conceda una prórroga. No estoy seguro de querer subir a ese tren. Espero una buena noticia, el pinchazo de una estrella, un no sé qué de luz. En la confusión opaca y gélida, mi corazón está resquebrajándose. Cada llamada telefónica a mi padre y a mi hermana me convierte en una fuente de lágrimas que mana en cuanto cuelgo. Amo demasiado la vida para aceptar la idea de la muerte. No logro concebirla, y puede que jamás lo logre.

Rosy permanece casi imperturbable. Una guerrera armada de dulzura, como he dicho. Tiene un corazón grande como un reloj. Veo cómo lucha para ralentizar el tiempo cuando la velocidad me angustia y para acelerarlo cuando me pesa.

Hoy le he tocado una canción nueva, «El canto del cisne malo». Es la primera vez que abordo mi situación actual, en un registro musical de folk-gospel infantil. Nadie más la ha oído. Rosy me ha visto sangrar, someterme a transfusiones y soportar pinchazos en todos los sentidos, sin permitir que eso le afecte. Pero en cuanto me he puesto a cantar, ha estallado en llanto. El increíble dique que había ido construyendo día a día para protegernos a ambos ha acabado por ceder. Todo el miedo acumulado ha explotado en su rostro. Pánico melancólico. Me ha costado calmarla. Pero con mis brazos y unas palabras dulces, lo he conseguido. Estaba afligido por provocar semejante inundación en el fondo de sus ojos, pero al mismo tiempo contento porque esta vez he podido consolarla yo. Feliz de que pueda contar conmigo. Luego nos hemos reído, he tocado algunas tonterías con la guitarra y nos hemos vestido para nuestras minifiestas de Navidad hogareñas. No sé qué le habrá puesto a las crepes, pero me he pasado la noche tan feliz como si nunca hubiese aprendido la diferencia entre médula ósea y espinal.

En este 31 de diciembre a medianoche todo el mundo llama a su familia para desearle un feliz Año Nuevo. Feliz anemia nueva, en lo que a mí respecta. Mi padre, además, cumple sesenta y cinco, pero me siento mucho más viejo que él. Me preocupa su salud mental ante la enfermedad de su pequeño. Ni uno ni el otro tenemos ya a nuestra mamá, y él además desde hace mucho. Perder a un hijo debe de ser incluso peor. Trato de tranquilizarlo cuando yo no estoy nada tranquilo. Tiene

miedo. Tanto, que a veces llega a la negación. Es su forma de manejarse con la esperanza. Cada uno sufre con aquello que no decimos, pero el épico aliento de nuestra complicidad padre-hijo sigue resistiendo.

EL HOMBRE QUE TENÍA CLASE INCLUSO EN CHÁNDAL

3 de enero de 2014

Hay que retomar la infernal rutina de las idas y venidas al hospital de día. Ahora Dama Ocles me sigue como mi sombra. Por todas partes, todo el tiempo. Me mira mientras me lavo, se divierte cuando me cuesta vestirme. Cuando me acompaña a la unidad de hematología, lo que más le gusta es el momento en que pasamos por delante de las tiendecitas de la muerte de la calle Saint-Jacques. Dama Ocles grita de emoción ante las lápidas de mármol grabadas. Como una adolescente en una tienda de ropa. «¿Cuál prefieres? ¡Ya está, esa! ¡Esa te quedaría genial!», me dice, delante de un ataúd un poco *vintage* que parece usado. «Muy de vampiro. Deberías reservarlo, ¿no crees?».

Deambulamos como dos enamorados medio muertos por la avenida de las ambulancias junto al edificio Achard, ese enorme y triste instituto al que acudo a recibir lecciones de supervivencia. Llamo al ascensor, parece una minihabitación de hospital en movimiento. Llegamos al quinto piso. Nombres aterradores por todas partes: «Hematología-Oncología-Hemaféresis». «Un trío de muerte», digo yo. Este chiste malo me permite vaciar mi cerebro por un instante.

La sala de espera. Las revistas que airean los cotilleos más célebres. Su gente tan mayor y no obstante más joven que yo. Nos reconocemos por las tiritas en el antebrazo. La banda de los transfundidos. Nos vemos tan a menudo que acabamos saludándonos como si fuéramos vecinos.

Es raro encontrarse con gente que sea elegante aún en chándal. Esta tarde me ha pasado. En mi habitación de transfusiones. Un vampiro de unos setenta años que llevaba unos zapatos de otra época. Y ese curioso chándal afelpado que debía de tranquilizar su cuerpo cansado. Había cierta determinación, una delicada dignidad en el modo como pedía a las enfermeras que le ayudasen a quitarse los zapatos.

Luego ha llegado la hematóloga. Con sus maneras discretas y el volumen de voz al mínimo. Han hablado del tiempo que le quedaba, de lo que todavía podía hacer. De que podría morir. Yo no me atrevía ni a mirar. Escuchaba sin escuchar. La tremenda dificultad que aflora en cada una de las sílabas que debe pronunciar. He salido de la habitación para que se dijieran sus secretos sin misterios, palabras duras como piedras cortantes. Cuando han terminado, he vuelto. Seguía teniendo clase vestido con su chándal, los zapatos al pie de la cama. Dormía y su sueño invadía la habitación como un bálsamo tranquilizador. También yo me he dormido. Espero que haya logrado soñar con algo.

Cuando se ha levantado, tan delicadamente como si manejase porcelana, me ha

agradecido mi discreción, con esos aires de un Leonard Cohen que hubiese dejado de cantar. Los de la ambulancia se lo han llevado. Como si fuesen policías tiernos y él, un maleante dulce. Han cerrado la puerta de la habitación. Me siento el hombre más débil del mundo.

Dama Ocles me susurra que mi tasa de hemoglobina es más baja que la del hombre que tiene clase aun en chándal. Es cierto.

Pruebo a leer a Walt Whitman^[5] para tratar de no escucharla. Sigo viéndola recortar las sombras en finas rebanadas ante la ventana. Me saco un periódico de la bolsa como si se tratase de un escudo mágico. Es más grande y más fácil de leer. Las mejores armas que me quedan para obligar a retroceder a Dama Ocles son el humor y la poesía. Tan pronto como me río o me maravillo, escapo de su marcaje. Cuando la anemia me nubla el cerebro al punto de no poder leer ni escribir, me queda la cólera. Y cuando estoy demasiado cansado para enfadarme, toco el ukelele.

Entran dos enfermeras sonriendo. Un vampiro más blanco que la leche lee *L'Équipe* con unas gafas de sol un poco demasiado grandes en plena transfusión. Eso las hace reír. Cada vez que veo sangre nueva fluir por el tubo de plástico para entrar en mis venas, tengo la impresión de que Dios me da de comer. Un Dios humano, que vendría después del trabajo para hacerme un regalito antes de volver a casa. Hasta hoy mismo, ese donante anónimo y todo el equipo médico que llevan la sangre desde sus venas hasta las mías me permiten seguir con vida.

En la habitación de al lado, oigo:

—¿Sabe usted que hoy le toca un mielograma?

—Lo sé, lo sé... ¡Acabarán por aspirarme el alma!

La voz de ese hombre parece salir del libro de Whitman. Describir con semejante precisión la sensación que produce esa «prueba un poco desagradable llamado mielograma»... Aquí todos estamos en las mismas. Hasta los fantasmas de los poetas sufren el castigo del arpón en el esternón.

Estoy tenso como un arco. Después, voy yo. «¡Oh Capitán! ¡Mi Capitán!». ¡Logre tu potencia poética atenuar el dolor!

—¿Señor Malzieu? Le toca a usted...

Sorprendentemente, compartir la experiencia del mielograma con Walt Whitman no me hace mucho más fuerte. Estoy paralizado ante la sola idea de someterme otra vez a esta prueba. Los dos médicos se acercan con esa aguja tan gruesa a la que llaman «trocar». Me entran ganas de hacer como Lobezno en el primer *X-Men*: levantarme de la cama a cámara rápida para evitar el pinchazo y arrinconar al doctor contra la pared. Pero no soy Lobezno.

El movimiento es rápido y decidido. Dos veces diez segundos de tortura, y luego

vuelta a la calma. La tirita y el batir del corazón que disminuye. Más dolor que miedo. Ahora, a esperar el nuevo veredicto.

Las enfermeras y los médicos han sido considerados: han tratado de aligerar el pánico con esa forma suya de mirar a través de la puerta entreabierta para verificar que «todo va bien». No había sentido esta sensación de tranquila soledad desde que tuve la varicela. Cuando mi madre desembarcaba en mi cuarto con una sopa de letras.

En la unidad de hematología del Cochin, hasta las chicas más guapas llevan zapatos de plástico como de abuelita y todo el mundo va disfrazado de fantasma arrugado. La música de las máquinas de perfusión es una sinfonía de timbres de radio-despertador de los años ochenta. Las sábanas, con el lema «Hospitales de París» bordado, tienen el mismo color amarillento que la orina. Sin duda para que podamos mearnos en ellas de incógnito. Pero aquí te tratan como en un hotel de siete estrellas.

Empiezo a tomarles cariño. Me impresionan su paciencia y su capacidad para escuchar. Se mantienen en pie entre este oleaje de sombras que barre los pasillos del hospital. Pilotan los botes salvavidas con sus pequeños timones entre tempestades de desamparo. Son hermosos.

Todavía sigo creyendo en Papá Noël y confiando en que llegue Mamá Médula, aunque tengo mis dudas. ¿Pueden encontrar a un donante o ya han rastreado todo el fichero mundial? Las respuestas de mi hematóloga de voz dulce son vagas. Hace malabarismos con la esperanza como si fueran bolas de porcelana. Consigue que no se le caigan.

He vuelto a salir del hospital de día del brazo de mi amada. Parecía un viejo con pantalones *slim*. En el pasillo del hospital sopla un viento invisible y fuerte. Me aferro a ella con todas las fuerzas que me quedan, que son muy pocas. Es ese producto que me dan para evitar las reacciones alérgicas, que hace que me duerma de pie.

Si salgo de esta, me convertiré en otro hombre. Ya siento cómo opera la metamorfosis. Yo, que tanto he soñado con quimeras, gigantes, monstruos enamorados y otras sirenas, aquí estoy, luchando por volver a la normalidad. El más poderoso de los cuentos de hadas. Ir a husmear a una librería sin pensar en nada más que en encontrar un buen libro. Sin temer al tipo que tose ni estar pendiente de la hora para tomarme las medicinas, solo olvidarlo todo. Para mí, el amante de sueños, el más hermoso regalo sería poder revivir «como todo el mundo».

LA GUERRA DE LAS GALAXIAS

15 de enero de 2014

Hoy sabré el diagnóstico sobre la enfermedad genética. Lo que más me aterra es que pueda afectar a otros miembros de mi familia.

Llego a otro gran supermercado de la enfermedad llamado hospital Saint-Louis. A la entrada, una encantadora tienda de pelucas y prótesis mamarias. Más allá, un vestíbulo como de estación ferroviaria con tableros que indican especialidades de patología en lugar de ciudades y números de trenes. Ningún tren, solo personas más blancas que sus ropas, que descarrilan a lo largo de las puertas de perfusión. Como zombis que hicieran la compra en el supermercado Casino. Por supuesto, hay que inscribirse. Un arsenal de papeles, de expedientes, de cajeras. Toda una oficina de empleo de la muerte. Tengo que reconocerlo: el tema del papeleo no se me da muy bien. Esta vez se me ha olvidado el carnet de identidad. Si estás a punto de subir a un avión para ir a la isla de la Reunión, entiendo que se verifique tu identidad. Si vienes por una enfermedad grave, me cuesta más entenderlo. Tengo mi tarjeta de crédito, el nombre que corresponde con la cita, pero no, necesitan el carnet de identidad. No sea cosa que un bromista se diga: «Genial, iré a suplantarle a un pasillo de hospital, y me quedaré allí esperando una hora y media, je, je...».

Estoy de visita en una prisión, puede que en un cementerio. A no ser que se trate de una puta cama elástica mágica. En la sala de espera, mi corazón sube a alojarse en la garganta mientras leo un cartelito donde se explica la enfermedad genética que me concierne. Si es eso lo que padezco, mi diagnóstico vital ya poco reconfortante aún empeoraría. Espero mi turno para conocer al profesor de la unidad de trasplante de médula. Si tengo que pasar por esto, será él quien dirigirá las operaciones.

El extraordinario ser humano que, oculto bajo una bata, me recibe, se dirige a mí con toda naturalidad. Un especialista en aplasia^[6], experto en empatía. O al revés. Con presencia, vigoroso, interesado, preciso, alentador y cuyo lenguaje se entiende. Nada de jerga. Nada de sermones. Solo ciencia. Humana. Por supuesto, lo más probable es que si me hubiese anunciado lo peor no lo habría apreciado tanto. Según la biopsia, no hay ningún problema genético. Mi enfermedad no afecta a otros miembros de mi familia. Así que no soy un vampiro congénito. Tampoco tengo la menor predisposición a un montón de cánceres múltiples y variados. La espada de Dama Ocles, cuya hoja sentía oxidarse en mi nuca, se aleja levemente. Antes de un posible trasplante, quedan dos posibilidades de tratamiento antilinfocitario. Le gano un poco de tiempo a la creación de la negra estrella de la muerte. Meses, puede que años,

quién sabe si una vida entera.

Le he propuesto un trato al profesor. Me encerraré en el cuarto aséptico, tomaré todos los inmunosupresores necesarios, beberé esa sopa cuartelaria, llevaré el uniforme de papel de los encamados..., pero todo después del estreno de la película el 5 de febrero.

Cuentan que cuando le cortan la cabeza a un samurái, sigue luchando por unos instantes. Lo mismo sucede con los zombis y los patos. Pase lo que pase a partir de ahora, seguiré existiendo durante una hora y media de película en 3D.

Telefonar a mi padre y a mi hermana para anunciarles que no corren el menor riesgo me llena de una alegría profunda y sorda, como un árbol que sintiese cómo circula la savia por sus raíces. Un nuevo impulso de lucha madura en mí. Haré frente a Dama Ocles.

EL HOSPITAL Y SUS FANTASMAS

22 de enero de 2014

Trasplante. No trasplante. Hospitalización. No hospitalización. Trasplante. Sí. No. Tal vez. Seguramente. Ahora. Más tarde. ¡Enseguida! ¡Tengo los nervios a flor de piel!

La hematóloga de voz dulce comenta mis últimos análisis.

—No vamos a poder esperar al 5 de febrero para ingresarle, tiene usted los glóbulos blancos demasiado bajos. Se arriesga a coger una infección, y eso nos obligaría a retrasar aún más la fecha del tratamiento... ¡Sé que es difícil para usted, con el estreno de su película, pero es demasiado peligroso!

Tiene una voz de nana como para acunar a los niños. Pero con los vampiros no funciona tan bien.

—Solo faltan quince días, pero son los más importantes... El preestreno de la película, la prensa, la proyección en varias salas el día del estreno... Además, me encuentro bien, un poco cansado, es verdad, pero después tendré todo el tiempo del mundo para descansar... ¡El profesor de trasplantes del Saint Louis está de acuerdo!

—Sí, pero él no hace el seguimiento diario, y ahora mismo sus resultados son bajos. El riesgo de infección aumenta. Dejarle fuera tanto tiempo es peligroso.

—Promocionar la película hasta el final es muy importante para mí. Si es imprescindible vendré el día 6 por la mañana...

—Entiendo. Hablaré de nuevo con el resto del equipo y le tendré al corriente.

La hematóloga de voz dulce dice adiós más rápido que su sombra. Está claro que lo hace por mi bien y que se muestra precavida ante una decisión difícil. Como una institutriz obligada a castigar a un alumno al que aprecia. Por más que me inunda de malas noticias, me cae bien. Me he encariñado con ella igual que un tonto.

Suena el teléfono. Es mi productora. Hay que confirmar la fecha de *Le Grand Journal*^[7] y de otras entrevistas. Respondo que «La cosa está complicada», pero que «debería ser posible». Lo digo tan convencido que hasta llego a creérmelo un poco. En realidad, me encuentro con la soga al cuello, cada vez más prieta. Tengo las defensas inmunitarias peligrosamente débiles y las transfusiones son cada vez menos efectivas.

Lucho como un león contra esta enfermedad que apenas comprendo. Aunque de momento no soy más que un gato con un pijama demasiado grande que no engaña a nadie, ni siquiera a mí.

Me llama la jefa de prensa de la película. El calendario de trabajo va llenándose y yo ya no sé qué responder. Si empiezo a rechazar entrevistas lo anularán todo. Sigo

diciendo que sí a las citas más importantes, confiando en que el equipo médico me conceda una prórroga.

Regreso al hospital para un último chequeo sanguíneo que podría ser decisivo. Luego empalmo con una entrevista junto con mi correalizador, que tiene el mérito de romper uno de mis taburetes de plástico y estamparse en el suelo como una crepe ante una periodista estupefacta. No puedo sino agradecerle ese momento de apnea cómica.

Siento que voy a sangrar por la nariz. Directo al baño. Me las apaño más o menos para frenar la hemorragia con Coalgan. Compruebo si tengo alguna llamada del hospital. Termina la entrevista. Dama Ocles juguetea con su sable mientras canta una nana. El zumbido de la espada corta el aire como las hélices de un avión. Supero la angustia con la ayuda de un paquete de avellanas y hablo con mi hermana por teléfono un buen rato. Es un escudo excelente contra el terror. Entonces oigo el tono de una segunda llamada, lo que me hace callar de golpe. Miro el aparato: es el número de la hematóloga de voz dulce.

—Hola, señor Malzieu. Bueno, sus análisis de hoy son más o menos estables, y sabiendo que estas dos semanas son cruciales para usted, hemos llegado a un acuerdo y le proponemos ingresarlo a partir del 6 de febrero.

—Oh, ¡muchas gracias! ¡Muchas gracias!

—Me alegro por usted... Pero trate de ser lo más prudente que pueda y, sobre todo, si tiene fiebre o lo que sea, ¡no dude en llamarnos!

—¡Sí, sí! ¡Muchas gracias!

Alzo el puño como John McEnroe tras una buena bolea. Si no ocurre ninguna catástrofe, llegaré hasta el final. Olvidar en la medida de lo posible el hospital y sus fantasmas hasta el 5 de febrero. Me quedan catorce días en terreno minado. Empieza la cuenta atrás.

ENORME «GRAND JOURNAL»

31 de enero de 2014

El preestreno es dentro de tres días, el estreno dentro de cinco y la entrada en la burbuja aséptica dentro de seis. Aquí estoy, en *Le Grand Journal*. Aunque ya no se encuentra entre nosotros, hoy es el cumpleaños de mi madre. Imagino la cara que hubiese puesto al verme por la tele. Paso a maquillaje. Desde que soy un vampiro tardan más de lo habitual en arreglarme. Siento pánico escénico. Sobredosis de adrenalina. Me pregunto cómo conseguiré hilar dos frases sin farfullar.

Vienen a buscarnos. La marcha rápida para llevarnos al plató me deja sin aliento.

No paro de moverme en el taburete de plástico. Tengo a Luc Besson a la izquierda y una gasa esterilizada en el bolsillo derecho de la americana. En el centro, como un balancín de mis fortísimas emociones, una corbata anudada por Rosy. Ayer yo ponía mala cara porque estaba estresado y porque un francotirador invisible jugaba con un destornillador en mi estómago. Mientras tanto, ella buscó en internet cómo hacer un nudo de corbata. Me anudó tres para que pudiese elegir. Enseguida escogí una, lo que me permitió conservar el equilibrio, centrarme en mí. No pensar demasiado en que a un lado tenía a uno de los más grandes realizadores franceses que había estado ayudándome durante seis años a producir mi película y al otro una gasa esterilizada para tratar de taponar un posible sangrado de la nariz fruto de una enfermedad que me arrastra en su torbellino opaco. El plató me parece inmenso y yo, más pequeño que de costumbre.

Me aferro a mi armónica para canalizar la adrenalina. No las tengo todas conmigo. Todo sucede muy rápidamente. Las preguntas de Antoine de Caunes, Étienne Daho que canta, una entrevista grabada a Olivia^[8], que me rompe el corazón sin hacer ruido. De pronto vuelvo a verme hace tres años esperándola en el apartamento donde vivíamos. Recuerdo haberme afeitado a conciencia para recibirla. La ayudé a cargar a lo largo de los cuatro pisos y medio de escaleras con una bolsa enorme llena de vestidos y —en vista de lo que pesaba— seguramente también de yunques. Ella ponía una cara rara, pero yo me sentía feliz. Una vez arriba, me dejó. Desde ese día, nunca he vuelto a afeitarme a conciencia.

Todo el mundo aplaude a Olivia, ahora me toca a mí.

Sonreír apretando los dientes no es tan fácil, sobre todo si eres un vampiro. Mi corazón palpita contra la gasa cuando cuento el trasplante de reloj del personaje de *La mecánica del corazón*.

Temo sangrar, llorar, balbucear en medio de este torbellino emocional. Dama Ocles está sentada al lado del presentador, Antoine de Caunes. No la miro para concentrarme en las preguntas que me hacen.

El ambiente es distendido, el ritmo ágil y yo trato de mantenerme a flote. Hacer creer y creer yo mismo que todo fluye, tranquilamente invitado en *Le Grand Journal* para hablar de mi película. Mientras, en realidad, en mi cabeza estalla el Etna. En el plató hace calor. Sangro por la nariz, pero solo durante la publicidad. Nadie se da cuenta. Todo el mundo parece contento, así que también yo lo estoy.

PENÚLTIMA

1 de febrero de 2014

Último sábado antes de la hospitalización. Dentro de cuatro días me pondrán un suero que podría curarme, pero también matarme. Encabezando el último informe del hospital —que cada vez me cuesta más leer—, hay escrito: «Aplasia medular grave». Hace un momento he puesto mi vida ligeramente en peligro al recorrer unos cuantos metros en *skate* para comprar un periódico. A última hora de la tarde me he tomado un sorbito de cielo con sus amarillentas nubes. Era como estar dentro de una vieja foto, en mi pasado no tan lejano. Ganas de charlar con gente a quien no conozco. De improvisar, como cuando estás en un país lejano, desinhibido por la excitación del descubrimiento. En un bar, un viejecito está viendo solo un partido de fútbol inglés. Lleva una larga barba cana, como Walt Whitman. No me importaría ponerme a hablar con él, comer cacahuètes, beberme un mojito. Mi barrio se ha convertido en un lugar exótico desde que me paso la mayor parte del tiempo calentito en mi apartestudio^[9].

Último *sprint*. El preestreno. La carrera de entrevistas aquí y allá. La familia, los amigos, el grupo, el equipo de la película, Rosy y Olivia. Nuevo cóctel de emociones contrastadas. La importancia de centrarse en la alegría. Ganas de subirme a los asientos con mi armónica. Escalo uno y me encuentro de cara con mi hematóloga, que ha cambiado su dulce voz por una mirada inquieta.

Empieza la proyección. Me conozco cada plano de memoria, pero en esta ocasión puede que esté viéndolos por última vez. Me las apaño para que las lágrimas se derramen dentro de mi cabeza. Me gustaría que la película durase para siempre. No tener que salir de la sala, no tener que decir hasta pronto a todo el mundo cuando termine, no tener que presentarme en la unidad de cuidados intensivos dentro de cuatro días. El reloj de arena, prácticamente vacío. En la última escena de la película, el tiempo se detiene. Me concentro para que eso suceda de verdad. Y sucede de verdad, pero solamente por unos pocos segundos. Estoy llorando nieve. La gente cree que es en la película, pero soy yo. Aquí, ahora. Rodeado de una benévola muchedumbre y sin embargo más solo en el mundo que Robinson Crusoe. Unos niños me piden que les firme un cartel, tosen, estornudan, sonrían, quieren fotos y besitos. No se me ocurre una forma más maravillosamente dulce de arriesgar la vida.

La cuenta atrás se acelera. Aquí estoy, el día del estreno justo antes del, para mí, último día. Película contra hospital. Ponerme por última vez mi traje preferido antes de sustituirlo por un pijama. Recorrer cuatro salas de cine para presentar la película a golpe de armónica. La alegría del último combate. Último corte de mangas a Dama

Ocles.

Cae la noche. Los cuervos roncacos se evaporan en el crepúsculo. No es el día más frío del mundo, pero no anda muy lejos. El equipo de la película se dirige a un restaurante para celebrar el estreno y esperar los resultados de taquilla del primer día. Esos resultados determinarán el tiempo que permanecerá la película en cartelera y también su éxito. Seis años de trabajo y de sueños mezclados, que ahora dependen de esos datos fríos. Me tomo las medicinas con champán. Me dejo llevar. Medianoche. Mi carroza se transforma en calabaza. Mi potencia desciende. Me derribo al contacto con el aire. Llegan los primeros resultados. El chequeo sanguíneo de la película. ¿Y cómo me afecta? En todo. Lo siento todo. Desde la menor parcela de decepción hasta la alegría, desde la piedad por mi pinta de vampiro hasta el miedo. Todo me atraviesa, me traspasa como en un duelo conmigo mismo en un wéstern.

Dos de la mañana. El restaurante está vacío. Alguien ha apagado la música, hay que volver a casa. Así que vuelvo. No me hubiese importado seguir bailando, aunque fuese despacio. Todo el mundo se toma su tiempo para despedirse. El taxi parece una ambulancia con clase. Tengo ganas de pedirle que le dé caña hasta el océano para ir a desayunar a la orilla del mar. Vampiro en fuga buscado por las autoridades médicas a lo largo del litoral. Descripción: muy pálido, bajito, hace *skate* al ralenti.

Abro la puerta de casa como un ladrón melancólico. Son más de las tres de la madrugada. Ya no queda mucho para que hoy se convierta en mañana por la mañana. Rosy se despierta, nos cuchicheamos algunas bromas que me tranquilizan. Luego, acurrucamiento integral.

El sueño no llega. Voy desnudo a buscar una Coca-Cola de la nevera. Bebérmela helada hasta llorar burbujas. Tomarme algo a las cuatro de la mañana mirando cómo centellean las estrellas a lo lejos, en la bruma, igual que fuegos artificiales fallidos. Mirar cómo duerme Rosy, sus pechos abultando el edredón como islas flotantes. Ver cómo el amanecer borra la luna con su goma en forma de nube. Tomarme una dosis doble de somníferos y por fin desplomarme.

ENTRADA EN LA BURBUJA

5 de febrero de 2014

Esta vez, nada de champán ni de armónica para postergar lo inevitable. A la hora en que el taxi me lleva al hospital Cochin, una parte del equipo de la película está subiendo a un avión para asistir a su proyección en el Festival de Berlín. He recorrido tantas veces el camino entre mi casa y el hospital que el coche me parece teledirigido.

Edificio Achard, cuarto piso. Conozco bien estos pasillos de central nuclear poblados por benévolos fantasmas que sonrían bajo su mascarilla. Rosy me ayuda a llevar mi equipaje, vamos de vacaciones al infierno. Van a separarnos. Durante el tiempo que dure la hospitalización, no podremos besarnos ni tocarnos. Apenas mirarnos con el rabillo del ojo. Mascarilla, gorro, bata: y aquí estoy, en la habitación aséptica.

Aquí no tengo derecho a nada, aparte de a descansar. Estoy en un acuario sin agua. Unos peces exóticos al vacío vienen a tomarme la temperatura. Dos grandes ventanas rectangulares me proporcionan unas magníficas vistas del Panteón. El resto no es más que linóleo, armarios de plástico y una cama teledirigida. Afortunadamente, hay una bicicleta estática.

Dejo mi ropa de cantante de *rock* en una bolsa idéntica a la que me devolvieron en su día tras la muerte de mi madre y me pongo el uniforme de preso médico: el pijama de papel. De repente, me siento muy muy viejo.

Rosy se va a trabajar. Tan pronto como se aleja, Dama Ocles ocupa su lugar.

Me viene a la memoria un día en este mismo tipo de habitación de hospital con mi madre. Estaba tan cansada que dormía casi todo el tiempo. A mí me dolía la barriga. Cuando mi madre despertó, me dijo:

—Tú no estás bien. ¿Qué te pasa?

—No..., nada, no te preocupes.

—¡Te conozco como si te hubiese parido! —me dijo sonriendo—. ¿Qué ocurre?

—Me duele un poco la barriga, pero no es nada...

Llamó a una enfermera para que me diese un relajante muscular. Me resultó muy embarazoso, pero la pastillita me alivió enseguida. Entretanto, mi madre volvió a dormirse. Unos días más tarde ya no estaba allí.

Desde que me dieron el diagnóstico, he tratado de proteger a mi padre y a mi hermana de la analogía con la enfermedad de mi madre; también de protegerme a mí.

Pero las diferencias entre nuestras patologías no impiden que siga resonando el eco de aquellas angustias. En esta habitación llena de vacío, acaba resultando ensordecedor.

Un equipo médico se presenta de repente, sacándome de mis sombríos pensamientos.

—Vamos a ponerle un catéter central. Eso evitará que tengamos que pincharle todos los días para los análisis de sangre, las transfusiones y los tratamientos. A partir de ahora, todo pasará por ahí. Será mucho más cómodo para usted.

Tres pinchazos-quemadura anestésicos más tarde, el jefe de servicio hace bricolaje a la altura de mi corazón. Están equipándome. Costura-sutura-pinchazo. Es como si estuviese dentro de mi película. Intento bromear un poco con los médicos y ellos sonrían por gentileza. Cada uno combate la angustia como puede.

Ahora mismo tengo una tirita gruesa como un pañal sobre el pulmón y un tubo de plástico que me une a una gran máquina blanca.

—Una bomba de jeringa —me explica una enfermera—. Es para ajustar el flujo de sus tratamientos.

La máquina suena como una cafetera, pero no hace café. Unas lucecitas parpadean y cuando una burbuja de aire se queda atascada, empieza a sonar. A partir de ahora, este robot será mi compañero de habitación día y noche. Por encima de la cama, una especie de gigantesca máquina de gofres. Lo llaman el «flujo», y permite filtrar el aire, un poco como el agua de un acuario. Es el escudo antimicrobios que sustituirá mi sistema inmunitario mientras dure la hospitalización. «Quince días, tres semanas, a veces más», me informa la hematóloga de voz dulce.

Apenas hace dos horas que estoy aquí, y el día de ayer ya me parece que forma parte de un pasado remoto. Subo a la bicicleta que me han dejado aquí y pedaleo de cara a la ventana. Al pellizcar con el pedal el cable que sale del catéter, un vívido dolor me recuerda hasta qué punto estoy atrapado en esta máquina. Dama Ocles se instala en mi cama y se enciende un fino cigarrillo. Suelta un humo carbonoso que se arrastra bajo el techo hasta mi cabeza. Continúo pedaleando.

La noche avanza y retoca el color de las paredes de la habitación. Es hora de encender los tubos de neón del cuarto de baño. Llegan la cena y sus olores de cantina para muertos. Anoche comí granola e hice bien, porque el arroz blanco demasiado cocido ha vuelto por donde había venido en su bandejita de aluminio.

El día no ha estado mal.

Hasta que me anuncian que el hombre que tenía clase aun con chándal, con esos modales de un Leonard Cohen que hubiese dejado de cantar, ha dejado definitivamente de hablar.

Dama Ocles ocupa mucho espacio en la cama. Su piel es fría como la de una

serpiente. Duerme con su espada. El somier es una colchoneta inflable de esas que utilizas para hacer el tonto en la piscina, pero cubierta por una sábana. ¡Excelente para el dolor de espalda! «Más fácil de lavar en caso de que sangres», me explican. Trato de distraerme leyendo, pero no logro concentrarme. En la habitación aséptica, en cuanto sueñas un poco te escuecen los ojos. Sobre todo si no sabes cuándo ni cómo se sale de ella.

La única oportunidad que tengo de resistir es escribiendo. La urgencia hace brotar semillas de libros en mí. Las riego todas y me dedico a pensar que daré con mi alubia mágica para atravesar el techo del hospital.

NINFERMERAS

6 de febrero de 2014

He hecho media hora de bicicleta estática mirando por la ventana y escuchando en el iPhone a Ennio Morricone. Frente a un decorado inmóvil, si quieres avanzar tienes que buscar las ganas en lo más profundo de ti. Luego, me he lavado la melena con guantes de algodón en una tina de agua. El jabón esterilizado que sirve también de champú, hace más o menos la misma espuma que un resto de Coca-Cola desbravada. Tardo varios lustros en acabar de secarme. Pero es lo que hay, como solía decir mi madre.

Una enfermera entra en la habitación con unos regalos flipantes.

—¿Todo bien, señor Malzieu? ¡Por fin empezamos con el SAL!

Las bolsas de suero antilinfocitario parecen enormes paquetes de caramelos. Me colocan un tensiómetro alrededor del brazo. Lo llevaré mientras dure el tratamiento. Esta nueva máquina me tomará la tensión automáticamente cada diez minutos durante doce horas. A partir de ahora controlarán la temperatura cada dos horas y me han prohibido bajar la persiana.

—Tengo que poder comprobar que sigue usted respirando —me dice la enfermera.

Cuando les toca, también entran el interno y un pequeño ejército de hematólogos enmascarados.

—Puede que note usted escalofríos y fiebre. Si se encuentra mal, no dude en llamar. Esto durará cuatro días. ¡Ánimo, que todo irá bien!

El suero antilinfocitario corre por mis venas. A partir de ahora soy como leche al fuego. Hay que vigilarme. Para evitar las inflamaciones derivadas del tratamiento, también estoy bajo el efecto de altas dosis de corticoides. Una medicina que tiene la curiosa cualidad de ponerme aún más nervioso. Estoy extremadamente cansado y, al mismo tiempo, soy totalmente insomne.

Tengo el dedo atrapado en una pequeña pinza de plástico que controla la saturación de mi corazón. Tan pronto como me vuelvo para coger el teléfono, se desconecta y empieza a sonar como una alarma antiincendios. El tensiómetro se hincha y me agobia cada diez minutos. Suena un ruido como de sirena de barco y el brazalete se hincha alrededor de mi bíceps. Cada vez que me levanto, hago un nuevo nudo con los tubos de las perfusiones, con el tensiómetro y con la máquina que me controla el corazón. Lo mismo que me pasa en el escenario con los cables del micro y de la guitarra. Ah, mi tribu eléctrica, Dionysos... y yo aquí, embarcado en un extraño

slam glacial. Seguid tocando, todavía no sé cómo saldré de esta, pero ¡volveré!

Tengo la impresión de estar en la serie *House*. Nunca he visto un episodio entero, seguramente debería haberlo hecho. Mi cuerpo ya no me pertenece. Estoy a punto de transformarme en una salchicha envasada al vacío.

En apenas dos horas, esta odisea en horizontal ha acabado conmigo. Un caballo migrañoso galopa entre mis sienes machacándome el cerebro. Como me habían advertido, una legión de escalofríos me recorre los omóplatos. Tengo que llamar a una enfermera.

Me vuelvo para alcanzar el llamador, pero se me cae. Como no me está permitido recoger nada del suelo, ahora tendré que esperar a que me lo desinfecten. Al tratar de levantarme para pulsar el botoncito del llamador con la chancla, tiro sin querer del cable de la pinza que me controla el corazón. La máquina se desconecta y empieza a sonar como un despertar listo para despertar a una ciudad entera. Por más que pisoteo el llamador, no logro pulsar el botón. Una burbuja de aire se queda atascada en el tubo de mi perfusión y también la bomba de jeringa empieza a sonar. Sinfonía para sirenas de alarma. Me duele la cabeza como tras una borrachera, pero no he bebido ni una gota de alcohol. Cerveza 0,0 sin cerveza. El tensiómetro se pone en marcha. Me viene de maravilla..., lo que faltaba, las bajas frecuencias. Al final partiré en dos el puto mando a distancia. Dama Ocles se divierte. Cuando entra la enfermera, me lo estoy cargando a patadas.

—Pero bueno, ¿qué está pasando aquí?

—Se ha puesto todo a sonar y el mando se me ha caído.

—Tiene que ir con cuidado al levantarse, podría usted caerse...

Esbozo un paso de baile. Los ojos de la enfermera sonrían; seguro que, bajo la mascarilla, sus labios también.

—¡Menudo elemento está usted hecho! —me dice, mientras manipula las máquinas, acalla los pitidos y desenreda los nudos de los tubos de plástico.

Me ha enchufado unas pastillas para el dolor de cabeza mientras me habla con toda tranquilidad.

—Le he dejado el mando en el cajón de la mesilla de noche. Si necesita cualquier cosa, no dude en llamar.

—Muchas gracias.

Esa amabilidad me tranquiliza. Es una ninfermera, graduada en delicadeza. Al hacerla sonreír ligeramente he tenido la sensación de ser un poquito más yo mismo.

«THE POETRY OF WAR»

10 de febrero de 2014

Hace cinco días que estoy aquí. He soportado el tratamiento con el suero antilinfocitario más o menos bien. Ayer, fluyó por mis venas hasta las dos de la mañana y empalmamos con dos horas de transfusión de glóbulos rojos. Hice una pequeña siesta nocturna de cuatro a seis, y luego vuelta a empezar una nueva jornada que comienza con una extracción de sangre.

Apenas llevo cinco días aquí, y el mundo exterior ya es para mí una idea abstracta. A menudo, en lo más profundo de la noche, una enfermera echa una ojeada a través de la persiana «para comprobar que respiro».

Llevo este diario como el timonel de un barco despanzurrado. Una lámpara de petróleo vacila entre mis rodillas. Los rompientes parten en pedazos los cuerpos de las sirenas adormecidas contra el casco de mi eskuife. Una tormenta ruge en silencio en mi ventana. Las estrellas se descuelgan de la placenta celeste para asentarse en mi cama una tras otra. «¡Oh Capitán! ¡Mi Capitán!», decía Whitman. Tendría que agenciarme nuevas armas hemato-poéticas. Un escudo mental lo bastante poderoso para modificar mi biología. El corazón y su ejército de deseos al rescate del cuerpo. *The Poetry of War.*

Observo mi reflejo en el espejo que uso para afeitarme. Mis mejillas se han convertido en mofletes. Oh, por cortesía de la cortisona estoy convirtiéndome en un hámster. Podría haberme transformado en un murciélago como cualquier vampiro, pero no, si eres pelirrojo te conviertes en hámster.

Rosy cruza a diario la ciudad y viene a sonreírme con el rabillo del ojo. Con su mascarilla, su gorro y su bata de cirujano. Como poniéndome ante las narices un pastel envasado al vacío para ni siquiera dejarme aspirar su perfume de flor de azahar. Me pregunto cuándo podré tocarla, o por lo menos rozarla. Ya ni sé qué se siente al contacto con su piel. Cuando le digo que parezco un hámster ella se ríe. «Estás muy guapo», dice. Yo sé perfectamente que no, pero me reconforta.

Cuando las pilas de la esperanza se agotan, ella se transforma en cargador y vuelve a ponerme en marcha el corazón. Luego desaparece en la cámara de descompresión y la máquina que me burbujea el espíritu estornuda en pequeños espasmos para sumirse de nuevo en el sueño. Es cuando mi sensación de soledad se dispara. El vacío se espesa hasta reventar las ventanas. Entonces llegan las horas en que me pregunto por qué mi cuerpo se ha alzado en mi contra. ¿Por qué mister Hyde está cargándose al doctor Jekyll? ¿Por qué me alimento como un niño de cinco años

al que le gustara el *whisky*? ¿Por hacer tanto el bruto sobre el escenario? ¿Fue cuando me golpeaba el esternón con el micro cuando me machaqué la médula ósea? ¿O tuvo la culpa el amor mal digerido? ¿Acaso es consecuencia de no saber decir nunca que no y ahogarme en un trabajo excitante? ¿Qué ha sucedido?

Después de tanta corriente de aire, tengo manchas violáceas en el tórax. Parezco un leopardo rojo y muy blanco.

Dama Ocles me tiende su espada por el lado de la empuñadura.

—Venga, ánimo... ¡Con esto puedes acabar con todas estas estúpidas máquinas! Basta de bip-bip, silencio total... Pero ojo, porque si te cortas, con ese nivel de plaquetas tan bajo acabarías haciendo mi trabajo.

Me agarro a la espada. La cólera me proporciona unos gramos de energía. Hacía mucho que no sentía esta rebelde adrenalina. Me levanto y me dirijo hacia Dama Ocles. ¡Voy a cortarle la cabeza!

—Oh, pobrecito... No puedes matarme. ¡Eres tú quien me ha creado! Tus propios anticuerpos te destruyen, tu sangre ya no vale nada... A estas horas deberías estar en el Festival de Berlín para asistir a la proyección de tu película... Y te perderás lo de Nueva York y también lo de Los Ángeles, Tahití... En fin, ya irás cuando salga la segunda parte, como suele decirse, ¿no? Pero no habrá segunda parte... Y luego, ¿qué querías hacer? Ser padre, ¿no?

Y suelta una carcajada. Yo le lanzo la espada como una jabalina. Dama Ocles la atrapa en pleno vuelo. La levanta sobre su cabeza y avanza hacia mí lentamente.

—Y ahora...

Una enfermera rechoncha entra en mi habitación.

—¿Ocurre algo, señor Malzieu?

—Me sangra un poco la boca...

—Sus glóbulos rojos y sus plaquetas han llegado, vamos a empezar con la transfusión. Eso le sentará bien.

—De acuerdo. Gracias.

Dama Ocles se aleja y enfunda la espada en su vaina. La enfermera hace lo que puede por ajustar la máquina, que no deja de pitar. Estoy aprendiendo a no odiar estos artilugios, me he acostumbrado a su música. Ella me prepara los glóbulos rojos, con un ruido como de paquete de caramelos.

—¿De qué grupo es usted? —me pregunta.

—Dionysos —respondo.

—Me refería al grupo sanguíneo.

—Ah, sí... O positivo.

Me cambia la tirita del catéter, pues al sudar en la bici la he estropeado. Me he ganado una «depilación gratuita». Esta frase es un clásico entre las enfermeras, la repiten antes de arrancarme una tirita y, con ella, unos cuantos pelos. Esta enfermera tiene una técnica infalible para que la operación resulte lo menos dolorosa posible.

—¿No le hago daño?

—¡Lo sé! —le he dicho.

—Era una pregunta —me ha contestado sonriendo.

—Y lo mío una respuesta.

Entonces se le escapa una risita que suena exactamente como una risa espontánea, una risa que podría haber oído al aire libre. Una risa de bar o de cine. Un pequeño estallido blanco apenas mayor que un copo derretido. Incongruente y tierno en medio de los pitidos de las máquinas.

Ver sangre nueva entrando en mis venas ya no me asusta. Me he acostumbrado a este estatus de vampiro. Ahora las transfusiones tienden más bien a relajarme. Dama Ocles está sentada al borde de mi cama. Le envió unos SMS a Rosy.

LOS OJOS DE ROSY

14 de febrero de 2014

Mi amada es un poco una *pin-up* de guanterera. Con la diferencia de que yo no tengo coche. En el libro de los récords, podría ser campeona del mundo en peluquería. Todos los días vuelve a jugarse el título y se cambia de peinado incluso para venir a verme al hospital. Aunque sabe que apenas voy a verla unos segundos, y rayada a través de la persiana, se pinta los labios con esmero. Toda una *fashion-week* con un minimaniquí perdido en los pasillos de una central nuclear. Pero cada noche, cuando desaparece, el peso del vacío aumenta. Si al menos supiese cuándo voy a salir, concentraría mi energía en la magia de la cuenta atrás. Pero en este caso, cada día que pasa no es más que otro día que sumo. Mis únicas referencias son la bici, el aseo, los pinchazos y la escritura.

Hoy, a pesar de ser San Valentín, se me prohíbe rozar a Rosy. Cuando te encierran en una habitación aséptica con cables por todas partes y una pequeña pulsera de plástico con tu nombre y un código de barras, no tardan en asaltarte las dudas. La confianza en ti mismo se pone a prueba. El deseo amoroso se vuelve una nebulosa. Estar enfermo es sentirse niño y viejo al mismo tiempo. Estar privado de vida social. No trabajar. En la mirada de unos y la entonación de otros, te transformas en un frágil monstruo. Y sobre todo, empiezas a darte miedo. Yo procuro reírme un poco. A veces no encuentro la forma. Algo de mí sigue todavía en aquella bolsa de plástico en que metí mi ropa de antes. Mi identidad ha sido alterada, cada día que pasa el combate para seguir siendo yo mismo se hace más arduo. Porque, ahora sí, soy un auténtico vampiro. Me quedan las charlas telefónicas con mi padre, mi hermana y algunos amigos. Me quedan los ojos de Rosy.

BORRACHERA DE COCA-COLA «LIGHT»

20 de febrero de 2014

A través de la ventana veo que está nevando, pero los últimos análisis parecen anunciar una primavera de glóbulos blancos. Los polinucleares neutrófilos brotan bajo la escarcha aséptica. Hace tres semanas que no cruzo, que si siquiera me acerco a la puerta de esta habitación. Pero si estos resultados se confirmaran, dentro de unos días podrían contemplar la idea de dejarme salir al pasillo. Incluso dejarme salir, sin más. Antes habría que confirmar la «salida de aplasia», es decir, tener el sistema inmunitario lo bastante activo para defenderme contra las infecciones del exterior. Pero no hay nada seguro.

—Con esta enfermedad hay que tener paciencia —me susurra la hematóloga de voz dulce, que ha venido a animarme aunque tratando de evitar que me haga demasiadas ilusiones.

Está claro que me tiene bien calado. Un par de glóbulos y ya me imagino esquiando.

Mientras tanto, aumenta mi ingenio para captar al vuelo cosas hermosas. El mágico espectáculo de una enfermera liberando su melena del gorro de papel es más o menos tan frecuente como las auroras boreales en mi barrio. Pero cuando cambia el servicio, cuando las de la noche se convierten en las de la mañana, a veces tengo la suerte de ver cómo se des-disfrazan. Los moños, que les dan una forma cónica que recuerda a extraterrestres clonados, recuperan su vida como por arte de embrujo. Ríos de cabellos fluyen en una vívida primavera. Una hermosa explosión detrás de las persianas.

La otra noche, una de ellas entró para tomarme las «constantes»: tensión, temperatura y saturación del corazón. Como a Sandra Bullock en la película *Gravity* antes de que su transbordador espacial fuese pulverizado.

—¿Necesita usted algo, señor Malzieu?

—¡Sí, unos besitos! ¡Estoy hasta las narices de no recibir besitos!

Ella se rio detrás de su mascarilla y la noche siguiente me trajo una hoja de papel plastificado donde había escrito «Buenas noches» y dos besos en rojo. Las imagino a ella y a su auxiliar de enfermería besando la hoja en blanco y metiéndola en el plástico para luego desinfectarlo. Después se ponen la mascarilla, el gorro y la bata para traérmelo. El placer de un gesto hermoso. Dos bocas en forma de corazón que contribuirán a que mi espíritu pueda cantar. Templar los nervios a través de la risa. No sé cuántas veces les he dado las gracias. Me parecía estar viviendo una llamada a

escena en el Olympia.

—¿Necesita usted alguna otra cosa, señor Malzieu?

—¡Una hamburguesa, patatas fritas y una Coca-Cola muy fría...!

—Lo de la hamburguesa y las patatas fritas va a ser imposible, pero en cuanto a la Coca-Cola, ¡veré qué puedo hacer!

Y volvió con una auténtica lata de Coca-Cola *light*. ¡Es tan maravillosamente poco médica! Esa tipografía llegada del mundo exterior, esos reflejos cromados, ese rojo acero... ¡El «clic» tan agradablemente familiar cuando la abres! Mojar mis labios, sentir en la lengua la efervescencia de las burbujas, es mejor que un gran reserva de Burdeos. Con el primer trago del elixir, tengo la impresión de volver a transformarme en un ser humano. Me la bebo de un trago. Estoy al borde de un chispeante llanto, las burbujas hacen que me escuezan los ojos. La felicidad... No tenía ni idea de que una borrachera de Coca-Cola *light* pudiese hacerme tan feliz.

«HAPPY BIRDS DAY», GRAN HERMANITA

26 de febrero de 2014

Hoy es el cumpleaños de mi gran hermanita. Está inquieta como una mamá. Sabe ocultar su angustia en lo más profundo de su garganta, pero a veces oigo su preocupación entre dos frotamientos de las cuerdas vocales. Me hubiese gustado darle una sorpresa desembarcando en su casa con un *skate* bajo el brazo.

Papá vendrá mañana. La idea me alegra, pero su reacción también me inquieta muchísimo. Tengo miedo de que el arsenal de perfusiones y el hecho de tener que ponerse un traje de cosmonauta para visitar a su cachorro lo impresione demasiado. Va a tener que enfrentarse con esta realidad imposible de aceptar: su hijo se ha convertido en un vampiro. Y puede que no salga de esta.

Para escapar del uniforme de enfermo de larga duración, ahora llevo una camiseta cien por cien algodón que han aceptado cocer como si fuese un pastel a fin de esterilizarla. Vendría a ser como un disfraz de copo de nieve. Uno de esos que caen pero no se funden. Me he dormido en plena tarde y el catéter ha explotado. Sangra sobre mi camiseta blanca como si acabasen de pegarme un tiro en el hombro. No sé si habré tenido un sueño de wéstern o si me habré peleado conmigo mismo. A menos que haya hecho estallar el cristal para escalar hasta el tejado del hospital como Tom Cloudman^[10]. Pero no. Por desgracia, no es nada tan lunático. He dormido apoyándome demasiado sobre mi hombro izquierdo, solo eso.

La jefa de la unidad acaba de arreglármelo a golpe de puntos de sutura y desinfectante. Cuando habla, la mascarilla se arruga delante de su boca como el pico de un pato de papel. Ella tan atenta y yo, que no pienso más que en esa historia del pato.

Rosy también le planta cara a la realidad cotidiana, aunque hago cuanto está en mi mano para protegerla. ¿Dónde han ido a parar sus sueños, su vida más allá de la mía? ¿Qué le queda de esperanza? ¿Qué sucede en su cabecita cuando sale de mi habitación y vuelve sola a nuestra casa? ¿Ha logrado dominar al fantasma que la espera en nuestro lecho?

Este es el país de los patos y la pedagogía. Las enfermeras llevan a cuestas auténticas neveras cargadas de hielo emocional. Son las operarias de mudanzas de la esperanza. Suya es la pesada tarea de esparcir unas briznas de luz por los cuatro costados del infierno, allí donde los ángeles perdidos hacen autoestop con la mano desnuda. Igual que hacen con los medicamentos, tienen que ajustar la dosis constantemente. Son cigüeñas-mamás-ninfas-chicas. Ganan cuando las (re)conoces.

LA PRIMAVERA DE LOS GLÓBULOS

27 de febrero de 2014

Galopaba yo sobre mi bici inmóvil cuando la hematóloga y su séquito entraron en mi habitación. Un viejo disco de Folk Implosion^[11] enviaba sus ondas electrizantes al fondo de mi cerebro. Puede que con la música no oyese que llamaban a la puerta. Me volví. Había unas caras desenmascaradas en plena habitación, como si el mundo exterior hubiese sufrido un escape.

—Su nivel de glóbulos sigue creciendo, se acabó el aislamiento. Si los blancos se estabilizan, saldrá dentro de unos días.

Alegría sorda, como el día en que logré convencer a un capitán del ejército francés de que prefería honrar mi contrato con el sello discográfico que hacer la mili. Me hubiese gustado gritar de rodillas como Yannick Noah cuando ganó el Roland-Garros en 1983. Pero me contuve.

Con sus mascarillas de papel como collares alrededor del cuello, parecía un recibimiento a la tahitiana. Se me ha concedido el derecho a un pequeño desfile de las personas del equipo sanitario que han venido hacerme una transfusión de sonrisas. Algunas de ellas estaban agradablemente irreconocibles sin su disfraz. He sentido el impulso de abrazarlas como haría un equipo de fútbol después de un gol en la final del mundial.

Es el principio de una nueva aventura. He comido en un plato de verdad y no en una bandejita de plástico. He salido de la habitación arrastrando mi pesada máquina más allá de los pasillos nucleares. Me he dado una puta ducha que he vivido como una zambullida en una laguna, aunque salpicada de líquido desinfectante. He pensado en los besos de Rosy, en una Coca-Cola en el frigorífico, en mi guitarra folk y en esa bolsa de plástico llena de mi ropa de antes: voy a poder volver a disfrazarme de mí.

Me afeitó. Se acabó la barba a lo Robinson Crusoe. Tierra a la vista. Padre en las cercanías y, al acecho, triste recuerdo de la madre.

Papá entra en la burbuja. Se me hace difícil verlo aquí, con un gorro. Me gustaría decirle que puedo desconectarme, vestirme e irme con él a dar un paseo por el barrio.

«Quizá me dejen salir dentro unos días». De momento es lo mejor que puedo ofrecerle. Verlo preocupado me preocupa. Detrás de su mascarilla, y a pesar de que no exteriorice nada, está bastante hecho polvo. Soy su hijo. Tengo cuarenta años, pero sigo siendo «el pequeño». Aquejado por una enfermedad grave. El orden natural de

las cosas vapuleado.

Yo perdí a mi madre el día en que él perdió a su mujer. En cuanto a su madre, murió en la cama en plena Segunda Guerra Mundial, cuando él no contaba más de cuatro años. A su hermana la perdió antes de conocerla. Ahora tiene que hacer de padre y madre para su hijo enfermo. Yo tengo una hermana, y él una hija, que asume también responsabilidades maternas. Que achica este barco familiar con boquetes con la energía de una auténtica guerrera. El fantasma de mi madre planea sobre nosotros. Aquí pesa mucho más de lo normal. De ahí que optemos por hablar de fútbol. Por centrarnos en una realidad más llevadera. Desde mi infancia, el deporte fue siempre el cimiento de nuestra complicidad padre-hijo. Todavía hoy, cuando hay un partido importante, nos llamamos durante el descanso para comentarlo. Ya esté de gira, enfermo, enamorado, o las tres cosas al mismo tiempo, ese ritual es inmutable. A través del fútbol, me ha transmitido una pasión y unos valores que estos días están siéndome sumamente útiles. El espíritu de superación, de equipo, de excelencia. Y aprender a perder sin desanimarse...

EL MAL VIENTO

28 de febrero de 2014

Papá se ha ido y de repente ha vuelto el viento a la burbuja, llevándose a su paso un buen montón de brotes de la primavera de los glóbulos. Para salir necesitaba más de 500 polinucleares neutrófilos en sangre. Hace dos días estaba a 1000, ayer a 650 y hoy apenas a 300. En lo tocante al riesgo de infección, vuelvo a encontrarme en alerta roja. Según la hematóloga de voz dulce, mi nivel de glóbulos parece haber aumentado artificialmente debido a los corticoides, pero no se ha estabilizado.

Regreso a la casilla de salida: esta tarde van a recargarme las plaquetas, así como los glóbulos rojos. Pero todo resulta tan frágil... Las enfermeras han venido a reconfortarme con sus ojos y sus voces de sirena. Bajo el resplandor de los demonios, sueño con levantarme en calzoncillos en mi casa, con tocar un poco el ukelele en sordina y con acostarme otra vez, pero no atado a ningún cable. Frotar las plantas de mis pies helados contra las pantorrillas de Rosy. Ya me veía tirando el pijama a la basura, yendo al cine a ver mi película. Comprándome una entrada tan campante y comiendo palomitas durante los tráilers. Cumplir ese sueño de la infancia sigue siendo una asignatura pendiente. Ya me veía allí, pero va mi corazón y dice que no. Sin duda, cosas de un vampiro enamorado.

Voy a tener que dosificar hasta el galope-ciclista. Con los glóbulos rojos tan bajos, me falta oxígeno en la sangre. Estoy lleno de calambres. No me quedan ganas de telefonar y anunciar las malas noticias. Mi padre, mi hermana y Rosy tenían tantas esperanzas de que saliese... Es un gran domingo de derrota en el campeonato de fut-burbuja. Nunca he sabido jugar para empatar. Solo sé ganar o ultraperder, y hoy me he perdido un poco.

HOJA MUERTA

1 de marzo de 2014

La pérdida de glóbulos blancos se confirma. No me quedan más que 200. Mi sistema inmunitario está apagándose. Esta mañana las enfermeras se han vuelto a poner sus mascarillas. He podido darme una última ducha a toda prisa.

Así que aquí estoy, otra vez de viaje por esta mala pasada. De nuevo vigilancia máxima, el tensiómetro alrededor del brazo cada diez minutos y la máquina que me controla el corazón. El castillo de naipes que escalo con las manos desnudas acaba de derrumbarse de un soplo.

*Y me voy
con el avieso viento
que me lleva
de acá para allá,
igual que a la hoja muerta^[12].*

WÉSTERN BAJO LA LLUVIA

2 de marzo de 2014

La esperanza se ha reído en mi cara y ahora la cólera la sustituye. Me he portado como un buen prisionero médico, he tomado una sopa asquerosa y no he mordido a nadie. He purgado mi pena dócilmente durante tres semanas y, sin embargo, aquí sigo. Nadie me comunica el veredicto, posiblemente porque nadie acaba de saberlo del todo.

¿Cuánto tiempo de condena me queda? «Puede que meses», me ha dicho el médico. ¿Cuántos? ¿Qué esconden esos meses? ¿Una cadena perpetua? ¿Una condena a muerte? El principio de realidad resulta tan duro que no me apetece ni soñar. Los mágicos remedios de la imaginación quedan en suspenso.

La noche avanza. A Rosy, mi boxeadora con cabellos de sirena, se la ve afectada. No lo demuestra, pero a mí no se me escapa. Ha sido un golpe duro, ya había preparado mi regreso al apartamento y también a su cabeza. No hay luna llena pero las estrellas fluyen por mis venas. Me levanto de mi preataúd, un aire como de punto final se apodera de mí. Dama Ocles baila y restriega su piel de serpiente helada contra la mía. Algo en ella me electriza.

Me subo a la bici y me pongo los cascos para escuchar la música de un viejo wéstern. Inmóvil, galopo. El sudor me perla la frente. Cualquier cosa que me permita sentirme vivo me conviene. Procuero reactivar mi cuerpo, aun cuando está en una trampa. Sigo galopando con la vista fija en el horizonte. Tengo ganas de desconectarlo todo y escaparme. Al cuerno las transfusiones. Me abasteceré a la antigua, en el cuello de las chicas. Trataré de no hacerles daño, de no clavarles los colmillos demasiado hondo.

Dama Ocles alza su espada sobre mi cabeza.

—¡Ya no te tengo miedo!

—Perfecto, entonces estás listo para morir...

Coqueteo con un viejo y oxidado sueño: cortar el cordón de la perfusión y ponerme mi disfraz de hombre normal que aguarda en el armario de formica. Bajar la escalera sigilosamente, en calcetines. Atravesar la sala de urgencias en sentido inverso y llegar a la calle. Sentarme en una acera y calzarme los zapatos respirando el aire fresco nocturno. No volver a caminar sobre tubos de plástico. Correr solo, llamar a un taxi que no se detendrá. Entrar en un bar, pedir varias raciones de patatas fritas, todas las

Coca-Colas imaginables y una botella de *whisky*.

Puede que morder, en todo caso besar. Contarle mi historia a un viejo al que no le importa. Llamar a los amigos y quedar con ellos. Por la noche, mentirles explicándoles que ya he salido. Quitarme la chaqueta mientras suelto dos grandes carcajadas. Entonces el tubo plástico recién cortado sonaría con un ding al golpear el borde del plato de porcelana. «*La menor*», diría yo. «¿Se ha escapado usted del hospital?», preguntaría una hermosa camarera con cierta inquietud.

Salir corriendo al ralentí, sofocado como una vieja cabra. Aprovechar un semáforo en rojo para pillar un taxi. Amenazar al taxista con una pistola de orina. «O me llevas a casa o te disparo mi pis a los ojos». El conductor que da un frenazo ante una comisaría. Saltar del coche y rodar por el asfalto. Sangrar como un géiser por el codo. Cruzar mi mirada con la de una chica un poco borracha en el paso de cebra: «Oye, ¿tú no serás el cantante de Mickey 3d?». Apuntarle con mi pistola de orina. No tener ya fuerzas para hacerme con un taxi ni para pedir otro. Sentir cómo me asalta una oleada de lágrimas. Desear regresar al hospital, no encontrarme tan mal en esta cama. Adormecerme unos segundos y deslizarme en el sueño de un wéstern bajo la lluvia.

EL RETORNO DEL JUEVIS

10 de marzo de 2014

Después de una semana más pedaleando en el vacío sobre mi bici inmóvil, el médico que dirige la unidad entra en mi habitación para repasar la situación.

Me explica que los glóbulos blancos no aumentan tan rápidamente como él esperaba, pero que a pesar de todo mejoran. El efecto acumulado del suero antilinfocitario y la ciclosporina no es inmediato y varía en cada caso concreto. Si dentro de cuatro o seis meses sigo siendo un vampiro dependiente de las transfusiones, probaremos un segundo tratamiento antilinfocitario. Menciona de nuevo el trasplante.

—Vamos a reactivar la búsqueda de un donante, pero hay un sesenta por ciento de posibilidades de que no lo necesite... Si sus polinucleares neutrófilos se estabilizasen, hasta podríamos darle el alta dentro unos días.

Me he vuelto supersupersticioso. Gato escaldado, del agua... caliente de la ducha cree haber perdido el derecho. Siento cómo la alegría va cobrando forma en mi interior, pero algo en mí se niega a dejarla aflorar. Miedo de recaer, aunque no de muy alto. No me atrevo a dar por teléfono esta buena noticia a mi padre ni a mi hermana. Sin embargo, acabo haciéndolo, y aunque voy con pies de plomo, es como si oyese una musiquilla de esperanza. Entre las persianas, la sonrisa de Rosy. El rojo de sus labios casi tan borrado por la mascarilla como si nos hubiésemos besado. Esta noche resulta un poco menos doloroso verla desaparecer por el pasillo. Las enfermeras, que no se alarman jamás, continúan con su proyecto antidebilitamiento. Vienen a charlar. Reemplazan la bolsa del goteo de antibiótico. Me toman la tensión. Cuidan de que no me convierta en una máquina de imaginar lo supersticioso. Infiltran dulce realidad.

Durante este tiempo, la primavera ha llegado para estallar bajo mi ventana. El sol ofrece su escote de luz detrás del cristal, casi puedo acariciarlo. Quiero quedar deslumbrado hasta abrasarme la retina. Soy un vampiro al que le gusta la luz porque la memoria de mis sensaciones de ser humano no ha desaparecido del todo. Respirar el olor del viento, con ese gusto a castañas y hojas secas. Plantar un estetoscopio en las nubes para auscultar el sonido de la lluvia que allí se gesta. Comer los últimos copos del invierno hasta al cielo. Y lo que sueño por encima de cualquier otra cosa: ir a por el pan, comerme una punta mientras camino y comprar los periódicos.

En mi propia guerra de las galaxias, todo es un retorno del Juevis. ¡Mañana es jueves y lo suyo sería salir de aquí! Los polinucleares neutrófilos se estabilizan por encima

de 500. Un equilibrio precario, cierto, pero que me permitirá salir por fin de la habitación aséptica y de sus máquinas infernales, dejar el hospital, para volver por fin a casa.

Última charla nocturna con las enfermeras. Albergo la nueva esperanza de no volver a verlas, a pesar de que las amo. Soy un vampiro del amor. Ellas son cigüeñas. Contrabandistas de frágiles globos. Acompañan a los pacientes de principio a fin. Dicen que es normal, que es su trabajo. Arañas tejedoras de algodón que suavizáis los afilados ángulos de esta burbuja, nunca os estaré lo bastante agradecido.

AL OTRO LADO DEL ESPEJO

12 de marzo de 2014

Acabo de pasar cinco semanas encerrado en un cuarto aséptico.

He llorado dos veces. Cuando supe de la muerte del hombre que tenía clase aun en chándal, y luego cuando me permitieron tocar la mano de Rosy. Ese pequeño milagro, dulce y cálido, reaviva el recuerdo de sensaciones enterradas. Es como volver a escuchar una canción que te recuerda una época feliz.

¡Hoy salgo! ¡Robinson Crusoe está de vuelta en la gran ciudad!

Por supuesto, Dama Ocles regresa conmigo. No tengo más que un cincuenta por ciento de posibilidades de curarme y, en cualquier caso, el camino será largo. Tendré que seguir viniendo al hospital de día al menos una vez a la semana. Pero da igual, ¡qué liberación!

La alegría de ponerme calcetines y sentirme, por fin con zapatos, un poco menos bajito. Y el abrigo para ir «fuera». Me he disfrazado de mí mismo por completo. Atravesar la puerta. Entrar en la cámara de descompresión. Descomprimir. Heme aquí, al otro lado del espejo. Mirar mi habitación vacía a través de la pequeña ventana y de su famosa persiana. Llorar como un sistema de regadío automático. Abrazar a Rosy en ese no lugar, ante la puerta de la habitación. Sentirme asombrado de dominar el arte del beso, investido de una fuerza nueva. Más poderoso y más frágil que nunca.

Caminar recto por el pasillo y salir de la unidad de cuidados intensivos. Tengo la impresión de haber menguado, todo me parece inmenso. ¡Estoy en *Alicia en el país de las maravillas*! El conejo, que por una vez llega a tiempo, ¡es mi hermana! Ni un minuto antes ni uno después el día en que me libré de una buena. El ascensor es el hoyo en el jardín que conduce al país extraordinario del vestíbulo. La tienda frente a la policlínica, con sus cruasanes no muy buenos, sus bebidas semifrescas y sus periódicos del día anterior... ¡Todo es maravilloso! El zumbido del mundo real, toda esa gente sin bata, sin mascarilla...

Tragarse un rayo de sol en el aparcamiento y arrellanarse en el asiento del gracioso coche de Rosy. Atravesar una selva de bocinas. Que la policía nos pare porque la placa de la matrícula está torcida. Caer en la cuenta de que no hemos pasado la inspección técnica cuando nos tocaba. «Debería inmovilizar su vehículo...», dice el agente con ese tono de júbilo moralizador que no cambiará un ápice aunque le expliquemos la situación. Quién sabe si será un soldado de la Reina Roja. «De acuerdo, pero no ha pasado usted la inspección técnica...». Rosy se pone nerviosa, ella, que ha mantenido la calma durante cinco semanas. Después de volver a regañarnos, el policía deja que sigamos nuestro camino.

Llegar por fin al apartestudio, que Rosy ha cuidado y mimado pensando en mi

regreso. El reino de la Reina Blanca. Tengo la impresión de ser un invitado en mi propia casa. Hay montada una bicicleta para que siga desentumeciéndome las piernas, golosinas por todas partes como si fuera Navidad y Pascua al mismo tiempo. Mi guitarra y mi ukelele están listos para ser tocados y hay asientos nuevos. Mi hermana se pone a preparar crepes. ¡Feliz no cumpleaños! Soy el Sombrero, loco de alegría. Pruebo todos los postres a la vez. Merengues al chocolate, té a la menta y los White Stripes. Hasta olvidé interesarme por la Liga de Campeones, tan contento estaba de pasar la noche con las mujeres de mi vida, haciendo de vampiro con los espaguetis.

Luego, me deslizo en la cama con una bolsa de agua caliente en la barriga. Me reencuentro con los perfumes de la colada y la química de las pieles. Todo el cuerpo despierta. Poco a poco, el gel esterilizado va cayendo en el olvido, y de repente, tengo la impresión de haber salido del hospital hace mucho.

LO NORMAL EXTRAORDINARIO

13 de marzo de 2014

Tengo que reeducarme en lo normal extraordinario e integrar la enfermedad en mi día a día. Medicinas, curas, visitas al hospital y precauciones propias de un explorador en la selva ecuatorial, pero dentro de mi propio cuarto de baño. Aprender a evitar los peligros. Jugar al enfermero de mí mismo con gasas y desinfectante. Asustarse como un principiante. Ya no hay ninguna enfermera al otro lado del timbre, hay que volver a acostumbrarse a la autonomía.

Tocar la guitarra. Con la yema de los dedos para que las cuerdas no me muerdan. Hacer bici-galope en mi apartestudio. Igual que en el hospital. Conseguida por Rosy, subida hasta aquí por mi padre. Mordisquear otros horizontes. Devorar la piel de yogur a la vainilla de Rosy. Caminar pisando huevos sin demasiada seguridad. Salir a la aventura de la noche en el barrio, arropado igual que un recién nacido. No entrar en ninguna parte para evitar a mis enemigos mortales: los microbios y los virus. Porque mi nivel de glóbulos sigue al límite de la alerta roja. Comer cruasanes. Escuchar el viento que viene de la calle y en el que chispean motores, risas y broncas. Violenta alegría en sordina. Superstición. Miedo a tener que volver. Acaban de desenyasarme el cuerpo, ahora es libre pero frágil. Entro en Facebook y como pasteles, pero sigo siendo un vampiro.

«HAPPY FUNERAL»

16 de abril de 2014

He regresado hace más de un mes. El nivel de glóbulos permanece estable, pero no mejora. Sigo dependiendo de las transfusiones. La búsqueda de un posible donante sigue su curso. «Todavía no lo hay, este tratamiento puede tardar en surtir efecto hasta seis meses. Mientras no vaya a peor, es buena señal», me dice la hematóloga de voz dulce, que se ha convertido en una especie de amiga de bata blanca.

Pero la idea de un trasplante de médula surge en la conversación cada vez con mayor frecuencia. Todas las semanas espero los resultados de los análisis como los números de la Loto, con una brizna de esperanza, pero sin dar nada por seguro. Papá telefona a diario y me pregunta: «¿Qué sabemos?». Me gustaría darle buenas noticias, pero como no las tengo hablamos del Mundial de Brasil de este verano.

Debo permanecer en casa tanto tiempo como me sea posible; por suerte, las condiciones de mi detención tienen la ventaja de ser agradables. Puedo besar, comer raviolis fritos y cantar con mi ukelele. Los días se alargan y he vuelto a practicar *skate*. Es la única violación del contrato médico que me permito. Si no me caigo, no hay peligro. Surfeando el asfalto de la avenida Daumesnil tengo la impresión de encontrarme de regreso entre los vivos. Acudir a las transfusiones en *skate* es mi pequeño desafío semanal. De vuelta, paso un rato en la librería Shakespeare and Co., recomendada por Clémence, especialista en Poesía^[13]. Estar rodeado de libros me reconforta. Si te gusta leer, ese lugar es una auténtica cueva de Alí Babá. Como un desván mágico dentro de un árbol cuyas hojas serían libros. En él he encontrado mi iglesia, allí disuelvo una parte de mis angustias. Puedo venerar tan campante a los dioses que me dé la gana: Jack Kerouac, Roald Dahl, Richard Brautigan o Walt Whitman. Trato de leer los originales de estos autores, lo que me proporciona un placer religioso y lúdico. Entre libros no tengo la impresión de estar enfermo y a la gente de la librería no parecen asustarle los vampiros que se quedan allí sentados en una *poetry room*. Este desván mágico lo lleva una tal Sylvia Whitman. El mismo nombre que mi madre, el mismo apellido que uno de mis apóstoles de la esperanza preferidos. Me gusta imaginar que es la nieta de Walt. Sylvia tiene algo de un ángel a quien le sentara bien su nueva condición de humano. Una chispeante y dulce inteligencia. Y todo el mundo a su alrededor flota en ese talante relajado. Hasta el perro parece haber leído a Shakespeare, y el gato blanco con el que puedes cruzarte en el piso de arriba es tan misterioso que parece escribir sus propios poemas.

La librería se encuentra a medio camino entre el hospital y el apartestudio. Aquí, hablo inglés con mi acento del sur de Francia. Exploro cada escondrijo, toco algunas notas en el piano desafinado. La música de la lengua extranjera me desorienta.

Compro libros que mi pobre inglés no me permitirá entender, soy como un ciego que insiste en ir a ver el mar.

Hoy es mi cumpleaños. Cumplo cuarenta. Todavía no sé de qué voy a disfrazarme. Ya he hecho de Jedi, Spiderman, hombre-reloj y pequeño gigante. Ser solo uno mismo es complicado, pero ahora me apetece disfrazarme de mí. Mis amigos se han currado bien una sorpresa. Me esperan en casa. Mi padre está allí, Rosy sonríe, hay crepes e instrumentos musicales. Uno canta y otro toca la percusión con cacerolas. Como una merienda de fin de año en una clase de quinto de primaria. Paso uno de estos verdaderos buenos momentos en que me olvido de la enfermedad. Hasta que el cansancio se apodere de mí. A pesar de que no dejo de beber Coca-Cola, es un ritmo demasiado rápido. De pronto tengo ciento cuarenta años. Estoy muy contento de verlos a todos, el detalle me ha llegado al alma, pero tengo ganas de acostarme. Debo de estar en plena bajada de hemoglobina, porque los brazos me pesan una tonelada. Me gustaría que mi entierro se pareciese a esto: amigos, chicas guapas y pasteles. Resulta bastante inquietante pensar en que, excepto yo, toda la gente que hoy está aquí también estaría en mi funeral.

—*Happy Funeral* —me canta Dama Ocles con su voz de Marilyn.

—No es más que un cumpleaños.

—Sí, pero es el último, así que ¡disfrútalo!

EGGMAN RECORDS

1 de junio de 2014

El buen tiempo ha llegado. El Mundial de Fútbol se acerca, escribo canciones y me aferro a este nuevo impulso. Pero el nivel de glóbulos sigue sin decidirse a aumentar. El tratamiento que recibí en febrero no ha funcionado. En los informes de hospitalización se lee: «Aplasia medular refractaria». Las transfusiones y esta dulce prisión me mantienen con vida, pero el fantasma del trasplante crece día a día. Todavía no hay donante. Al contrario de lo que la gente piensa, no puedes ser un vampiro eternamente. A fuerza de recibir la sangre de otros, mi cuerpo almacena hierro en cantidades excesivas. A partir de ahora tengo que pincharme en el vientre todas las noches y permanecer con una pequeña bolsa de transfusión portátil durante las doce horas siguientes. Es un producto que se supone que me desoxida, tanto en sentido literal como figurado: elimina el excedente de hierro provocado por la acumulación de transfusiones. De pronto, tengo que llevar una especie de riñonera de la que me hubiese avergonzado incluso cuando esquiaba y estaban de moda los modelitos fosforitos de los años ochenta. A veces, cuando al amanecer retiro la aguja, empiezo a sangrar. La primera vez sentí pánico. Luego aprendí a no dejarme impresionar.

Si te han condenado a dar vueltas y más vueltas, no deprimirse resulta complicado. Instalo en mi cuarto una sala de proyección en miniatura. Una pantalla bastante grande, unos cuantos asientos de cine de verdad para mis amigos, una máquina de palomitas y otra de nubes de algodón. Servicio de ensueño a domicilio. Cualquier cosa sirve para alejarme de Dama Ocles. Mi colección de *skateboards* se ha transformado en estanterías, las «skaterías». Allí he colocado con orgullo mi erizo y mis ardillas de plástico. También he adoptado a un enorme oso de peluche que alguien abandonó en la escalera. Lo he colgado del techo. El apartestudio empieza a parecerse al interior de un Kinder sorpresa. Un gabinete de curiosidades cuya atracción más extraña soy yo. Todo eso hace sonreír a la enfermera que viene a pincharme de cuando en cuando. Al sacar el material médico entre los pianos de juguete y otros ukeleles, el contraste es sorprendente.

Siento la fiebre de la creación. Marcar cierta distancia con la realidad para afrontarla mejor me resulta tan vital como las transfusiones de sangre. La urgencia del día a día para no zozobrar. Mi vida está regida por el constreñimiento, la espera y la imprecisión. Así que, como reacción, necesito algo de espontaneidad. Empecé por imaginar un programa de tele rodado en mi apartestudio, o un blog, pero quería algo

más físico, inmediato y palpable. Hasta que di con la solución...

Un poco antes, me había regalado un sillón en forma de huevo gigante. Hacía años que soñaba con tener una de esas cosas. Se ha convertido enseguida en mi cabaña de escritura, el mirador de mis mundos imaginarios. Interior rojo como las butacas de un cine, exterior blanco como una mesa lacada de los años setenta. Te pasarías la noche ahí sentado, durmiendo, tan a gusto se está, bien acurrucado. En él escribo, duermo, leo, canto, escucho música, doy besitos y me zampo mis pastelitos. Me percató de que dentro el sonido es extraordinariamente suave. Entonces me digo que tengo que grabar en ese huevo. Tanto para captar ese sonido tan particular, como para divertirme.

Cocino mi imaginario en este huevo, lo agito y lo mezclo con la realidad. En él salvaguardo mi capacidad de admiración, la protejo de los tsunamis de dudas que fluyen por mis venas. Protejo los sueños que me quedan. Sueños que cobran realidad cuando decido fundar, con la inestimable ayuda de Rosy y de Don Diego 2000^[14], el sello Eggman Records. La idea: sacar vinilos como polaroids. Y no de cualquier forma: serán blancos como la cáscara del huevo y con el centro rojo como el tapizado del asiento. Piezas de coleccionista.

Siempre me ha encantado el formato vinilo. Hay que sacar el disco de la carpeta y luego de la funda interior antes de ponerlo sobre el plato. Posar con delicadeza el diamante sobre el surco. Me encanta ese humilde ritual que resulta en una forma especial de escucha, como una conversación con un amigo. Mi plan para resistir a los cataclismos: ¡la glotonería creativa! *We cook vinyl*, esa es la divisa de Eggman Records. Hacer discos como uno haría comida. Las sesiones serán como meriendas. Clémence Poésy o mi hematóloga de voz dulce, el violonchelo o el ukelele, ¡todo el mundo en el huevo, bajo el mismo estandarte! Ya lo imagino. Todo será casero. Crepes y poesía. Lecturas acompañadas por cuanto caiga en nuestras manos, pianos de juguete, cacerolas... ¡Autotrasplante de alegría!

Quiero escupir un último haz de chispas antes del invierno, por lo que pueda pasar. Porque no sé qué sucederá mañana, no puedo esperar a grabar un nuevo álbum con el grupo, ni a hacer un libro y ni mucho menos una peli. Así que me aferro a este diario de vampiro en pijama día tras noche, y grabo canciones y poemas en mi sillón-huevo: «el estudio más pequeño». Este sueño de instantaneidad responde al hecho de estar confinado en mi domicilio. Se trata de fabricarse las herramientas para salir a la aventura por la casa, a la caza de la improvisación y la posibilidad de compartir, que es cuanto me está prohibido en el hospital. Viajar desde mi casa, viajar hasta mi casa. Cuestión de sobre-vivir.

DONANTE

12 de junio de 2014

No he llegado a tiempo de atender la llamada de mi hematóloga de voz dulce. No me atrevo a escuchar su mensaje enseguida, pues sabré si han encontrado un donante de médula ósea compatible o no. Hace mucho que espero este veredicto. Todas las semanas, en el hospital de día me dicen: «La semana que viene lo sabremos». Hoy por fin se sabrá. Será el resultado de la búsqueda en el fichero mundial. Me sirvo una Coca-Cola y un poco de granola para hacer como que lo celebro. Me instalo en el capullo protector de mi sillón-huevo. Aquí acurrucado, no debería sucederme nada malo. Pongo las canciones grabadas con mi piano de juguete, el sonido de caja de música me tranquiliza. Me coloco el ordenador sobre las rodillas y conecto la *webcam* para ver la cara que se me queda si me anuncian que tengo un hermano de sangre. Puedes añadirle efectos a la imagen, como este: pajaritos azules que dan vueltas sobre mi cabeza. Es como una peli de Disney que sucede de verdad.

Al final, conecto el altavoz del teléfono y me dispongo a escuchar el mensaje: «Hola, señor Malzieu. Estamos llegando al cuarto mes de SAL» (el suero antilinfocitario con que me trataron en febrero), «el profesor Peffault de Latour, al que usted conoció (el especialista en trasplantes del Saint-Louis) aconsejaba esperar por lo menos seis meses, lo cual nos coloca todavía dentro de lo previsto. Pero nos gustaría volver a hablar con usted, porque al final la opción era el trasplante, y teniendo en cuenta que, de momento, nos está costando encontrar un donante...».

¿Costando encontrar un donante? ¿Así que no lo tienen?

Una jovial cancioncilla envuelve la estancia. Sigo escuchando el mensaje: «La otra opción es volver a intentar una cura con SAL, pero con un producto diferente. Nos gustaría valorarlo de nuevo con los responsables de los trasplantes para ver la posibilidad de donantes... Lo ideal sería que fuese usted a la consulta del profesor Peffault, ya que un médico siempre agradece tener al paciente delante para evaluar el caso, ver en qué punto está usted... De este modo al profesor Peffault le resultaría más sencillo tomar una decisión que puede no ser fácil (¡!). Sobre todo no dude en llamarme si necesita cualquier tipo de aclaración, o tratemos de buscar algún hueco la semana que viene. Siempre es mejor hablar en persona... Si no, espero que la transfusión le haya ido bien. Hasta pronto... Adiós».

La *jukebox* de música mecánica continúa su alegre recital. Los parajitos eléctricos dan vueltas sobre mi cabeza.

En resumen, el SAL sigue sin funcionar y dentro de dos meses necesitaré un

trasplante, pero no tengo donante. Solución de emergencia: un segundo suero antilinfocitario, con solo un treinta por ciento de posibilidades de éxito. Así que lo único que queda es rezar para que el primer SAL empiece por fin a funcionar, o para que alguien compatible conmigo decida apuntarse al fichero mundial de donantes de médula ósea. La estadística oficial es de una opción entre un millón. Además, no sé rezar.

Soy presa de una especie de estrés confuso, pero mantengo la calma. Empieza el Mundial de Fútbol de Brasil, no es momento de hacer el tonto. El primer 45 revoluciones de Eggman Records está listo, el sonido, las fotos, la mezcla... Todo cobra cuerpo. Por supuesto, siempre habrá quien encuentre la forma de ponerle peros a tus sueños. «¿Vinilos? Pero si ya nadie escucha vinilos» o «¿No crees que todo eso te agotará?». En el fondo tienen razón. Precisamente porque les asiste la razón, no tienen en cuenta la pasión.

RECEPTOR

15 de junio de 2014

Así que he pasado mi muy humana consulta de ciencia ficción con el profesor especialista en trasplantes de médula ósea. Como la primera vez, ha expuesto con claridad el estado de la cuestión: dado que no hemos encontrado en el fichero mundial un donante enteramente compatible, nos quedan dos opciones. Sin darme tiempo para lamentar la mala noticia que se confirma, me lleva directo a otras dos alternativas. La primera consiste en practicarme un trasplante de un donante no del todo compatible (al noventa por ciento). Es decir, un «tornillo» un poco demasiado grande o un poco demasiado pequeño para entrar en la tuerca de mi médula ósea. Se trata de un trasplante de riesgo, pero no imposible. La segunda consiste en practicar el trasplante con sangre de cordón umbilical. Una técnica de la que nunca había oído hablar. ¡Y con razón! Resulta que es bastante reciente^[15].

—En la sangre del cordón hay células madre, capaces de transformarse en células de médula ósea y reconstituirla. La ventaja: entraña menos problemas de compatibilidad entre el donante y el receptor que un trasplante clásico. El inconveniente: en lugar de reemplazar un árbol enfermo con uno sano, plantamos las semillas en su médula ósea. De modo que hace falta tiempo para que crezcan y arraiguen. Habría que calcular alrededor de dos meses en la habitación aséptica y por lo menos seis sin alejarse demasiado del hospital, pues durante ese período será usted muy vulnerable. En el plano clínico, por supuesto, pero también en el psicológico. Tendrá que ser fuerte. Por eso solo proponemos este tratamiento cuando no encontramos a un donante cien por cien. Es una técnica pensada sobre todo para los niños, pero que en su caso, dada su estatura menuda, tiene muchas posibilidades de funcionar. En enfermos de aplasia medular, ya se ha intentado en dieciocho ocasiones y ha funcionado en quince.

—¿Y los otros tres?

—Murieron. Pero tenían varias patologías, eran personas de más edad o enfermos desde hacía años. Es un tratamiento agresivo. De todas formas no soy ningún loco... Si se lo propongo es porque sé que puedo devolverle una vida normal. Aparte de su problema hematológico, goza usted de buena salud, todavía es joven... Dicho esto, vamos a necesitar de su colaboración.

—¿A qué se refiere...?

—Usted compone música, según creo.

—Sí...

—Pues bien, tendremos que prepararlo como para un gran concierto. Por nuestra parte, haremos cuanto esté en nuestras manos para que todo vaya lo mejor posible.

—¿Cómo un equipo técnico?

—¡Exacto! Luego, en un trasplante no siempre podemos preverlo todo... Por eso hay que estar preparados. Verá usted que la relación con el personal de la unidad será extraordinaria. Estará rodeado de gente muy preparada. Pero el trasplante es un trabajo en equipo. Sin usted, no funcionará. Los pacientes a quienes no les fue bien fueron aquellos que entraron con la cabeza gacha... ¡Hay que llegar hasta el fondo! ¡Con el deseo de ganar! Intente pensar en esta experiencia como en una aventura. El objetivo es salvarle la vida, ahí es nada... No olvide nunca que, a fin de cuentas, tiene usted un gran espíritu de superación.

Le estreché la mano a mi maestro Jedi y salí del hospital tan fascinado como asustado. Aparte de mi espíritu deportivo, que me salvó la vida durante el rodaje del último videoclip de Dionysos, ahora resulta que mi baja estatura me permitirá salvarme mediante una técnica de trasplante concebida para los niños. Soy un comodín biológico. Quizá por fin compense todo lo que se han cachondeado de mí por ese motivo a lo largo de los años... Firmé un protocolo para que mi tratamiento pueda usarse en la investigación médica. Me concentro en el orgullo que eso me procura y trato de no dejarme arrastrar a otras zonas más oscuras de la conciencia. Comienza una nueva cuenta atrás. Voy a tratar de salvar la vida gracias al cordón umbilical de una nueva madre biológica.

Y voy a nacer por segunda vez. Lo cual implica que también tendré que morir un poco. La (ciencia) ficción supera la realidad. Voy a convertirme en una quimera, mi sangre será mixta para siempre. Igual que Jack, con su reloj en lugar de corazón, para mí ya nada volverá a ser lo mismo.

Mientras tanto, tendré que volver a la habitación aséptica, a una autoincubadora. El riesgo de complicación en ese período será grande. Tendré que enfrentarme a la quimioterapia y la radioterapia. Estar prácticamente tan cansado como un muerto. Aceptarlo sin derrumbarme. Someterme de nuevo a los cuidados grandes y pequeños de las enfermeras-cigüeña, que por cierto ya me han avisado: la hospitalización por trasplante es más complicada en términos de efectos secundarios.

Pero al final del túnel asoma esa vibrante esperanza: el hada normalidad.

EL CALENDARIO DEL DESPUÉS

14 de julio de 2014

Me preparo como Rocky Balboa entrenando en el bosque, pero yo en casa. Con mi ukelele en mi sillón-huevo. El verano entra a hurtadillas en la falsa tranquilidad de unas minivacaciones caminando sobre el agua con en el *paddle surf*. Pero la tormenta amenaza en el horizonte. Dama Ocles me vigila de cerca. Esta vez tendré que enfrentarme a ella de verdad. Con el cuerpo totalmente irradiado, la médula ósea destruida por la quimioterapia y una nueva dosis de suero antilinfocitario, no podré evitar batirme con ella. Y me atacará cuando me sienta más débil. Habré de sacar las fuerzas de lo más profundo de mis huesos. Resistir. Ya no me queda más remedio que convertirme en un auténtico Jedi. Apenas dispongo de unas semanas para completar mi formación. Enfrentado a Dama Ocles, la tentación de pasar al lado oscuro de la Fuerza será terriblemente seductora.

Y no obstante, a veces tengo la impresión de que todo es normal. Las cosas van bien durante varios minutos seguidos. En concreto, durante los partidos del Mundial de Fútbol, o cuando leo poesía. Voy por ahí con un libro de Walt Whitman con las puntas dobladas, así como con esa apología del valor que es *Hagakure*, la guía del samurái. Ya lo he utilizado en alguna gira. Una vez, en el hospital de día, se lo regalé a mi compañero de habitación. Allí estábamos los dos, conectados a nuestras bolsas de transfusión tratando de entender lo incomprensible. Él era bastante mayor y no dejaba de gastar bromas picantes a su mujer, muy enfadada en su asiento. Eran como dos adolescentes muy viejos. En un segundo, pasaban de la ternura al enfado. Después de dos horas más o menos, la mujer se levantó para ir al pasillo a estirar las piernas. Entonces él se volvió hacia mí con gesto aterrorizado y me repitió varias veces: «¡La enfermedad es la guerra! ¡La guerra!». Cuando su mujer regresó, volvió a mostrarse jovial.

Otra vez, coincidí con una chica de veinte años con peluca. Era muy guapa, como una princesa sin cejas. La acompañaban sus padres. Se parecía a su madre con los ojos acuosos. Ellos se consolaban abrazándose en el pasillo. La joven parecía flotar por encima de las dificultades. «Después de esta quimio ya solo me queda una, y en general no está tan mal... Hoy es la séptima y, la verdad, va bien». Su mirada de niña resplandeciente, apenas velada por la melancolía. Me impresionó la tranquilidad con que se lo tomaba. Luego entraron una camilla. El hombre que iba acostado en ella parecía un fósil con pijama, un viejecito débil. Un tubo de oxígeno conectado a la nariz y transfusiones por todas partes. En lo alto de su camilla pendía un carrusel de

tubos de plástico llenos de líquidos. Las enfermeras le dieron los buenos días como si estuviese en perfecto estado, y él respondió con un gesto de la mano.

Luego, sales del hospital y comienzas a recibir llamadas de personas que se lamentan de estar cansadas y, de repente, también tú te cansas solo de oírlas. Subes a un taxi que despotrica contra las Vélib',^[16] contra los jóvenes y contra lo que tarda el semáforo en ponerse verde, todo en la misma frase. Y entonces me siento feliz de volver a mi huevo.

Todavía no me han mandado el primero, pero ya empiezo a grabar mi segundo disco Eggman. Antes del trasplante grabaré un tercero, donde habrá colegas, historias, crepes y vinilo blanco. Es cuanto puedo ofrecer. Me siento como una especie de Papá Noel haciendo regalos a medio terminar en pleno verano, por miedo a morir en otoño.

Mientras tanto, Rosy lo adorna todo con pétalos de ropa. La enfermedad no entiende de fines de semana ni de vacaciones, está de guardia veinticuatro horas al día siete días a la semana, pero creo que puedo decir con toda la calma y el empeño posibles que me siento afortunado. Siento una fuerza nueva que se apodera de mí bajo las toneladas de plomo que ralentizan mis pasos.

Lo cual no ayuda a quitar el miedo, porque afortunadamente tengo miedo. Lo contrario sería un signo de negación. Como no ponerse nervioso antes de pisar el escenario del Olympia, o ponerse demasiado y quedarse paralizado en los camerinos. ¡He de seguir adelante!

Deseo fervientemente volver del lado de los humanos. Siento cómo esas ganas empujan desde lo más profundo de mi ser. ¡Soy el vampiro del amor, mi corazón sigue latiendo, estoy vivo! Quiero sonreír a mi padre, a mi hermana, a toda mi familia, a mis amigos, a Rosy. Quiero vivir lo que tenía previsto vivir después de la película, antes del diagnóstico.

Me gustaría tener tiempo para frenar. Quisiera que hubiera campeonatos del mundo todos los días, de fútbol, pero también de poesía. Tengo previsto montar una última sesión en mi sillón-huevo. La gente se meterá en el huevo y dispondrá de un momento para hacer algo poético. Leer, cantar, improvisar... ¡Sorprender!

El campeonato del mundo de poesía es también el instante de la primavera en que uno sale sin armadura y sin abrigo. Cuando las bocas de metro exhalan mujeres-flor como capullos de ropa. Cuando todo el mundo está tan relajado que hasta el terrorismo pasa de moda. Será Pascua y Navidad todos los días, será mi «calendario del después».

Reparto mis semillas para prepararme ante mi nueva entrada en el invernadero. Escribo-compongo con frenesí a fin de que esas canciones todavía puedan florecer bajo la escarcha de este invierno dedicado a los glóbulos que estoy a punto de dejar

atrás. Grabamos las canciones con Mike y así el grupo podrá seguir trabajando durante mi hibernación otoñal. Este acto fundacional de un nuevo álbum es tan aterrador como mágico.

¿Y si estuviese grabando un álbum póstumo?

Mi apetito creativo de ogro desconsolado aumenta. El cansancio también. Incluso llego a dormirme viendo los partidos del Mundial, uno de los pocos momentos en que estoy dispuesto a aflojar, a relajarme.

EL CALENDARIO DEL ANTES

1 de septiembre de 2014

Estamos a treinta días del día D, el de la hospitalización. Antes del trasplante me espera una batería de pruebas. Una fanfarria glacial de cosas que hacer para preparar mi cuerpo ante una nueva zambullida en aguas tumultuosas. A fin de evaluar mi capacidad respiratoria, me hacen soplar en una especie de tuba conectada a una extraña fotocopiadora con una de esas pinzas en la nariz como la del buceador Jacques Mayol. Una enfermera bajita y petulante dirige las operaciones.

—¡Inspire-inspire-inspireeeee! Contenga la respiración... ¡Respiiiiiire! ¡Muuuuuy bien! Otra vez...

Y así, media hora. Al final tengo la sensación de estar medio pedo. En los pasillos me cruzo con delfines y en las escaleras con sirenas. Vomitar es morir un poco. Walt Whitman me hace compañía en la sala de espera del escáner. Llevo su libro en la mochila, con las armónicas y *L'Équipe*. ¿A santo de qué aparece Walt Whitman en la sala de espera de un escáner, si está muerto y bien muerto desde el 26 de marzo de 1892? ¿Acaso los fantasmas de los poetas siguen comprobando el correcto funcionamiento de su cuerpo? Comportarse de ese modo, ¿sería una prueba de esperanza melancólica? Walt Whitman o su doble se levanta cuando lo llaman. Desaparece en el pasillo. Me pregunto si los médicos saben con quién están tratando.

«Señor Malzieu», dice una voz que sale de una bata. Esta vez me toca a mí. Tras el fantasma, llega el turno del vampiro. Varias extracciones de sangre encadenadas. Llega una enfermera con una bandejita de plástico llena de una veintena de tubos. Como si fuesen prácticas de biología. Me transformo en rana. Me pasan por la criba. ¡A fuerza de buscar, seguro que encuentran algo! Ahora hay que hacer todo tipo de radiografías. Nunca hubiese imaginado que tenía tantos órganos. Me radiografían desde todos los ángulos como a una estrella hollywoodiense en Cannes. Verifican que la cabina está en buen estado antes del despegue del cohete. Hasta aquí, todo bien.

También me sugieren que almacene mis espermatozoides en un banco de semen. Y es que la radioterapia total del cuerpo podría dejarme estéril. Corro el peligro de disparar balas de fogueo durante el resto de mi vida, como en un wéstern para niños. Así que, si quiero ser padre, hay que guardar provisiones para el invierno. Resulta bastante turbador, ya que, en *Metamorfosis en el cielo*, mi personaje^[17] le hace una donación de esperma a la doctora de la que está enamorado. Cuando muere, la doctora decide inseminarse con él.

De modo que aquí estoy, de camino a un nuevo hospital —ellos lo llaman

«CECOS»— para «efectuar la extracción»... Luego criopreservarán mis semillas a $-196\text{ }^{\circ}\text{C}$ en nitrógeno líquido, como las células de la sangre del cordón.

Entrego mi carnet de identidad y me siento en la sala de espera. Somos cuatro, yo soy el más joven. Esta situación es tan insoportablemente triste y alegre que me entran ganas de bromear. Y es que aquí estamos todos, para tratar de salvar al hijo que todavía no tenemos.

A fin de calmar la angustia, me imagino que una banda de viudas asalta el banco de semen. Son cinco, armadas de pistolas y neveras portátiles. Se han pintado los labios muy rojos porque es una cita extraordinariamente romántica. ¡Por fin van a ser madres! La banda de las viudas encañona a los biólogos y escapa con una cantidad astronómica de esperma, incluido el mío. Dentro de unos años, puede que tenga una descendencia ilegítima que se pasee en *skate* bajo mi ventana.

«¿Señor Malzieu?». Me levanto y sigo a la enfermera por un pasillo igual a todos los que todavía no me he acostumbrado a frecuentar. Estoy en una habitación con esa señorita. Apenas hace un minuto que nos conocemos y ambos sabemos que en cuanto me dé la espalda voy a meneármela. Me entrega un pequeño recipiente y me comenta que puedo ver una película en la tele u hojear las revistas que hay en el armario. «Cuando haya terminado, cierre bien la tapa del frasco y ya puede marcharse».

Parece una azafata de vuelo explicando las normas de seguridad. Es pura naturalidad. La puerta se cierra, me toca a mí. A fin de cuentas, esto no puede ser más desagradable que un mielograma.

Mis futuros hijos todavía no han nacido. Y sin embargo, ya son unos supervivientes. Puede que yo sea una estrella que se haya apagado, pero mis espermatozoides congelados iluminan un posible porvenir. Si muero, trataré de aparecerme ante mis hijos sin asustarlos. Practicaré con Rosy. Ni siquiera en las mejores pelis de vampiros tienen una escena de amor como esa.

Al salir del hospital camino un poco. Me compro unos pastelitos y finjo que vuelvo a ser normal. Yo, como todo el mundo, retiro líquido. Lo único es que la gente, en su cuenta bancaria, deposita dinero, y yo espermatozoides. Pero ante el mostrador con mi cruasán matutino, soy como cualquiera de ellos. Una morena mujer madura de mirada decidida sube por la calle en dirección al hospital con la melena al viento. Es muy hermosa. Los tacones de sus botas contra el asfalto resultan más ruidosos que el motor de los coches. No cabe duda de que forma parte de la banda de las viudas.

MINIWÉSTERNS

13 de septiembre de 2014

Nuevo contratiempo que me devuelve a la montaña rusa. Tengo una infección pulmonar. De repente, ya no es buen momento para destruir mi sistema inmunológico. El trasplante se aplaza. Ya me había preparado para entrar en escena, me había puesto mi armadura de guerrero. Tenía miedo, pero estaba preparado. Paciencia... Aprender ahora y siempre a dominar el (contra)tiempo...

En cuanto a la cita para ponerme el catéter central, se mantiene. Soy un experto. Para evitar pincharte demasiadas veces en las pequeñas venas del brazo —lo cual, con productos tan agresivos como los que se usan en quimioterapia, sería peligroso—, te ponen una aguja bajo la piel al nivel del tórax. La vena cava es más ancha, una especie de autopista para fluidificar la circulación medicamentosa. Acudo en *skate* al quirófano, dirección sala de espera del hospital Saint-Louis. «¡Señor Malzieu, su turno!».

Ahora no toca masturbarse, sino tres grandes pinchazos en el tórax con unas largas agujas llenas de lidocaína, para anestesiarme. Gente enmascarada y una intensa luz en los ojos. Guantes de plástico, silencio y yo, que zarpo rumbo a Cochin como en febrero. Salgo del edificio con un nuevo apósito gigantesco, como una capa que me llegase más allá del cuello de la camisa. Luego vuelvo a casa igual que he venido, en mi *skate*.

Enseguida me doy cuenta de que estos días de tregua imprevista hay que considerarlos un regalo. Todavía no sé muy bien cómo, pero tendré que aprovecharlos.

Acabo de recibir el primer disco de Eggman: *Miniwésterns con sorpresas*. Es hermoso, blanco y casero. En cuanto lo pongo en el plato, el corazón se me acelera. Es una alegría sencilla, como comerte la primera cereza de la primavera.

El tiempo se acelera. Dentro de tres días entraré en fase de trasplante. Maravillosa noche entre amigos grabando el tercer disco Eggman. Me lo paso bomba en mi rol de miniprodutor. Espermatozoides, canciones, la sangre de cordón, discos..., estoy convirtiéndome en un viverista muy extraño.

Acudo a un sarao nocturno en la discográfica Ground Zero con motivo de la salida

del vinilo. Rosy se las ha arreglado para que esta última noche sea de fuegos artificiales. No estamos muy lejos del hospital Saint-Louis. La mayor parte de la gente que hay aquí no sabe que soy un vampiro, a pesar de que empiezo a tener los ojos muy amarillentos. Un traje azul y no ven más que fuego. Los discos salen como pequeños panes y el ambiente es festivo. Me dejo llevar por el momento presente, aunque como ya sucedió con mi cumpleaños, a veces me asaltan los más negros pensamientos. Han venido muchos amigos y me pregunto si no será la última vez que los vea. ¡Hasta la hematóloga de voz dulce está aquí! Por segunda vez este año, tengo la impresión de asistir a mi propio entierro. Algo en mi fuero interno me dice lo contrario, pero estoy aterrorizado.

Voy de acá para allá, no como demasiado y bebo un poco. Siento vértigo, pero me apetece disfrutar de la fiesta. Aunque a Dama Ocles no la había invitado, ha venido. Fuma su fino cigarrillo apoyada contra el escaparate de la discográfica. Soy el único que la ve, y consigue arruinarme la fiesta.

—¿No puedes dejarme tranquilo por lo menos una noche?

—No.

—En el hospital tendremos todo el tiempo del mundo, ¡déjame en paz!

Dama Ocles encoge sus hermosos hombros. Ella y su pinta de sombra majestuosa se van calle abajo donde hace como si desapareciese.

Esta es la fiesta de los Miniwésterns. Estar rodeado de tanta gente apiñada que me cree un tipo con buena salud me enardece. Pasa de la medianoche. Chupeteo minidosis de *whisky* con Coca-Cola con pajita, como si se tratase de caramelos mágicos. La gente va marchándose con su vinilo casero debajo del brazo. Ya no quedan Kinders y empieza a hacer frío. Estas despedidas de andén de estación de trenes me dan miedo. Tengo tres bolas de petanca en la garganta. Rosy y yo volvemos a casa. Degluto mis bolas de petanca.

DÍA D MENOS 1

13 de octubre de 2014

Mañana entro en fase de trasplante. Esta vez no me libro. El tiempo se detendrá a la hora de la verdad. Mientras tanto, debo mantener la calma.

Dama Ocles me sigue como mi sombra mientras preparo las cosas. Siento la necesidad de dar una última vuelta en *skate* por el barrio, para ver cómo se pone el sol sobre mis hombros. Me cruzo con el vendedor de periódicos que tan bien me cae, con los camareros del restaurante Charlot: «Hasta pronto», me dicen en tono simpático.

Reacciono como si tuviesen razón. Luego me hago con un montón de libros bien nuevos en la librería de la esquina.

Finalmente nos vamos a la cama con un terrible sentimiento: puede que sea la última vez. Ahuyentar esa idea es tan sencillo como evitar la picadura de los mosquitos una noche de verano a orillas de un lago. Cuando Rosy por fin se duerme ya casi es de día. Está acurrucada debajo del edredón como un merengue viviente, estira sus deditos del pie a lo Betty Boop con esa gracia especial que tienen los ángeles cuando no saben que lo son. El cansancio me escuece en los ojos, pero me tomo mi tiempo y la observo dormir. Acaricio su cabello, su espalda, sus nalgas. La sensación se graba a fuego en mi memoria.

DÍA D

14 octubre de 2014

Debo de haberme dormido porque acabo de despertarme. Es tan tarde que no me quedan más que un par de horas para «regresar». Me levanto aturdido como un boxeador viejísimo. Observo en el espejo mi imagen de vampiro en pijama, ese tinte amarillento que parece un poco de foto antigua. Tomo mi última ducha, dejando que el chorro me caiga sobre los hombros un buen rato. Me lavo el pelo varias veces, ahora que tengo derecho a champú, ahora que tengo pelo. Me visto y me electriza la misma tensión que cuando subes al escenario. Me siento tan febril como determinado. El cansancio de la anemia y el insomnio acumulado quedan compensados por una rabia completamente nueva. Ganas de plantar cara. Doy los cien pasos. Tomo aliento para el gran salto.

Salimos del apartamento. Antes de cerrar la puerta saco una foto del sillón-huevo. Ya tengo ganas de volver a sentirme en su interior. El ascensor me parte el corazón. Los ojos de Rosy son todavía más grandes que de costumbre. Los besos suenan como una cuenta atrás, se convierten en algo doloroso. Dado que voy a tener que renunciar a ello, empieza a no apetecerme besar.

Esta vez al menos tengo derecho a mi piano rojo, mi ukelele y mi guitarra de folk como armas antimelancolía. Hacemos una minimudanza de mis cosas al coche de Rosy y se pone en marcha. Yo iré en *skate*. El mismo día que supe oficialmente que tendría que enfrentarme a la prueba del trasplante decidí que iría en *skate*. Tengo mis Repettos^[18] y mis pantalones rojos, saboreo cada centímetro de asfalto como si fuese espuma de caviar. Atarme los cordones delante de un paso de cebra y sentir el olor de un grupo de bicis Vélib' me sobrecoge. Hacia el canal Saint-Martin aminoro la marcha. Voy cruzándome con gente que me mira con toda normalidad, nadie imagina que soy un vampiro.

Metralla fotográfica: ¡reflejos! ¡Puentes! ¡Gabarras! ¡Gatos! Capturo todo cuanto pueda servirme de materia prima para amasar mezclas creativas una vez esté preso.

Avanzan las sombras de los enormes brazos de piedra del hospital Saint-Louis en esta tarde salvajemente apacible. Todavía podría echarme atrás. Darme a la fuga. Ahora que controlo el skatéter (arte de someterse a un catéter central), ¿qué podría sucederme que fuera peor que ser recluido en una habitación para seguir un programa de quimioterapia, radioterapia y trasplante?

Todavía hace buen tiempo, podría recorrer Francia en *skate-estop*. Cojo la tarjeta del grupo sanguíneo, luego una transfusión aquí y otra allá, ¡y ya está! Llevaría un diario de a *board*. Probaría todo tipo de alcohol, no dormiría prácticamente nunca y hablaría todas las lenguas, sobre todo las que no conozco. Inventaría una nueva,

sacaría fotos, escribiría en su dorso y las enviaría como tarjetas postales. Aprendería a construir juguetes de madera, daría con Papá Noel, y si no lo encontrase yo mismo me convertiría en él. Me construiría una casa en lo alto del Larrún, esa majestuosa montaña que destaca en la bahía de San Juan de Luz, bajaría en una vieja BMX hasta el océano para hacer surf. Escucharía música todo el día, y la tocaría toda la noche.

Dispararía haces de fuegos artificiales por la chimenea del estudio, fabricaría una constelación móvil justo encima del tejado y entre esas estrellas tendería hamacas. En el jardín, habría columpios plateados y un campo de fútbol en miniatura de moqueta bien mullida. Criaría ardillas parlanchinas y mis perros guardianes serían erizos gigantes. Habría un volcán activo de cincuenta centímetros de altura para cocinar tortillas, pues también tendría gallinas. ¡Las únicas gallinas del mundo capaces de poner huevos de chocolate! ¡Sí! Rosy estaría allí, se convertiría en minimaniquí y renombrada científica. Daría conferencias de amorología por todo el mundo. Ya de vuelta, fabricaríamos niños mientras bailamos. Cuando creciesen, instalaríamos una fuente tibia en el comedor para que pudiesen bañarse viendo películas. Vendría toda la familia y los amigos y sería como un parque de atracciones viviente...

HORA H

14 de octubre de 2014

Miro mi teléfono, son las 14.57. Tengo tres minutos para llegar a la unidad de trasplante de médula.

Unidad Trébol 3 del hospital Saint-Louis. Edificio B, tercer piso. Conozco estos pasillos llenos de mujeres-algodón, estos techos bajos que hacen que las sombras te engullan con mayor facilidad que la luz. Una cámara de descompresión a la cual no puedes acceder a menos que pulses un botón gigante con el antebrazo, para evitar tocarlo con los dedos. Entre una puerta y la otra, carteles de asociaciones que luchan contra la leucemia y una nota informativa sobre la ley Leonetti: «Los derechos de los enfermos al final de la vida». Me conformo con leer el título y nada más. Y ahí estoy plantado, con el *skate* bajo el brazo derecho y la mano izquierda en la de Rosy. Nos hemos vestido un poco como si fuésemos a un concierto de los White Stripes. La segunda puerta se abre. Entramos en la unidad, con sus pasillos decorados a base de motivos infantiles de finales de los años ochenta, destinados a alegrar el día a día de los niños. Porque en otra época aquí trataban a los más pequeños. A la entrada, una serie de dibujos sobre el tema del trébol, cortesía de los pacientes y sus familias. ¡Hay hasta una Betty Boop!

Llegamos a la altura de lo que parece la cabina de pilotaje. Cristales, oficinas, ordenadores. Me han aconsejado que la visitara para amortiguar el impacto de la entrada. Aquí la gente trabaja en el subsuelo de la existencia, en las fronteras que limitan con la muerte. Tratan con fantasmas, les sirven el desayuno a vampiros en libertad condicional.

Las cigüeñas están de vuelta, nos saludan con la punta de su pico enmascarado. Son dulces, atentas con Rosy, con el *skate* y conmigo, le quitan hierro al asunto. Es una acogida propia de hotel de siete estrellas, pero en las instalaciones de un Formule 1. No hay *jacuzzi* ni vistas al mar, pero sí todos los cuidados y también *room-service* veinticuatro horas al día. Cada cual se presenta, pero sin pompa ni protocolo. Todo se humaniza de forma rápida y natural. Esa fina pátina de tranquilidad incita a la confianza.

Entra en juego una anestesia mental de protección. Siento menos miedo ahora que cuando abandoné mi apartestudio. Un auxiliar de enfermería tan grande como simpático nos conduce a la habitación que va a convertirse en «mi habitación».

Ya conozco la disposición de las cosas: antes de viajar a Copenhague para recibir un premio por la película vine a hacerme una transfusión. En su momento, la montaña rusa de pasar unas pocas horas justo donde iba a tener que permanecer tantas otras resultó muy chocante. Pero fue como nadar guardando la ropa y acabé

saliendo en *skate* cuando caía la noche. Ahora es muy distinto. Sé cuándo entro, pero no cuándo saldré. Ni en qué estado.

El corpulento auxiliar de enfermería embala la tabla en una bolsa de plástico típica de hospital. Los recuerdos más sangrantes de mi vida me cortan la respiración. Mantengo la calma. Recupero el ánimo. El enfermero me habla del monopatín y desvía mi atención hacia la bolsa de plástico. Me digo que saldré de este hospital tal como llegué: en *skate*. Ponerme metas lúdicas amortigua mi angustia. Como no me toca perfusión, me paseo por mi habitación como un turista que visita una prisión famosa. Desde la puerta de la cámara de descompresión, que pronto ya no estaré autorizado a cruzar, hasta la ventana y la nueva bicicleta que deberé domar.

Dispongo de un frigorífico bajo la mesilla de noche, de un lavabo a modo de ducha y de un armario a modo de armario. El techo es bajo. Podría caer en la tentación de decir que tiene pinta de cabaña de escritura molona, pero sobre todo es muy sombría. La atmósfera resulta menos nuclear que en el Cochin, pues el mobiliario es más antiguo. Casi como una habitación universitaria, pero con una barra en lo alto alrededor de la cama, vestigio de la cortina tras la cual estaban aislados los pacientes no hace mucho durante la hospitalización por trasplante. La bomba de jeringa es la misma que en febrero, pero aquí puedo llevar pantalones, zapatos y camiseta. La cama dispone de su ejército de mandos: para avisar a las enfermeras, para la luz y otro para subir o bajar la cama. Todo para facilitarle la vida a alguien que ya no puede moverse.

Cuando entras en una habitación aséptica te roban muchas cosas. La libertad, la intimidad, a veces el cabello. Pero no tener que llevar durante toda la jornada el pijama de presidiario exhausto ayuda a resistirse a la desapropiación de uno mismo. Objetos, libros y elementos de decoración no solo están permitidos, sino que te aconsejan traerlos. Se nota que están acostumbrados a las hospitalizaciones de larga duración y saben lo que hay en juego. Aquí solo practican el trasplante de médula. Diecinueve habitaciones, diecinueve enfermos, diecinueve vecinos invisibles, todos remando en la misma galera: la esperanza de renacer.

Esta vez sí, aquí estoy. Al pie del muro de escalada más arduo de mi vida. La ruleta emocional empieza a girar.

Apenas instalado, tienen que hacerme unas radiografías. Casi me alegra esa corta estancia fuera de la habitación. Vuelvo cuando cae el sol, como todo vampiro que se precie.

Sé lo que va a suceder ahora. Una bandeja-cena y Rosy desaparecerá. Me conozco de memoria la sensación de este abandono obligado. Regresa el amor envuelto en celofán.

IGNICIÓN

15 de octubre de 2014

Me dispongo a pasar la primera noche en el Saint-Louis. Preparo un rincón para mí a orillas del cielo como una avanzadilla de resistencia. Frente a la ventana que da a un jardincillo poblado por una solitaria palmera y alguna que otra arboleda podada a la inglesa, coloco mi piano de juguete rojo, el ukelele, la guitarra y el ordenador donde escribo estas palabras. Yo, que soy ave nocturna, y va y me despiertan al amanecer. Justo después de la extracción de sangre de las seis de la mañana me tomo un té a la menta a la luz de la bomba de jeringa y me pongo a los mandos de mi barco imaginario. Sé que las curas no son hasta las ocho y media. Solo ante el silencio del día que comienza, navego hasta el fondo de mi cabeza. Aprendo el oficio de domar mis tempestades. Hacia las 9 toca el desayuno especial para vampiros. Galletas muy secas y una segunda taza de té.

9.30 h: bici. Con lo que a mí me gusta improvisar, y aquí estoy, ajustado como una partitura. Es impresionante comprobar hasta qué punto somos capaces de adaptarnos. Es algo que requiere de una zambullida en apnea dentro de uno mismo. Pero no es imposible. Mis amigos están preocupados: «Pero ¡cómo! ¡Tendrías que agenciarte películas, series, algo para pasar el tiempo!». Seguramente para ellos es más fácil enfrentarse al peligro de aburrirse que al de morir. Y lo entiendo, porque yo mismo hasta ahora he tendido a quitarle importancia a mi estado ante los más allegados. Hace un año que la esperanza es un bien escaso. Reparto más de la que tengo.

Como en el Cochin durante las cinco semanas de hospitalización en febrero, no me aburro. Leo un poco, escribo mucho y paso el resto del tiempo equilibrando mis tormentos. No siempre lo consigo. La omnipresencia de Dama Ocles me hace tender al *blues*, pero mientras mi estado físico es aceptable, alimento la llama que todavía me alumbraba. La de la alegría rabiosa. La que te vuelve osado y te impulsa a un viaje hacia el centro de tu cabeza. La que te permite inventar y reinventarte. La alegría rabiosa que te confiere energía para fundar un partido poético, una tribu eléctrica. La que te hace montar en la bici para pedalear inmóvil, cara a la ventana de una habitación aséptica.

10.00 h: Aseo, es decir, tratar de ducharte en un lavabo. La experiencia de mi primera hospitalización me ayuda a manejarme en esta forma de supervivencia. Soy un

explorador en un medio estéril, conozco los peligros de esta jungla de vida porque ya he sobrevivido a una.

10.30 h: Limpieza. Cuando vienen a limpiar la habitación, no quiero trabajar ni hablar por teléfono. Trato de entablar amistad. Puedes charlar sobre Marruecos, sobre crepes, sobre la esperanza. Compartir historias, tus historias, y de nuevo se crea un vínculo fantástico a pesar de las mascarillas, las batas y los gorros.

11.00 h: Visita de los médicos. Profesor, jefe de clínica e interno. Eso supone un buen batallón de batas enmascaradas en la habitación. Me examinan, me dan los resultados de la toma de sangre que determinará el *planning* de transfusiones de la tarde. Hoy no me harán ninguna, pero en cambio empezaremos con el tratamiento. Fludarabina y Endoxan: dos quimioterapias distintas para asegurar la destrucción total de la médula ósea enferma. La primera normalmente es bastante soportable. En cambio, la segunda tiene unos efectos secundarios más molestos. Charlamos un poco. «Sobre todo no dude en llamarnos si algo no va bien».

Con el equipo se establece enseguida un vínculo. Son especialistas del trasplante. Como en el Cochin, graduados en delicadeza. Ya se trate de hacer la limpieza, proceder a una transfusión o traerte la comida, nadie está nunca en piloto automático. La relación de empatía que establecen es un cojín fantástico. En él adormezco mis angustias. La disponibilidad emocional que me demuestran es total. Me acojo a ese vínculo a cámara rápida. A partir de ahora, ellos son mi casa.

La primera quimioterapia está en marcha, la cuenta atrás también. ¡Adiós a mi melena de ardilla! Destruir para curar. Toco un poco el ukelele para no dar importancia a las primeras señales de náuseas.

Llega Rosy, sus ojos estallan entre la mascarilla y el gorro. Dispone de una inmensa reserva de alegría, sin duda oculta en sus maravillosos senos.

RADIOTERAPIA

20 de octubre de 2014

Han pasado cinco días y soporto el tratamiento más o menos bien. Me he hinchado un poco por las altas dosis de cortisona, destinadas a impedir que la quimioterapia me estropee por completo. De nuevo empiezo a parecer un hámster enfermo, pero está bien. El flujo de ideas soñadoras continúa irrigando la realidad. Dama Ocles está ahí, aunque se ha vuelto asombrosamente discreta. Nunca tengo sueño cuando es el momento, y tampoco demasiado apetito, pero hago bicicleta, escribo, canto y hasta he grabado un pequeño vídeo en blanco y negro para otro festival en que la película se ha alzado con un premio.

La destrucción masiva de la médula ósea llegará a su apogeo con la radioterapia íntegra de mi pequeño cuerpo enfermo. Así que me autorizan a dar un paseo. La enfermera reina sale de su colmena de Trébol 3 para acompañarme. Fue con ella con quien me reuní antes de entrar en esta unidad. Me pareció dulce y justa, charlar con ella me ayudó a «prepararme».

Me visten de cosmonauta y partimos para el gran viaje de hospital en hospital. De base lunar a base lunar, miro a través de la ventanilla de la ambulancia cómo desfila París igual que si fuese una película. Disfruto del espectáculo de coches, puentes y aceras. Aprecio la travesía, aunque sea para que me acribillen con rayos X.

Cuando nos acercamos a los severos edificios de este nuevo hospital, la ambulancia reduce la velocidad. Podría hacer un libro sobre la arquitectura de los hospitales parisinos; el problema es que no me apetecería demasiado leerlo.

Me desvisto para la radioterapia. Hace frío. El silencio es ensordecedor. Hay que acostarse de lado en una cama metálica. No moverse. Dejarse fusilar sin ruido. Apenas alguna vibración. Seguir sin moverse. Veinte minutos... Soy una rebanada de pan en una tostadora. Espero el momento de salir despedido. No salgo despedido. Me contento con esta pequeña brazada inmóvil en un mar nuclear para completar el trabajo de destrucción masiva.

Ya está. El árbol de huevos de Pascua está desvitalizado. Teniendo en cuenta que eso era lo que no funcionaba, en cierto modo ya no estoy enfermo. Ahora queda la reconstrucción. Estoy a cero. Ya no tengo médula ósea. Mi cuerpo ya no dispone de motor.

EL TRASPLANTE

21 de octubre de 2014

Hoy es el gran día. El día del trasplante.

Hoy plantarán las semillas en mi cuerpo para que vayan a alojarse en el fondo de mis huesos con la esperanza de que reconstruyan mi médula ósea.

Hoy me convertiré en el hijo de una segunda madre biológica. La sangre extraída de su cordón umbilical y congelada a menos de $-190\text{ }^{\circ}\text{C}$ desde el 12 de julio de 1999 correrá por mis venas. En aquella época tenía el pelo largo, estaba enamorado de una chica mayor que yo y acababa de pasar un mes en San Francisco para grabar un disco con el grupo. Me gustaría saber en qué pensaba el día que aceptó regalar su cordón. ¿Quién será? ¿Mi vecina? ¿Una india? ¿Björk? Quizá esa mujer vaya a salvarme la vida. Un día, a mí también me gustaría salvársela a alguien.

Mi cuerpo está listo para recibir las células novísimas de mi donante. Me he puesto la camiseta de Spiderman. Habría preferido la ropa que visto en los conciertos, pero no me encontraría demasiado cómodo en la cama con zapatos y corbata. He estado pensando en la frase de Joann Sfar sobre el hecho de que no me quedaba más remedio que convertirme en un superhéroe. Llevo esta camisa como una pintura de guerra.

Una enfermera, delicada como una mamá especializada, viene a colgar las pequeñas bolsas que contienen mi futura médula ósea en una especie de percha de medicamentos líquidos que hay sobre mi cama.

—Voy a hacerle el trasplante —dice con su sonrisa de manipuladora de diamantes.

En las famosas bolsas, un billete para un platillo volante que me llevará de nuevo al mundo de los vivos. Para pasar de mi estatus de vampiro al de ser humano. Besar sin miedo a que te muerda un microbio. Correr. Saltar. Dormir. Renacer.

La enfermera regula el gotero y comprueba que todo funciona.

—¡Ya está en marcha! —me susurra, épica y dulce a un tiempo.

Tengo la impresión de que la sangre viene directamente de su sonrisa. Me gustaría abrazarla e impedirle que saliese de la habitación. Me asalta una profunda alegría con tal intensidad que siento aflorar las lágrimas, pero no quiero lloriquear delante de la enfermera, con mi camiseta de Spiderman y todo.

Paso largos minutos observando cómo se vacía la bolsa. Me siento igual que un árbol tratando de crecer en la Luna. De algún modo, ese tubo de plástico es mi nuevo cordón umbilical. La esperanza corre por mis venas. Puedo verla circular gota a gota. Tengo tantas ganas de que esto funcione que ya empiezo a sentirme mejor.

Cuando la bolsa se agota todo es un poco mágico.

—¡Muy bien, ya ha pasado! —dice la cigüeña en bata blanca y mascarilla-pico.

Estoy al principio de algo, de otra cosa. Lo siento, lo sé, lo espero con una dulce excitación. Las lágrimas fluyen sin previo aviso, los ojos no me escuecen. Me relajo, no puedo guardar en un cajón las bolsas que contenían las células madre hematopóéticas. Como el envoltorio de un regalo del que no quieres desprenderte, tan impregnado como está de su mágico contenido. Releo la etiqueta. Mi nueva madre biológica se llama «DUCB-03765». Mi nuevo hermano o hermana nació el 12 de julio de 1999. Mi fecha de renacimiento anticipado: 21 de octubre de 2014.

Cada uno de los minutos siguientes se convierte en sagrado. No en un sentido religioso del término, aunque en lo más profundo del abismo he llegado a querer rezar-gritar. He pensado en mi madre..., en Rosy, la familia, los amigos e incluso en Walt Whitman. Todos desempeñan un papel primordial en mi ímpetu por resistir. Son mi esencia, mi gas y mi electricidad. Después del diagnóstico me ofrecieron dos biblias y tuve la sensación de estar en una película de Fernandel, cuando el médico pone mala cara y envían al sacerdote a charlar con el abuelo desahuciado. Pero la fe religiosa no es para mí. Me encanta creer y me he convertido en un soñador profesional, pero prefiero ser yo quien decide en qué cree.

MUERTE

26 de octubre de 2014

Estamos a D+5 del día del trasplante. Me mantengo más o menos entero frente los efectos secundarios de la radioterapia y la quimioterapia. Todavía no es hora del *moonwalk*, pero no llevo del todo mal la destrucción masiva.

Este dulce domingo por la mañana con propuesta de cruasán en el desayuno, me he levantado con un ligero dolor de cabeza. Y de repente: *blackout*. ¿He caído? No guardo el menor recuerdo, no ha habido aterrizaje. En su lugar, el agujero más negro en que nunca me haya precipitado. Fin.

Transcurre una noche de pocos minutos y vuelvo en mí. No sé cómo me las he arreglado, pero estoy de nuevo sobre la cama. Instinto de supervivencia, supongo. Instante fuera del tiempo, en cualquier caso. No sé qué ha pasado ni por qué. Vacío. Ni el menor resto de memoria. Lo único que puedo afirmar es que he perdido el conocimiento y que, dado el estado de mi careto, o bien me he caído o bien ha entrado alguien en la habitación a darme con un bate de béisbol. Me inclino por la primera opción.

Al despertarme, he tenido la impresión de que Mike Tyson me había metido un *uppercut* sin guantes. La cara me ardía muchísimo, tanto la mandíbula como los ojos. Me he levantado para comprobarlo ante el espejo: pómulo izquierdo hundido, mentón como una mezcla de los hermanos Bogdanov y Joe Dalton, enorme moretón violáceo en todo el lado derecho de la mandíbula y contusión en el ojo izquierdo.

Antes era un vampiro, ahora soy un zombi. Por lo menos, el dolor lacerante que hace que me explote la cabeza tiene la ventaja de recordarme que estoy vivo. Supongo que me he desmayado y caído. Debo de haberme desplomado sobre el lavabo y me habré golpeado en la cabeza. Llamo a las enfermeras. Viene una, pero vuelve a irse a toda prisa para regresar con refuerzos.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

—¿Se ha caído?

—No me acuerdo. Me he levantado y ya no recuerdo nada más. Ni siquiera sé cómo he vuelto a acostarme.

Todo se acelera para hacerme un montón de pruebas de urgencia. Los enfermeros y médicos mantienen la calma, sus movimientos son rápidos y seguros. Cada minuto cuenta. La jerarquía en la toma de decisiones tranquiliza, pero también resulta inquietante. La tripulación médica está bien situada al timón de la nave, pero

atravesamos lo que llamamos un «temporal».

Una sensación de frío me atraviesa la cabeza.

—Eres terco —me dice sonriendo Dama Ocles.

—Hago lo que puedo.

—Ya, pero no puedes hacer mucho. ¡Ya he alzado mi espada sobre tu cabeza!

Un equipo médico entra en la habitación con una enorme máquina sobre algo parecido a una carretilla. Me pegan una especie de *stickers* metálicos en cada centímetro de piel. Me conectan a una pequeña tele que emite curvas y dibuja espasmos: un electrocardiograma. Tengo la impresión de ser E. T. cuando su flor comienza a marchitarse. Ese momento en que parece un saco de harina y unos extraños cosmonautas le practican un montón de pruebas. Querría escaparme en una bici voladora, pero tengo que contentarme con atravesar el hospital en camilla para que me hagan un escáner. Los médicos hablan entre sí en voz baja. No tengo fuerzas para preguntar qué pasa. Dama Ocles hace y deshace en mi cerebro.

—Tengo que sacar la espada, la he metido en tu cabeza... Ahora, vas a morir.

Un dolor desgarrador me taladra las sienas. Siento que alrededor cunde la alarma. No sé muy bien cómo, pero mantengo la calma y me concentro en mi respiración. Ya me habían avisado de que en el transcurso de un trasplante de médula habría momentos difíciles. «Hay que vivir día a día y, poco a poco, la cosa irá mejorando», me dijeron. Hoy vivo segundo a segundo, inspirar y espirar.

Vuelven a subirme a mi habitación lo más rápido posible. Como ya no dispongo de sistema inmunitario, y con el cuerpo lleno de esas células de bebé ultrapreciosas, el riesgo de infección es más que alto.

Apenas he llegado cuando vuelven a venir por mí. Hay que hacer un segundo TAC, he sufrido una hemorragia cerebral. Uno de los riesgos de la aplasia. El nivel de plaquetas es demasiado bajo a pesar de las transfusiones regulares, y por tanto, se puede sangrar por cualquier parte.

—Tenemos que comprobar el alcance del hematoma. Si es demasiado importante, le llevaríamos de inmediato a un hospital especializado en neurocirugía para una intervención que consiste en hacer remontar unos pequeñas sacos de arena por el muslo hasta el cerebro. Eso creará un dique para evitar que su propia sangre le inunde el cerebro.

Temen un accidente cardiovascular. Sobre todo, que la fiebre aumente la presión sanguínea. Tengo 39,2 °C.

No permito que la duda ni el miedo se inmiscuyan demasiado en mi interior. Siento cómo recorren la periferia, cómo intentan forzar la barrera de mis ojos y oídos, pero me esfuerzo en permanecer tranquilo. Concentrado como si estuviera en el escenario y tuviera un enorme problema técnico. Escucho mi respiración, que recupera el ritmo cada minuto que pasa sin una nueva catástrofe. Dama Ocles ha

tratado de cortarme la cabeza, pero ha fallado por muy poco. Apenas me ha herido en el cuero cabelludo.

Hemorragia. Como mi hermana cuando dio a luz, como la madre de mi padre cuando él la perdió. Hay que hacer una resonancia magnética para ajustar los resultados y valorar la posibilidad de una intervención. No tengo la menor idea de qué hora es. La carrera continúa. En mascarilla, bata y gorro, visito un montón de unidades del hospital. De tanto viajar en horizontal, empiezo a reconocer los techos.

Resonancia magnética, ese extraño tubo donde escuchas música electrónica desacompañada con una acojonante exactitud, acostado con un casco de futbolista americano esterilizado. Lo abren en domingo expresamente para mí, soy un privilegiado urgente. Hoy no necesito pasar por la sala de espera. Hoy no hay ningún Walt Whitman para hacerme compañía, solamente Dama Ocles.

Me pinchan para introducirme un producto de contraste que permitirá apreciar mejor lo que sucede en mi cabeza. Siento náuseas. Pero en cualquier caso, ¡no voy a vomitar en un tubo de resonancia todo limpio que además han abierto especialmente para mí! Sería el colmo.

No sé por qué, pero me digo que es domingo y que, en otra vida, podría estar viendo un partido de fútbol en la tele, tan tranquilo. Luego pienso en samplear los impresionantes ruidos de la máquina, pero Charlotte Gainsbourg ya se me ha adelantado con «Air». Jamás podré volver a escuchar esa magnífica canción de la misma forma. Vuelven a subirme. El camillero no deja de sorberse los mocos sobre mi cabeza. Es todavía más estresante que el martillo neumático electrónico de la resonancia.

Rosy ha llegado con su máscara del Zorro y no ha podido hacer nada aparte de preocuparse todavía más que de costumbre. No deja traslucir nada. Es la roca más dulce del mundo, no sé cómo lo hace.

Mi catéter se atasca, sin duda debido a los líquidos yodados llamados «de contraste» que me han inyectado dos veces. Rosy tiene que salir de la habitación. Un enjambre de enfermeras se esfuerza por desembozarlo, bombean con jeringas entre dos electrocardiogramas. A partir de ahora, hay que ir comprobando que mi corazón resiste todo lo que está sucediendo. El tubito a través del cual me metían en vena los tratamientos no deja de resquebrajarse. Salpica en todas direcciones. Tengo abejorros bajo los párpados. Imposible abrirlos, imposible cerrarlos. Me controlan la tensión y la temperatura cada diez minutos.

Después de una hora y media de brico-jardín entre mis venas y las máquinas, las enfermeras logran por fin repararme. Vuelvo al escáner, bata, mascarilla, gorro y Repetto. «Qué clase», me dice el interno. Claro, sobre todo con esta barbilla de Dalton, una contusión a lo Popeye y la perspectiva de perder el pelo en los próximos días.

—El servicio de reanimación está avisado por si hay el más mínimo problema y tienen que atenderle —me dicen.

Según el resultado de este nuevo angio-escáner, se hará o no una operación dique de arena.

Mientras espero, imposible tragar nada que no sea el aire de mi propia respiración. Hasta beber me provoca arcadas. Ahora que han arreglado el catéter, me hidratan a través de las venas. Tengo toda la impresión de que me ha estallado la cabeza... Impresión confirmada por el resultado de la resonancia. Doble fractura de cráneo con una bonificación de hemorragia. La cabeza reventada como por KO en boxeo y el arco cigomático fracturado. El hueso que se mueve cuando ríes. El hecho es que últimamente tampoco lo uso tanto. Ya no puedo abrir la boca.

—No se priva usted de nada —dice el profesor.

El peor acróbata del mundo ataca de nuevo. ¡Tom Hematoma Cloudman, sal de este cuerpo!

SOBRE-VIDA

27 de octubre de 2014

Aguantar. Sufrir. No poder disfrutar ya ni de los ojos de Rosy. Dormirse entre sábanas brumosas. Sudar. Tiritar. Sudar. Tiritar. Sudar. Tiritar. A veces las dos cosas al mismo tiempo. Impresión de tener un cubito de hielo ardiente en vez de cabeza. Levantarme con miedo de volver a partirme la cara. Cambiarme la camiseta tres veces por noche. Dormir en una cama empapada en sudor. La fiebre ya no baja. Las máquinas suenan. La boca seca. Controles cada media hora. Tensión. Temperatura. El corazón al límite. Me duele demasiado la cabeza para leer, escribir, pensar.

El electrocardiograma emocional es siberiano. Transfusión de plaquetas tres veces al día para evitar que la hemorragia se agrave. Soy un vampiro que no deja de consumir más gasolina celular.

He llegado al punto en que mi cuerpo no es más que un trasto viejo, sigue defendiéndose: la hemorragia ha sido reabsorbida, se ha quedado en la periferia del cerebro. Nada de operación dique de arena por el momento. En cuanto a la fiebre, sería una buena señal de la «aceptación del trasplante». A pesar del dolor causado por las fracturas craneales y de que no puedo dormir de un tirón, me aferro a esta buena noticia.

En cambio, alimentarse ha dejado de ser posible. Soy el Etna del vómito. Así que ahora las comidas me llegan en forma de un líquido blanco metido en una enorme bolsa de plástico. Tengo la impresión de que me están transfundiendo leche. También me sobrehidratan para evitar que la quimioterapia me destroce los riñones. Me paso el tiempo meando y me hincho. Diez kilos de agua en tres días. Mis pies son ahora como los de Casimir^[19]. Tengo arrugas como un bebé. Un bebé dinosaurio. Para poder calzármelos, tengo que usar mis Repetto como unas chanclas.

Toda relación social ha sido interrumpida por la fiebre. Aun cuando la medicina surte su efecto, no baja de 38,5. La mayor parte del tiempo oscilo entre 39 y 40 °C.

Pasan tres días sin evolución alguna. Estoy atado por una cuerda todavía más poderosa de lo que imaginaba. El viento trae el oleaje hasta las sábanas. La corriente me arrastra hacia alta mar.

Mi balsa hace agua, mis remos se ablandan. A modo de timón, me han dado un mando a distancia de morfina. Lo pulso y libero una dosis. Calma los músculos del espíritu. Es un poco como reemplazar niebla por niebla, pero esta es dulce como la

nube de algodón de la feria. El efecto no dura demasiado, solo unos minutos de tregua.

Esta noche, un ejército de pájaros carpinteros ha decidido destrozarme la cabeza a picotazos. Pulso muchas veces el mando de la morfina. El sonido de mis brazos al rozar las sábanas suena seco y el ruido de cafetera de la máquina de perfusión parece una tortura china. Abren uno de los envoltorios de papel con las bolsitas medicamentosas y es como si me taladrasen los tímpanos, como si alguien me frotase dentro de las orejas con papel de lija.

Soy un hombre muy viejo en camiseta de Spiderman. Ya no duermo, ya no me despierto. El invierno atraviesa mi ventana. Nieva en mi habitación y, dentro de mi cabeza ardiente, los copos no se funden. Mi embarcación se va río abajo, hacia oscuras comarcas que hasta la fecha me eran del todo desconocidas. Hay que ser un experto en esperanza para acariciarla apenas de muy lejos. A pesar de que los salvavidas están agujereados, todo el equipo se afana en volver a hincharlos. Las jaquecas me golpean las sienes con sus colas de ballena. Tengo la frente helada, a punto de incendiarse. Estoy zozobrando. Llegan las enfermeras. El oleaje no cesa, ya no hago pie en mi cama. Me quedo despierto toda la noche. La vieja llama en mi interior no quiere extinguirse. Apenas queda nada más que los nervios para resistir. Esta vez tengo la impresión de que, si me duermo, ya no despertaré.

EGGMAN

30 de octubre de 2014

Empiezo a encontrar pelos en mi almohada. Luego mechones enteros.

Así que ya está, es el gran día. Cloudman va a convertirse en Eggman. Cabeza rapada al cero. Me dejo esquilar el cráneo por un auxiliar de enfermería que ya es como un amigo que me he hecho a cámara rápida. El contacto de la navaja de afeitar y su ruido resuenan en mi cabeza. ¿Qué sorpresa aparecerá en el Kinder de mi cráneo? ¿Qué forma? ¿Magullado, no magullado?

Perder mi penacho pelirrojo es un símbolo nada desdeñable. La parte emergente del iceberg de mi personalidad. Esta lana esquilada estigmatiza de un modo visible mi estatuto de enfermo. En adelante ya no podré esconderme detrás de mi traje y mi *skateboard*. Voy a dar miedo, como un auténtico vampiro. Desde que sé que tengo que pasar por esto, mi amor propio se ha ido retrayendo y crispando. Pero curiosamente, cuando llega el momento estoy relajado como una especie de Buda morcillón lleno de edemas y hematomas. Dentro de diez minutos habré envejecido diez años, pero estoy sereno. Después de la hemorragia, la doble fractura de cráneo, la fiebre y el concurso de vómitos, creo que estoy preparado para enfrentarme a mi peluquero militar.

El ruido de la navaja remite, la operación cabeza de huevo ha finalizado. Mi cabello por el suelo. El enfermero lo barre discretamente. Ver cómo tu pelo acaba en un cubo de basura es una nueva rareza melancólica. Llega el momento de mirar al vampiro en pijama en el espejo.

No está mal. Me asumo como un Eggman. Un Kinder con pecas. Como un viejo niño o un joven Nosferatu. Con mi barbilla hinchada, inauguro un *look* de hermanos Bogdanov pequeño y calvo. Espero con cierta aprensión la imagen que me devolverá el caleidoscópico espejo del amor y el deseo.

Los ojos de Rosy no se han movido un ápice. Obtiene su diploma de amorología con mención especial del jurado. Gracias a ella, paso esta etapa bola de billar mejor de lo previsto.

UNA NUEVA ESPERANZA

4 de noviembre de 2014

Hoy, una nueva resonancia indica que la hemorragia está remitiendo. Llevo tres semanas encerrado, pero el «paso a paso» parece recuperar su sentido de marcha hacia delante. Dejar de retroceder no está mal. Incluso cuando avanzas más bien al ralentí. Comer, hablar, recuperar mis pies humanos es casi como nacer. Todavía tengo la cara deformada, pero el hematoma empieza a suavizarse. Los corticoides están haciendo su efecto. Aprovecho los claros sin fiebre para volver a la cabina de mi embarcación frente a la ventana. Té, ukelele, guitarra, camiseta de Spiderman, cabeza de huevo, todos adelante. Canto y una enfermera baila en los pasillos dando palmas como de flamenco. Esto se convierte en una especie de rito divertido. He vuelto a la bici.

¡En la extracción de sangre de esta mañana aparecen los primeros glóbulos blancos! Una buena noticia que hay que coger con pinzas. Pero ¡algo se mueve! La máquina de dar cuerda parece estar poniéndose en marcha. Me siento como un surfista regurgitado por el océano. Creía que moriría en los rompientes. He visto a Dama Ocles en traje de sirena tirando de mí hacia el fondo. Pero aquí estoy hoy, tumbado en la playa, tratando de recobrar el aliento. Dándome cuenta de lo que ha estado a punto de pasarme.

Tengo que dosificar esta nueva esperanza día a día. Miligramo a miligramo ahora y siempre, como los medicamentos. Es el trato que hice con el profesor. Me ha quedado claro. Soy tan feliz de estar progresando, que ya tengo ganas de sacar el *skate* del armario.

Cuantos más días pasan menos fiebre tengo, y más crece el nivel de glóbulos blancos. Estamos a 4 de noviembre y he superado la cifra de 500 PNN^[20]: acabo de salir de la aplasia. Cada vez hago más bicicleta y estoy terminando una canción compuesta por entero en mi habitación aséptica: «Hospital Blues». Cada mañana a las seis me instalo en mis cuarteles ante la ventana. Soy un ermitaño feliz que viaja dentro de su cabeza. Ahora que no resulta tan doloroso, puedo ir más lejos durante más tiempo.

Ya estoy autorizado a pasear por los pasillos. Vestido de cosmonauta, es verdad, pero algo es algo. Para mí un ascensor es la Space Mountain. ¿Y el vestíbulo? ¡Los

Campos Elíseos!

Rosy y yo exploramos diferentes pisos del hospital Saint-Louis. Recorremos sus pasillos lentamente. Por la ventana resplandece un reflejo de la torre Eiffel iluminada. Pasamos por la sala donde tienen las plaquetas empaquetadas. Todas esas bolsas de sangre procedente de desconocidos que está manteniéndome con vida de forma temporal. Anónimos solidarios. Donantes.

Una enfermera escoge las bolsas según el grupo sanguíneo de los pacientes. Las mece suavemente, pues, para no morir, esas células deben permanecer en continuo movimiento. Luego se las confía a un robot programado para mecer las células sanguíneas. Podría pasarme las horas viendo cómo trabaja. Me doy cuenta de hasta qué punto es complejo el trayecto entre el donante de sangre y el receptor, y de las numerosas destrezas que implica. Entender el proceso resulta conmovedor. Una especie de brujería mecánica. En cierto modo es exactamente eso.

ODISEA

5 de noviembre de 2014

He recuperado el apetito.

Estos últimos días el ritmo de transfusiones ha bajado, pero una bolsa de plaquetas pasa por mis venas mientras saboreo mis fideos con Rosy.

De repente, empiezo a tiritar como si alguien hubiese bajado la calefacción dentro de mi cuerpo.

—Tendrías que llamar, ¿no? —me dice Rosy.

—No, no, se me pasará.

Pero a los pocos minutos los escalofríos se vuelven temblores. Ya no controlo el tenedor. Toco la batería con el plato sin querer. Como el conejo de Duracell. Sale volando un fideo. Trato de recuperar el control de mi bandeja, pero no lo consigo. Los temblores se convierten en espasmos. Ya no son solo las manos sino todo el cuerpo el que está animado por este extraño *boogie*.

—¡Vale, la llamo!

La frente me arde y estoy temblando, como en los momentos más críticos del trasplante. ¿Puede uno electrocutarse con unos fideos? Si quieren hacer un *remake* de *El exorcista*, ¡ahora es el momento! Estoy siendo zarandeado por otro yo mismo que no sé de dónde viene.

Llega una enfermera y me toma la temperatura, 39,4 °C. Hace solo un cuarto de hora estaba a 37,5. Llama directamente al médico de guardia. Me acurruco bajo el cobertor y me concentro con todas mis fuerzas en recuperar el aliento. Los espasmos me ametrallan a una cadencia tan alta que tengo muy poco tiempo para respirar. Rosy permanece tranquila y al acecho del menor movimiento.

Llega el médico. Segunda toma de temperatura: 40,3 °C.

—Eso es una reacción a las plaquetas. ¿Le ha pasado a usted antes?

—¡Nn... nn... nnooo!

He aquí el primer vampiro tartamudo de la historia. Un montón de fideos cubre el suelo y yo sigo bailando *jerk* a cámara rápida. El doctor desconecta la bolsa de plaquetas prácticamente vacía y la sustituye por una de corticoides.

—No se preocupe, enseguida se encontrará mejor.

Me asfixio. Me ahogo en el aire que me falta. Otra toma de temperatura: 40,6 °C. Es como si alguien hubiera conectado un microondas dentro de mi cabeza. El vampiro ha sufrido una insolación. Pulso: 180.

Todavía sin calma a la vista. Creía que con la hemorragia y la caída había cruzado el cabo de Hornos, pero el viento en contra parece arrastrar de nuevo mi frágil esquife hacia sombrías comarcas. Solo pienso en una cosa: en respirar. Rosy se queda de

piedra, esta especie de autorrodeo se intensifica. El caballo que alojo en mi interior parece indomable, escupe fuego bajo la nieve. Nunca he sentido tanto frío y tanto calor al mismo tiempo.

Al final los espasmos empiezan a remitir. Un poco menos violentos y más espaciados. He conseguido recuperar parte de mi aliento. La tempestad se aleja, la temperatura desciende gracias a la cortisona... Una media hora más tarde, me encuentro en un estado casi normal. Los fideos están fríos, Rosy tiene que marcharse. Es casi como si no hubiese pasado nada. Una especie de buen tiempo tras la tormenta que podría haber acabado conmigo. Y es que esta crisis podría haber provocado otra hemorragia.

Vuelvo a quedarme solo con Dama Ocles. Da la impresión de que sufre una crisis de confianza futbolística. Me domina desde hace un año y ha tenido dos grandísimas oportunidades de rematar el partido, y a mí con él. Estábamos uno contra uno, yo en el suelo, ella tenía el balón en los pies y se las ha arreglado para fallar. Todavía puede resarcirse. Pero no me doy por vencido. Y por primera vez, ella vacila.

AL PAÍS DE LOS VIVOS

12 de noviembre de 2014

Desde hace algunos días me siento mejor, tanto que empiezan a quitarme algunos de los numerosos cables que me atan a la máquina. Esta misma semana, pero hace un año, la selección francesa de fútbol se clasificaba *in extremis* para el Mundial de Brasil y yo descubría que era un vampiro.

De repente, todo se acelera. Hoy me han traído unos folletos que explican las reglas que hay que seguir en caso de que me dejen salir. ¡Salir! Una palabra casi cegadora que manipulo como una llama, tanto por su tendencia a arder como a apagarse. Sigo temiendo a Dama Ocles. Cada vez que parecía alejarse, ha vuelto a atacarme aún más de cerca. Parece de locos que, tras un año de densa oscuridad y tan poco tiempo después de la demostración de mi odisea hemorrágica, el sol asome por fin su naricilla y empiecen a valorar que puedo salir de aquí. Aunque parecen convencidos, así que... No tan deprisa. Sobre todo, no hacerse ilusiones.

En mi habitación, cuando hace mal tiempo es como si fuese de noche en plena tarde. Sigo levantándome antes del alba para ver los primeros rayos de sol rebotar entre mi guitarra folk y mi ukelele. Escribo este libro y trabajo en mis canciones para el nuevo álbum del grupo.

Dioniso nació dos veces. Primero del vientre de Sémele. Luego del muslo de Júpiter, que lo salvó del vientre de su madre, muerta durante el embarazo, cortándose el muslo para plantar allí al niño y completar su gestación. También yo he nacido dos veces. Primero del vientre de mi madre, luego de las células de una biomadre manipuladas por un hemato-poeta. No creo demasiado en los dioses, pero en Dioniso, sí. En el nombre de mi tribu eléctrica resuenan los símbolos. En mi habitación aséptica, recibo las canciones que Dionysos comienza a arreglar a distancia. La perspectiva de cantar otra vez con ellos hace que estalle mi sensación de renacimiento. ¡Volveré!

Lluvia de buenas noticias: no voy a salir del muslo de Júpiter, pero del hospital puede que sí, ¡dentro de dos días! Justo para el fin de semana, una especie de permiso médico. Y si todas las frágiles constantes se estabilizan lo suficiente, no volveré a mi habitación lunar más que dos días la semana que viene. Todavía queda una etapa. Eso no significa irse de fiesta a un antro, pero sí a un restaurante. Vuelta al dulce capullo del estudio Eggman Records. Como una primera gran sorpresa Kinder del calendario

del después. Lo primero es deshacerse de un virus que ha aprovechado la ausencia de mi sistema inmunitario para instalarse. Quizá debería preocuparme, pero el soplo de aire fresco de una posible salida me enardece.

Esta vez la esperanza no me ha jugado una mala pasada. ¡Hoy voy a salir! Con mi guitarra en una bolsa de basura, la mascarilla quirúrgica y el gorro de Spiderman bien ajustados, me encuentro al aire libre sintiendo la lluvia con el mismo placer que quien disfruta del sol. Para prolongar el suspense, hemos tardado tres cuartos de hora en dar con un taxi. Por suerte, me ha ayudado una enfermera-cigüeña que quería asegurarse de que el paquete llegaba a su destino.

He atravesado el infierno en autoestop. Sigo en él, pero cómodamente sentado en un coche. El taxista vocifera y toca el claxon ante un semáforo rojo. ¡Qué maravilla este ruido! Mirar a través del cristal cómo mi barrio va desfilando ante mis ojos. No para ir a someterme a un tratamiento, sino para volver a casa. Ver el asfalto húmedo que brilla a la luz de los faros, ¡volver al país de los vivos! Salir del taxi, sentir el frío implacable entrando en mis pulmones, ¡volver al país de los vivos! La niebla a la altura de las rodillas, la impresión de ser minúsculo y gigante al mismo tiempo. Siento el impulso de salir corriendo. No es más que un permiso, pero me siento renacer.

Atravesar la calle enmascarado, escalar la escalera. Y abrir esa puerta que temía haber cerrado para siempre. Indiana Jones a la aventura en su apartestudio. Mi sillón-huevo está ahí. Es extraordinariamente normal encontrar el capullo tal cual. Rosy ha trabajado con ternura y eso se nota. El nido está listo, la colcha tiene ese perfume de colada de otro tiempo.

Saco mi guitarra de su bolsa mortífera, me siento en mi huevo y toco unos acordes. ¡De regreso en el país de los vivos! Sigo siendo un vampiro, tengo una nueva identidad genética, pero al menos durante el fin de semana vuelvo a ser un humano. Las enfermeras ya no están al otro lado del cable. Ya no hay cables. Es tan agradable como escalofriante.

Recupero mi sitio en el corazón de la casa a una velocidad impresionante. Me sirvo algo del frigorífico, pongo un vinilo en el plato. Paladeo cada detalle, desde los crujidos del suelo hasta la posibilidad de ajustar la luz del halógeno.

Vuelvo a instalarme en mi huevo, feliz ante la idea de acurrucarme de nuevo en mi propia concha. ¡Loca alegría! Una puesta del sol disfrazada de aurora boreal repinta el cielo tras la ventana. Le tomo el pulso al silencio, disfruto de su amplitud y voy a la nevera por una Coca-Cola.

Soy el más feliz de hombres, tengo ganas de reír y llorar más o menos todo el rato... Sin las enfermeras, me siento un poco angustiado, pero en una dosis bien equilibrada. Saboreo esta nueva etapa sin meterme *whiskys* revolcándome por los suelos y sin salir a dar la vuelta al mundo en *skate*. Aunque no puedo librarme de

estas divertidas ideas, me contento con el ukelele y el *ping-pong*.

Mi pequeño mundo no se ha derrumbado, yo tampoco. Diría que Dama Ocles no me ha seguido, debe de esperarme en el hospital.

A la hora de los besos, es como si me hubiesen arrojado agua caliente en el corazón. El vampiro del amor está saciado, el electrocardiograma emocional por fin ondula. Con mi doble fractura de cráneo, todavía tengo los labios anestesiados como cuando vas al dentista, es una sensación de un medio beso, pero capto su onda aterciopelada de forma íntegra. Cuando regresas del campo de batalla, no te cuesta volver a acostumbrarte a las cosas tiernas. Estoy tan contento que ni siquiera tengo ganas de lavarme. Cuando lo hago, el reencuentro con el chorro de la ducha es una pequeña fiesta.

En el espejo me topo con mi nuevo reflejo. Un vampiro que sigue necesitando la sangre de otros, pero en modo calvo. Medio-Fantomas, medio-Moby. Y en los brazos de Rosy, tengo la impresión de ser Benjamin Button al final de la historia. Un viejo recién nacido arrugado. Nosferatu con un jersey de rayas. Me pongo una bata y ya estoy disfrazado de monje tibetano de apartamento. Saco polaroids. Las instantáneas, incluso las fallidas, me llenan de alegría.

Pero el tiempo de alegría corre a cámara rápida, y ya debo volver a la base lunar del distrito X.

NAVE ESPACIAL

17 de noviembre de 2014

La vuelta al hospital tiene algo de vuelta a la fábrica. Una fábrica de sueños para sentirse mejor. Y pensar que hace apenas algunos domingos, yo y mi barbilla de hermanos Bogdanov nos arrastrábamos entre los escalpelos electrónicos de los escáneres... Tuve la hemorragia hace solo tres semanas...

Al regresar al hospital me ha tocado un taxista de antología. Subo en el taxi. Me echa una mirada por el retrovisor. Ni un saludo.

—Buenos días, querría ir al hospital Saint-Louis, avenida Claude-Vellefaux número uno, por favor.

—Huele usted mal. ¿Qué es ese medicamento?

—Es líquido desinfectante para las manos, es difícil estar más limpio.

Y baja a tope las ventanillas. A las ocho menos diez de la mañana y en pleno mes de diciembre. Entonces le explico que las corrientes de aire son peligrosas para mí, que acabo de salir de una larga hospitalización. El aire helado tiene la particularidad de ponerme los nervios de punta. Su tono de desprecio, más todavía. La cólera aumenta bajo mi gorro. El taxista me exige que baje en la place de la République. No soporta el olor a manos limpias. Le repito que acabo de pasar cinco semanas en una habitación aséptica, que caminar a pleno viento no me conviene. Pero cuanto más le explico mi problema de salud, más agresivo se vuelve. Me ordena que baje. Obedezco, pero poniéndolo a caer de un burro y con un portazo. Fuerte. Él baja del taxi, me alcanza corriendo por la plaza, me pone a caer de varios burros y me suelta una patada en la cadera, que yo paro con el antebrazo. A punto estoy de caer. Él termina por volver a su taxi...

Me dirijo hacia el hospital a pie, bien abrigado, tratando de aprovechar la marcha contra el viento para desfogar la rabia. La canallada de ese tipo me deja sin respiración. Una experiencia que me devuelve brutalmente a mi condición de enfermo. A mi mascarilla, a lo vulnerable que soy ante las agresiones. A los microbios, los golpes, los gilipollas. Me vuelvo intolerante ante la intolerancia. En habitación aséptica, a pesar ser expelirrojo, neocalvo y llevar un pijama de Batman demasiado pequeño, se te considera, eres respetado y te animan. Tendré que reeducarme para el exterior. Puede que no esté tan preparado como creía. Ah, las grandes cuestiones de la fragilidad. Lo que no te mata, te hace más fuerte. A veces también te hunde.

En el hospital Saint-Louis, el viejo niño que soy carga con su trainera imaginaria entre tempestades y calmas momentáneas. La tripulación médica repasa el casco, la proa y la borda. Parece que he dejado atrás el cabo de Hornos y sus monstruos marinos Quimio y Rayos X. Ahora sopla una brisa primaveral. No vuelvo la vista atrás. Recto hacia delante.

A MEDIDA

18 de noviembre de 2014

El profesor acaba de darme buenas noticias. Primero, el virus EBV parece controlado. Luego, el «quimerismo», esa prueba de nombre mágico que determina el porcentaje en mi sangre respecto a mis antiguas células y las nuevas, es «cien por cien cordón». Eso significa que el trasplante ha funcionado.

Hará falta mucho tiempo para que se establezca, pero esta es una etapa crucial. Porque de pronto mi médula ósea empieza a fabricar nuevas células y mis resultados mejoran. Los niveles de glóbulos blancos suben, los de los rojos se estabilizan y los de las plaquetas no descienden tan rápidamente. El riesgo de hemorragia sigue presente, lo mismo que el de infecciones, pero no hasta el punto de que tengan que meterme en la habitación aséptica.

Me entran ganas de alzar los brazos como si nuestro equipo acabase de clasificarse para la final, pero me contengo.

—El trasplante que usted acaba de recibir le queda a medida... Con cada análisis de sangre, lo verificamos todo y a la menor señal de alarma, intervenimos. Es tan complejo como el panel de control de una nave espacial. Biólogos a los que usted jamás verá trabajan día tras día en sus análisis. Y nosotros ajustamos el tratamiento al milímetro en función de esos resultados —me explica el profesor.

Es un apasionado. Vive para su trabajo.

—Pero no lo olvide, la única forma de conseguirlo es seguir «pasito a pasito». Apenas ha pasado un mes desde el trasplante... Va usted por delante, eso está muy bien, pero sobre todo no hay que confiarse. Saldrá usted de esta, pero manténgase alerta... A la menor fiebre, escalofrío o lo que sea, ¡venga sin pensarlo!

Voy aprendiendo a contener la alegría, pero la siento como una explosión. Tenía muchas ganas de volver a ir en mi *skate*, pero esperaré un poco. Estando tan cerca del final, sería una pena que la rueda pillara una piedrecita y yo acabara espachurrado como una crepe.

RESURRECCIÓN

19 de noviembre de 2014

Estoy sentado, puede que por última vez, en el puesto de comandancia de esta trainera inmóvil. Salgo esta tarde. E. T., mi casa. El hombre-cordón volverá a su capullo. Acabo de cruzar a nado un río lleno de corrientes y cocodrilos, y aquí estoy, al otro lado. Hay que volver a aprenderlo todo. Pero ¡qué hermoso reto!

Esta vez, recupero mis cosas del pequeño armario de la muerte. Gorros de neocalvo, camisetas de viejo superhéroe y la bolsa de plástico con mi *skate*. «La blanca», como decían los militares al final de la mili.

Me saco polaroids con todas las personas de la unidad, que vienen a despedirse de mí y a desearme buena suerte. Es una emoción contradictoria que ya conozco cuando se acabó la hospitalización en el Cochin. Una mezcla de deseado abandono y melancolía. Dejo a esta familia adoptiva con el equipaje lleno de una frágil esperanza. Volveré a visitarlos. No voy a echar de menos el hospital, pero sí a las personas que hay en él.

Miro una última vez mi habitación antes de cerrar la puerta con cierto temor. Es casi tan turbador como cuando abandoné el apartestudio para iniciar el proceso del trasplante. Tengo ganas de tomar fotos. Las enfermeras me han explicado que algunos pacientes necesitan olvidar la hospitalización, yo necesito recordarla. Ese deber de memoria ha quedado impreso en lo más hondo de mi ser.

Voy a empezar una carrera de hombre poético. Establecer un programa de sueños que compartir y ceñirme a él. Quiero vivir lo mejor posible, para no faltarle al respeto al trabajo de cuantos me dieron su sangre, su tiempo, su médula ósea. Quiero ser agradecido con Walt Whitman y creer en Dionysos. Se me ha concedido una nueva oportunidad, ¡quiero aprovechar este ascensor mágico!

Atravieso las puertas del infierno a cámara lenta. El viento todavía puede sorprenderme y devolverme al corazón de la hoguera. Pero hoy, hoy vuelvo a casa.

Y allí me espera una pequeña y hermosa manzana a la vainilla en forma de mujer. Todavía soy un minusválido del beso, pero esos medios besos se multiplican como las células madre.

EL DESPERTAR DE LA FUERZA

24 de noviembre de 2014

Aquí estoy, en modo hospital *soft*, con citas espolvoreadas durante la semana. Extracciones de sangre, pruebas y controles continuos y meticulosos para asegurar el correcto funcionamiento de la nave especial. Los resultados de los análisis continúan mejorando, pero aún necesito transfusiones. A veces, subo a Trébol 3 para visitar a las enfermeras que me cuidaron.

Medio-vampiro medio-turista lleno de sangre nueva, saboreo el placer de la enfermedad sin cables. Me paseo por los pasillos del hospital, me ducho y me entrego a la caricia intensiva de la pantorrilla de una Rosy adormecida. Incubo mi nueva vida. Me integro en mi nuevo día a día, compuesto por diecisiete medicamentos que debo tomar a la hora exacta. Mi bolsa de la farmacia es grande como una almohada. Las farmacéuticas son mis enfermeras *light*. Me traen los medicamentos a domicilio para evitar que me pasee entre microbios, logran conseguirme los tratamientos en otra farmacia cuando es necesario. Se esfuerzan con cariño para facilitarme la vida. Yo meto mis pastillas en botecitos de huevo Kinder sorpresa y bebo muchísima agua para preservar mis riñones de los efectos secundarios de la ciclosporina. Me paso el día metiéndome chupitos de agua Saint-Yorre con sabor a granadina. Debido a los corticoides, sigo un régimen sin sal ni azúcar. A pesar de todo, me asalta el deseo de pulirme un bote de Nutella de una sentada.

Tengo un mes y el sistema inmunitario de un niño de pecho. Pronto tendrán que ponerme las vacunas. Debo evitar a toda persona enferma, incluso solo un poco resfriada. Al salir he de ponerme la mascarilla. Nada de lugares públicos. Vivo encarcelado, pero esta vez en mi casa, ¡y esta celda es de una dulzura inaudita! El perfume está prohibido, no puedo ni tocar su estuche; pero a la piel de Rosy, me entrego a fondo. Ella engrasa mis nuevos engranajes con una dedicación tierna y apasionada.

Escribo estas pocas palabras en directo desde el sillón-huevo que acabo de recuperar. Acaricio mi cráneo semisuave como una vieja pelota de tenis. Atenúo el flujo de las preguntas que me asaltan porque no tengo muchas respuestas que darme. Mi mejor evasión sigue siendo crear. Inventar. Los lazos frágiles y mágicos que unen el sueño y la realidad. La poesía es el desierto del espíritu, el humor es su fruto. Y a pesar de la cortisona, eso no lo tengo prohibido.

Vuelvo a aprender a dormir en mi cama. Regreso a mi edredón. ¡Qué alegría que no te despierten a las seis de la mañana para una extracción de sangre y no ponerte a pasear luego, descalzo, en plena noche! Entregarse a placeres simples es muy reconfortante. Tocar el ukelele, releer mis libros preferidos, picotear en ellos capítulo a capítulo. Escuchar discos mientras como palomitas y ver películas en la pantalla que tengo instalada en el cuarto. Cine casero, a la espera de poder volver a una sala de verdad. Ver *El regreso del Jedi* por décima vez y que te parezca aún mejor que nunca. Saborear las sensaciones minúsculas con el épico apetito de una travesía por el Gran Cañón. Dejarse invadir por esa excitación que se confirma: cada vez es más posible que salga de esta.

Ha venido a verme mi hermana. Si me hubiese quedado dos meses en el hospital, como estaba previsto, hubiese tenido que pasar por el aro de la bata-mascarilla-gorro. Así que su visita me sabe a cena de Navidad por adelantado. Estamos bien calentitos y, por primera vez después de mucho tiempo, no tenemos por qué fingir que nos tranquilizamos.

ESCALOFRÍO

2 de diciembre de 2014

Hoy he vuelto al hospital a pie. Había olvidado la mirada del mundo exterior. Cuando uno ha perdido la costumbre, y sobre todo si lleva una mascarilla, puede resultar agresivo. Me miran como a un monstruo gentil, de forma más o menos educada, con insistencia o torpeza.

He cruzado la place de la République a cámara lenta, agradablemente sorprendido por el sol deslumbrante. Una niña se ha asustado al verme. Puede que algunos crean que soy contagioso. Otros imaginan que detrás de mi mascarilla se esconde la cara del Hombre Elefante. Hace unas semanas, era más o menos cierto.

Soy el superviviente de un aterrizaje forzoso en mí mismo. Las papilas gustativas de mis emociones están en alerta máxima. Lo normal se corresponde con lo extraordinario. En lo más hondo de mis huesos, mi nueva madre biológica hace que lo maravilloso sea palpable. Ver surgir una flor del suelo es un sueño de infancia. Como en un dibujo animado, pero de verdad. Hoy asisto a ese prodigio en directo. ¡Mi cuerpo rebrota! Me he visto morir, me he visto renacer. Muy pronto me convertiré en otro yo. Libre de empezar de nuevo con todo. Esa idea hace pedazos la melancolía.

EL PENACHO ROJO

24 de diciembre de 2014

Una pelusa de plumón empieza a crecerme en la cabeza. Voy a comprarme champú para cabeza de huevo. No soy más que un pollito que sale de su cascarón estéril, el soplo del viento me hace vacilar, pero me aguanto sobre mis patas. Las manos hincadas en el cielo y los pies anclados en la tierra firme.

La belleza del gran «tal vez» empieza a cobrar vida: ¡acabo de independizarme de las transfusiones! No es ninguna garantía, pero ya es algo. Así que ya no soy un vampiro y cada vez paso menos tiempo en pijama.

Cuando recibo los análisis de sangre, tengo la impresión de que no me pertenecen. ¡Parecen demasiado buenos para mí! Debido a la falta de oxígeno en la sangre, he tenido que enfrentarme a tantas privaciones, en cuerpo y en espíritu, que ahora es como si tuviese superpoderes. Cuando me dieron el diagnóstico, no acababa de asumir que me había convertido en un vampiro. Y hoy, me he quedado estupefacto por esta noticia. He regresado al país de los vivos. Intacto y fundamentalmente distinto. «¡Oh, mi yo! ¡Oh, vida! Respuesta: Que tú estás aquí. Que existe la vida y la identidad, que prosigue el poderoso drama y que puedes contribuir con un verso», exclamaba Walt Whitman. ¡Oh, pasión! ¡Oh, paciencia! Oh, Dama Ocles, que todavía remolonea en las sombrías comarcas de mis dudas. El hecho es que hoy puedo vivir sin la sangre de otros. Soy un superviviente hemato-poético. ¡De nuevo, todo es posible!

Soy el niño más viejo del mundo. El viejo más joven, también. Un ser quimérico con dos madres. Sin la sangre del cordón, a estas horas seguro que Dama Ocles me habría decapitado. El profesor me ha confiado que la sangre placentaria que empieza a salvarme la vida viene de Düsseldorf. Dado que mi padre nació en la frontera alemana, la probabilidad de que una rama muy alejada de mi familia venga de allí es alta. Mi madre era española, pero físicamente yo heredé la parte lorenese. Pelirrojo, piel blanca y ojos verdes. ¿Que si me gustaría conocer a mi nueva madre biológica? No lo sé. Creo que sí. Para agradecerse, sin duda. Y para regalarle también yo algo ella. Aunque tendría que estrujarme mucho los sesos para dar con un regalo tan hermoso como el que ella me ha hecho.

Durante varios meses seguiré siendo más frágil que un niño de pecho. Un bebé sin anticuerpos, porque la ciclosporina, que permite que mi cuerpo no rechace el trasplante, todavía menguará el margen de acción de mis anticuerpos por mucho tiempo. Pero avanzo hacia un regreso a la vida (extraordinariamente) normal. A

pequeños pasos de gigante. Estallan las resplandecientes luces de la esperanza. Miro en los ojos cómo esa luz atraviesa el hielo. ¡Sueño con ramas nuevas, las siento crecer, algo tiembla, algo vuelve a vibrar! ¡Cincuenta años de bonificación para ultravivir! ¡Fuegos sin artificios, ramo final de inicio de partida! Ahora y para siempre. Mi barba vuelve a brotar, mis cabellos son frágiles como los de una cría de zorro o como la cola de una ardilla. ¡Es el regreso del penacho pelirrojo! Siento que las flechas de adrenalina remontan el curso de mis venas. Se transforman en cohetes. La cuenta atrás ha comenzado, los reactores emocionales se calientan y arden de placer. ¡Esta vez, creo que el lanzamiento se ha efectuado sin el menor percance!

«I'm transforming, I'm vibrating, I'm glowing, I'm flying... Look at me now», cantaba Nick Cave. Tengo que hacerme a la idea: ya nada volverá a ser como antes. Salvar la vida ha sido la aventura más extraordinaria que jamás haya vivido.

GRACIAS

A lo largo de este viaje al infierno, me he encontrado con personas que me han salvado. Al borde de la muerte, he visto cómo algunos humanos me decepcionaban hasta el desastre. He visto cómo otros despuntaban, se volvían poderosos y poéticos igual que el gran poeta.

Generadores de esperanza, difusores de luz suave, a enormes golpes de nada, puede que me hayáis salvado. Todo se pone en juego en los detalles, en la acumulación de las cosas pequeñas. Esta vida nueva nunca bastará para acabar de agradecerse a quienes me apoyaron. Donantes de amor y sangre, de soluciones médicas y ánimos, sois mis Walt Whitman. Ahora me toca a mí tratar de ser también uno.

Gracias a Rosy, gracias a Germain y a Lisa, a todos mis allegados. Gracias al profesor Peffault de Latour, a Lise Willems, la hematóloga de voz dulce, al profesor Didier Bouscary y al profesor Gérard Socié, así como a todo el personal de los servicios hematológicos de los hospitales Cochin y Saint-Louis, a las farmacéuticas de la rue de Bretagne.

Gracias a Olivia de Dieuleveult por haberme acompañado en la escritura de este libro.

La AGRAH es una asociación de investigación sobre el trasplante de células madre hematopoyéticas, las aplasias medulares y las hemoglobinurias paroxísticas. Si desea hacer un donativo, puede dirigirse a AGRAH Hôpital Saint-Louis, avenida Clude-Vellejaux 1, 75010 París.



MATHIAS MALZIEU, nació el 16 de abril de 1974 en Montpellier (Francia). Después de abandonar su intención de convertirse en tenista creó el grupo *rock* Dionysos, del que es cantante. En el año 1996 editaron su primer álbum, *Happening Songs*. Más tarde aparecieron discos como *Haiku* (1999) o *Monsters In Love* (2005).

Como autor literario se inició con el libro de relatos *38 Mini Westerns Avec Des Fantomes* (2002). Su primera novela fue *La alargada sombra del amor* (2005). Después vinieron *La mecánica del corazón* (2007), *Metamorfosis en el cielo* (2011), *El beso más pequeño* (2013) y *Diario de un vampiro en pijama* (2016).

Notas

[1] He adaptado al cine mi novela *La mecánica del corazón*. <<

[2] En esta película fantástica de los años ochenta hay tres reglas: no mojarse, no exponerse a la luz y sobre todo no comer después de medianoche. <<

[3] HLA: Human Leukocyte Antigen (antígenos leucocitarios humanos). Documento de identidad inmunológica propio de cada persona. <<

[4] El Tourmalet es un puerto de montaña célebre por sus pendientes especialmente abruptas, lo que lo convierte en una ascensión mítica del Tour de Francia. <<

[5] Poeta estadounidense especialista en la esperanza épica y que se parece a Papá Noel pero sin el disfraz. <<

[6] Estado en que el paciente impaciente se encuentra sin glóbulos blancos y, por tanto, encerrado en una habitación aséptica para evitar cualquier infección. <<

[7] Programa de la tele de Canal + donde, el 5 de noviembre de 2007, mi sueño de hacer una película empezó a convertirse en realidad al conocer al productor Luc Besson. Se supone que tengo que volver al programa, coincidiendo con el estreno de la película, con el propio Luc. <<

[8] Gran cantante menudita que interpretó el papel principal en mi película, así como en mi vida hasta 2011. <<

[9] Lugar mágico poblado de *skates*, vinilos y sorpresas que me sirve tanto de apartamento como de estudio de creación. <<

[10] Tom Cloudman es el héroe de mi tercera novela, *Metamorfosis en el cielo*. «El peor acróbata del mundo», un hombre-niño encerrado en un hospital que hará lo que sea, cualquier cosa, por volar. <<

[11] Gran grupo de *rock* miniatura, apóstoles de lo casero lúdico. <<

[12] Fragmento de «Canción de otoño», de Paul Verlaine, del que he adaptado algunos versos para mi nuevo álbum de Dionysos, *Vampire en pyjama*. <<

[13] Clémence Poésy, amiga-actriz vecina mía. Dinamitadora creativa así como gran hinchada de la escritura de este libro. <<

[14] Amigo y mánager del grupo Dionysos aquejado de dislexia poética. La canción y el relato «Don Diego 2000» están inspirados en él. <<

[15] El primer trasplante de cordón a médula del mundo se practicó en el hospital Saint-Louis en 1988. <<

[16] Vélib' es el nombre de un servicio de préstamo de bicicletas que hay en París, como en otras ciudades europeas. En cada ciudad, el nombre cambia, pues funciona como una marca. Vélib' es el acrónimo de las palabras francesas *vélo* y *liberté*; en español: bicicleta y libertad. (N. del T.). <<

[17] Tom Cloudman, ya citado, también almacena su esperma durante una estancia en la habitación aséptica. Escribí esta historia tres años antes de que me dieran el diagnóstico. <<

[18] Zapatillas de bailarín que puso de moda el gran Serge Gainsbourg. <<

[19] Casimir, personaje de ficción del programa de televisión francés «La isla de los niños», es un gran dinosaurio de peluche color naranja con los pies muy grandes. (*N. del T.*) <<

[20] Polinucleares neutrófilos: nombre que reciben los glóbulos blancos más importantes para luchar contra las infecciones. <<